

# *Lecturas Argentinas*

---

Angel Estrada y Cia  
EDITORES

*Duplicado  
del N° 21210*

LECTURAS

# ARGENTINAS

*Repuesto  
año 1930*

Para uso de las escuelas y colegios de la República

Selección hecha por

**TOMÁS E. DE ESTRADA**

UNDÉCIMA EDICIÓN

*[e. 1930]*



**BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS**

**BUENOS AIRES**

**ÁNGEL ESTRADA y Cía. — Editores**

Precio de venta \$ 8.

## Educación Patriótica

Del otro extremo de la mesa, una gran mesa argentina, de "fécondité" y alegría llegó hasta la cabecera, á través de varias conversaciones diversas, dominando el bullicio, la voz del más pequeño de los comensales, portadora de esta grave cuestión:—"¿A quién quiere usted más, abuelito?" No se trataba de un problema de familia; la curiosidad infantil comprendía en su interrogación á San Martín y Beltrano. El anciano sintió revivir en la pregunta toda el alma nacional y tuvo una bendición temblorosa para aquella

duda inocente. La criatura, empero, con la conciencia de su éxito, debía embarrarla, desgraciadamente, en seguida:—“¿Y entre San Martín y Garibaldi?” Un puñetazo conmovió las tablas, vibraron los cristales, hizose un silencio profundo, lleno de respeto, y el viejo estableció, dentro de su concepto inconfundible, la división tradicional y eterna de las patrias... Un pedagogo con ribetes socialistas pretendió hacer sus distingos y limitaciones, en defensa del infante; pero bien caro pagó el intruso su audacia, castigada á la vez por el abuelo y el nieto:—el abuelo, que tantas veces peleara por la patria y la libertad, y el nieto de las preguntas, que ese mismo día había reñido, por San Martín, con su vecino de banco escolar, un italiaquito de Buenos Aires, que tenía sus marcadas preferencias garibaldinas y argumentaba fuertemente con la gran estatua dorada de Palermo.. —“Son ustedes, con esas teorías disparatadas, dijo al pedago-

go el abuelo, los que están poniendo el país á la miseria."

Nada ofrece de sorprendente, sin embargo, el que una criatura nacida en este suelo, de padres extranjeros, proclame la superioridad de los héroes y dioses de su hogar, si esos padres no saben encender en el corazón de sus hijos el mismo fuego que han sabido conservar amorosamente en el propio, — y menos mal si aquella criatura tiene que habérselas con un condiscípulo capaz de hacerle comprender, en buen lance colegial, que debe amar por sobre todos los grandes á los grandes de su tierra y dejarse para siempre de paralelos dos veces odiosos; pero estos días ha sido planteado, y reclama la más preferente atención pública, el grave problema de la educación patriótica en la escuela, respecto del cual parece que hubiera disidencias tocantes á los medios y la forma de resolverlo y de practicarlo.

Es el presidente del Consejo Nacional de

Educación quien ha promovido el asunto, que ya preocupó á su antecesor.

.....

La mejor orientación patriótica es, sin duda, la que determina en la infancia el ambiente íntimo; pero, en ciudades como la nuestra, donde la mayoría de los hogares cultivan la pasión y las tradiciones de la tierra lejana de sus fundadores, y dejan de llenar, por lo mismo, aquella su misión primera, hay que hacer, especialmente de la escuela, la escuela cívica, desarrollando de grado en grado, tanto como la instrucción, la educación patriótica. Y si tarea es ésa de todos los tiempos y de todos los países, ¿cómo no lo sería — é imperiosa — por imposición del presente, en nuestro propio suelo, donde se brinda á los hombres de Estado y á los educadores, como primer programa, el de formar todavía la conciencia nacional, estimular el sentimiento argentino é intensificar el

concepto y la noción de la patria? Esa será la obra complementaria de la organización política y la que definirá alguna vez y para siempre nuestro tipo de nación. Independencia, organización y civilización — conquistas todas de las armas, alcanzadas á costa de mucha sangre, de inmensos dolores y de esfuerzos extraordinarios, — estarían expuestas á naufragar en un mar de hielo, á desaparecer en el entrevero de los intereses materiales, á perder su virtud y su eficacia bajo la presión de la enorme tienda cosmopolita, si como quien remueve la tierra no se remueve también la historia; si no se despierta en el corazón del niño, primero el instinto, en seguida la noción y luego el amor de la patria, lo mismo que se le hace entender primero la palabra, en seguida su significado y luego su sentido.

Una educación patriótica lo comprende todo; es la bandera, el himno, la pirámide, la estatua, la procesión de los 25 de

Mayo, y los 9 de Julio, la presencia de la reliquia, la tumba de los héroes, el saludo al sol de los aniversarios, la arenga del profesor, la repetición constante de los grandes nombres, la anécdota, la historia, el cuento guerrero, la personificación de la gloria; es, en fin, un mundo de sugerencias, estímulos y despertares que hallan siempre la más fácil y pronta correspondencia en el espíritu intuitivo de los niños. Vendrán después, y desgraciadamente no tardarán en venir, la reflexión atemperadora, la conciencia limitativa, el criterio jurídico, los apartes, las distribuciones y las reservas; pero quedará siempre, como un eco inextinguible del primer redoble, como una vibración continuada de la primera sensación, en el fondo de cada ciudadano, el recuerdo imborrable de sus primeros estremecimientos de patriota.

El presidente del Consejo Nacional de Educación se ha penetrado de la necesidad

de preocuparse de este asunto y ha dirigido una nota á la Inspección General de Instrucción Primaria, á fin de que estudie el caso y proponga á la mayor brevedad las medidas conducentes al propósito expresado. Se habla de escuelas en que es difícil imponer las notas del himno nacional sobre las del himno de los trabajadores, con que una parte de los alumnos contestan á la otra parte, y de rivalidades en que entran en juego la bandera argentina y la bandera roja, el idioma que diremos patrio y cualquiera otra lengua extraña, el San Martín y el Garibaldi de la pregunta del niño de nuestro cuento... A corregir tales enormidades, realmente inconcebibles, se encamina desde luego la acción educacional que aquella iniciativa, por todos conceptos plausible, determina y compromete.

Y bien: si la escuela no es capilla nacional, si no prepara al ciudadano, si no tiene en vista el futuro de la República

descuida torpemente uno de sus fines más elementales y directos. El niño es un extraño. Hay que instruirlo; pero hay también que entregarlo á la patria, vinculando á ella su inteligencia y su corazón: El libro en que deletrea y el árbol que planta, que á la patria se los consagre, al propio tiempo que su alma. De esa manera, mientras el árbol vaya creciendo, sano y recto, pensará que así debe crecer él también, para ponerse en condiciones de entregar mañana á su país los frutos de su razón cultivada. Usí, echando fuertes raíces en la propia tierra...

Mariano de Vedia.

(Juan Cancio.)

A vosotros se atreve, argentinos,  
El orgullo del vil invasor:  
Vuestros campos ya pisa contando  
Tantas glorias hollar vencedor,  
Mas los bravos que unidos juraron  
Su feliz libertad sostener,  
Á esos tigres sedientos de sangre  
Fuertes pechos sabrán oponer.

El valiente argentino á las armas,  
Corre ardiendo con brío y valor!  
El clarín de la guerra cual trueno  
En los campos del Sud resonó;  
Buenos Aires se pone á la frente  
De los pueblos de la ínclita unión,  
Y con brazos robustos desgarran  
Al ibérico altivo León.

San José, San Lorenzo, Suipacha,  
Ambas Piedras, Salta y Tucumán,  
La Colonia y las mismas murallas  
Del tirano en la Banda Oriental,  
Son letreros eternos que dicen:  
Aquí el brazo argentino triunfó:  
Aquí el fiero opresor de la Patria  
Su cerviz orgullosa dobló.

La Victoria al guerrero argentino  
Con sus alas brillantes cubrió,  
Y azorado á su vista el tirano  
Con infamia á la fuga se dió;  
Sus banderas, sus armas, se rinden  
Por trofeos á la libertad,  
Y sobre alas de gloria alza el pueblo  
Trono digno á su gran majestad.

Desde un polo hasta el otro resuena  
De la fama el sonoro clarín,  
Y de América el nombre enseñando  
Les repite, mortales, oid:  
Ya su trono dignísimo alzaron  
Las Provincias Unidas del Sud,  
Y los libres del mundo responden  
Al gran pueblo argentino: ¡salud!

#### CORO

*Sean eternos los laureles  
Que supimos conseguir:  
Coronados de gloria vivamos  
Ó juremos con gloria morir.*

LECTURAS ARGENTINAS

## RECUERDOS DE PROVINCIA

---

ANDANDO el tiempo, yo había logrado hacerme de la afección de una media docena de pilluelos, que hacían mi guardia imperial, y con cuyo auxilio repetí una vez la hazaña de Leonidas, á punto de que el lector al oirla la equivocará con la del célebre espartano. Este es un caso serio que requiere traer uno á uno los personajes que brillaron en aquel día memorable.

Había en casa de los Rojo un mulato regordete que tenía el sobrenombre de *Barrilito*; muchacho inquieto y atrevido, capaz de una fechoría. Otro del mismo pelaje, de Cabrera, de once años, diminuto, taimado, y tan tenaz que cuando hombre, elevado á cabo por su bravura, desertó de las filas de Facundo Quiroga con algunos otros, y en lugar de fugarse, tirroteó al ejército en marcha hasta que se hizo coger y fusilar. Á éste llamábanle *Piojito*. Descollaba el ter-

## LECTURAS

cero bajo el sobrenombre de *Chuña*, ave desairada; un peón chileno de veinte á más años, un poco imbécil, y por tanto muy bien hallado en la sociedad de los niños. Era el cuarto José I. Flores, mi vecino y compañero de infancia, á quien también distinguía el sobrenombre de *Velita*, que él ha logrado quitarse á fuerza de buen humor y jovialidad. Era el quinto el *Guacho* *Kideros*, excelente muchacho y mi condiscipulo; y agregóse más tarde Dolores Sánchez, hermano de aquel Eufemio, á quien, por envolverse el capote en el brazo para defenderse de las piedras, llamábamos *Capotito*. Este nuevo recluta se educó á mi lado, y probó muy luego ser digno de la noble compañía en que se había alistado. En el año, pues, del Señor, no sé cuántos, que los niños no saben nunca el año en que viven, hicimos tres ó cuatro jornadas más ó menos lucidas, con más ó menos pedradas y palos dados y recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército y tomar prisioneros, generales, tambores y chusma, que paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad. Esta humillación impuesta á los vencidos trajo su represalia, y no más tarde que el miércoles ó jueves de la semana siguiente, supimos que los barrios de la Colonia y de Valdivia, cuan grandes son, y poblados de cardúmenes de muchachos, se aprestaban á volvernos la mano al domingo siguiente. Viernes y sábado me llovían los avisos, cada vez más alarmantes, de los progresos de la liga colono-valdiviana, mientras que

yo citaba á toda mi gente para hallarme en aptitud de recibirlos dignamente. Sobrevino el domingo tan esperado por los únos, tan temido por los ótros, y llegó la tarde y se avanzaba la hora y mis soldados no aparecían: tanto miedo les ponía la noticia de los preparativos y amenazas de nuestros enemigos.

En fin, convencidos de la imposibilidad de aceptar el combate, dirigímonos yo y aquellos seis de que he hecho mención, y que no habrían dejado de reunirse aunque se hubiera despoblado el cielo, hacia los puntos por donde era presumible viniese el ejército aliado para tener el gusto de verlo siquiera. Así, marchando á la ventura, llegamos hasta la *Pirámide*, en donde oímos ya el fragor de las aclamaciones y gritos de entusiasmo de los chiquillos y el sonido de los tambores de calabazas ó de cuero que los precedían. Momentos después apareció la columna y se derramó en el erial vecino. ¡Dios mío! eran quinientos diablejos con veinte banderas, y picas y sables de palo que no reflejaban los rayos del sol. Contamos más de treinta adultos mezclados entre la imberbe turba. tanta era la novedad que causaba aquella inusitada muchedumbre.

Nosotros instintivamente retrocedimos, temerosos de ser sepultados por aquella avalancha de muchachos ávidos de hacer una diablura, sobre todo en venganza de lo pasado el domingo anterior.

Tomamos los siete por la calle *de atraveso* que conduce hacia el molino de Torres, desconcertados,

## LECTURAS

cabizbajos, y punto menos que huyendo. Precede al puente echado sobre el ladrón del molino hacia el norte, un terreno sólido, gredoso y unido, mientras que en torno del puente había una enorme cantidad de guijarros sacados del fondo de la acequia. Una idea me vino, que Napoleón me la habría aplaudido, que Horacio Cocles me habría disputado como suya. Ocurrióme que, parados los siete en el estrecho puente y con aquella bendición de piedras á la mano, podíamos disputar el paso al ejército aliado de la Colonia y de Valdivia. Detengo á los míos, les explico el caso, los arengo, y concluyo arrancándoles un *está bueno* firme y chisporroteando de entusiasmo. Me prometen obediencia ciega, tomo yo con dos más, Riberos y el *Barrilito*, el centro del puente; distribuyo dos de cada lado de la trinchera hecha por la acequia, y todos nos ocupamos diligentemente en acopiar piedras, de manera de suplir el número por la vivacidad del fuego. Habíannos apercebido en tanto, y el aire se estremecía con los gritos de aquella muchedumbre que se avanzaba rápidamente sobre nosotros. Mi plan era no disparar una piedra hasta tenerlos á tiro. Acercóse la turba y de repente arrojamos tal granizada de piedras, que los chiquillos, de diez ó doce, á quienes en el montón alcanzaron, dieron prueba sonora de que no se habían malogrado del todo. Huyó aquella chusma desordenada, querían lanzarse los míos á la persecución; pero el general lo había calculado todo y visto

que la interposición del puente era el único medio posible de defensa.

Cuando digo que lo había calculado todo, olvidaba que lo mejor no se me había pasado por las mientes, y era que las mismas piedras que habíamos tirado, podían volvérnoslas á su turno, y que á su retaguardia tenía la inmensa columna la calle de San Agustín, rica en guijarros á despear los caballos que la transitan. Vueltos en efecto de su espanto, los agresores, y mandando muchachos por centenares á traer piedras á ponchadas, se trabó el más rudo combate de que hayan hecho jamás mención las crónicas de los pilluelos vagabundos. Acercóse á la trinchera que yo defendía un muchacho, Pedro Frías, y me propuso, á fuer de parlamentario, que peleásemos á sable. ¡Nosotros siete contra quinientos! Después de bien reflexionada la propuesta, la deseché terminantemente, y un minuto después el aire se veía cubierto de piedras que iban y venían, á tal punto que aun había riesgo de tragarlas. Al *Piojito* le rompieron la cabeza, y destilando sangre y mocos, de llorar, y echando sendas *maldiciones*, disparaba piedras á centenares como una catapulta antigua; el *Chuña* había caído desmayado ya dentro de la acequia á riesgo de ahogarse; estábamos todos contusos, y la refriega seguía con encarnizamiento creciente; la distancia era ya de cuatro varas y el puente no cedía el paso, hasta que el negro Tomás, de don Dionisio Navarro, que estaba en pri-

mera línea, gritó á los suyos: «no tiren, vean al general que no puede mover los brazos.» Cesó con esto el combate y se acercaron los más inmediatos hacia mí, silenciosos y más contentos de mí que de su triunfo. Era el caso, que, á más de las pedradas sin cuento que yo tenía recibidas en el cuerpo, habíanme tocado tantas en los brazos, que no podía moverlos, y las piedras que aun lanzaba por puro patriotismo, iban á caer sin fuerza á pocos pasos. De mis valientes habían flaqueado y huído dos, que no nombro por no comprometer su reputación: que no lia de exigirse á todos igual constancia. Estaba aún á mi lado Riberos; chillaba y *renegaba* todavía el *Piojito*, y sacamos al *Chuña* de la acequia, á fin de cuidar de nuestros heridos. Quisieron algunos desalmados compelerme á seguir en clase de prisionero; opúseme yo con el resto de energía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caídos y empalados; intervinieron en mi favor los hombres que venían en la comitiva, dando su debido mérito y todo el honor de la jornada á los vencidos, y retiréme, bamboleándome de extenuación, á casa, donde con el mayor sigilo me administré durante una semana frecuentes paños de salmuera para hacer desaparecer aquellas negras acardenaladuras, que me habrían hecho aparecer, si me hubiese desnudado, á guisa de poroto overo, tan frecuentes y repetidas eran. ¡Oh vosotros, compañeros de gloria en aquel día memorable! ¡Oh vos, *Piojito*, si vivierais! *Barrilito*, *Velita*,

## ARGENTINAS

*Chuña, Guacho y Capotito*, os saludo aún desde el desierto en el momento de hacer justicia al ínclito valor de que hicisteis prueba! Es lástima que no se os levante un monumento en el puente aquél para perpetuar vuestra memoria. No hizo más Leonidas con sus trescientos espartanos en las famosas Termópilas. No hizo menos el desgraciado Acha en las acequias de Angaco, poniendo con la barriga al sol á tanto imbécil que no sabía apreciar lo que vale una acequia puesta de por medio, cuando hay detrás una media docena de perillanes clavados en el suelo.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO.



## SORTEO DE MATUCANA

---

CANTERAC, inmediatamente de recibir la noticia de la sublevación del Callao, desprendió de la sierra una fuerte división de las tres armas, al mando de Monet, la que unida á la división de Rodil que ocupaba el valle de Ica sobre la costa, debía apoyarla y ocupar á Lima. La capital fué evacuada por los independientes. El presidente del Perú, Torre-Tagle, que, complotado con su ministro de Guerra, había entablado correspondencia secreta con los españoles para reaccionar contra la intervención colombiana, sirviéndole de pretexto la negociación del armisticio proyectado en Buenos Aires, se pasó á los realistas con algunas fuerzas peruanas que le obedecían, y dió un manifiesto contra Bolívar.

Los españoles eran dueños de toda la sierra y de todo el centro y sur del Perú, é iban á tener el dominio del mar. Una parte de la escuadra independiente

se hallaba surta en el Callao. Guisse recibió orden de recuperarla á todo trance. El almirante peruano, con la fragata *Protector* y cuatro botes armados en guerra, penetró al puerto bajo los fuegos de los castillos y fuerzas sutiles de la bahía. Abordó la fragata *Guayas* (antes *Venganza*), y, no pudiendo sacarla, la incendió. Lo mismo hizo con la *Santa Rosa* y con los demás buques mercantes (25 de febrero). Salvóse tan sólo el bergantín de guerra *Balcarce*. Los españoles esperaban dos fragatas de guerra, que encontrarían un puerto de refugio, bajo el amparo de fortificaciones inexpugnables para los independientes.

Bolívar ordenó la evacuación de Lima, dictando órdenes terribles, que encontraron resistencias pasivas en los peruanos. «Imagínese — escribía al encargado «de cumplirlas—perdido el país. Se han roto ya los «vínculos de la sociedad. No hay autoridad, no hay «nada que atender sino privar á los enemigos de una «inmensidad de recursos de que van á apoderarse.» El mismo día en que Bolívar fulminaba esta orden, el Congreso supremo lo investía con la dictadura absoluta, declarando cesante al presidente de la República, por «ser incompatible el régimen constitucional «con la salud pública, y se disolvía hasta tanto el «Libertador estimase convocarlo para un caso extra- «ordinario» (10 de febrero de 1824). Abandonada la capital, Monet la ocupó sin resistencia y se hizo cargo de los prisioneros del Callao. No entraba en el plan

de los españoles ocupar permanentemente la ciudad. Rodil tomó el mando del Callao, y Monet se replegó á la sierra.

Los oficiales patriotas prisioneros, en número de 160, fueron dirigidos á pie al valle de Jauja, custodiados en dos partidas, por la división de Monet, de regreso á Jauja, por el camino de San Mateo (8 de marzo). En la primera jornada pernoctaron á 36 kilómetros de Lima. Dos de ellos, el mayor Juan Ramón Estomba y el capitán Pedro José Luna, se tendieron fatigados en el suelo, úno al lado del ótro, y antes de entregarse al sueño se concertaron para fugar en la primera ocasión propicia, y comunicaron su proyecto al mayor Pedro José Díaz y á los oficiales Juan Antonio Prudán y Domingo Millán. Al tercer día, de noche (11 de marzo), llegaron á una estrecha ladera. Marchaban los presos en desfilada. Estomba y Luna iban entre Millán y Prudán. Al descender al fondo de la quebrada y pasar uno de sus puentecillos, Estomba y Luna se deslizaron á lo largo de una acequia como por un camino cubierto. Millán y Prudán cerraron el claro, renunciando á la salvación, para burlar la vigilancia de la custodia. Esta abnegación debía costarles la vida.

Informado Monet de la evasión, así que llegó al pueblo de San Juan de Matucana (19 de marzo), á 47 kilómetros de Lima, ordenó que dos de los prisioneros fuesen ejecutados á la suerte en reemplazo de los dos

fugados. Presentóse al grupo el general García Camba, jefe de Estado Mayor de la división, y haciéndolos formar en ala, les intimó la sentencia. El doctor José López Aldana, auditor del ejército independiente, protestó contra la bárbara ley, violatoria del derecho de gentes, que constituía á la víctima en guardián de la víctima bajo pena de la vida.—«Bastante se ha observado el derecho de gentes con ustedes, pues tienen aún la cabeza sobre los hombros», fué la contestación del jefe español. El coronel José Videla Castillo (argentino), que por su elevada graduación formaba á la cabeza, dijo con tranquila entereza:—«Es inútil la suerte. Aquí estamos dos coroneles: elíjase cuál de los dos ha de ser fusilado, ó los dos juntos si se quiere, y hemos concluído».—¡No! ¡No! ¡La suerte!, gritaron los prisioneros á una voz.—El general Pascual Vivero, anciano de setenta años, el mismo que había perdido la plaza de Guayaquil y simpatizado después con la causa sudamericana, por tener dos hijos sirviendo en las filas independientes, estaba exceptuado del sorteo. Espontáneamente se puso á la cabeza de la fila.—Señor don Pascual, con usted no reza la orden, le dijo García Camba.—¡Sí, reza!, replicó el anciano con noble laconismo.—En seguida se procedió al sorteo á muerte. Las cédulas, escritas por García Camba, sobre una caja de guerra que le tenía un tambor de órdenes, fueron dobladas por su mano y arrojadas en el morrión cónico de un soldado del regimiento de

Cantabria que daba la escolta del suplicio, y acto continuo se pasó nominalmente la lista fúnebre.

La primera cédula que tomó Videla Castillo era blanca. Las cuatro que siguieron fueron también blancas. Al llegar su turno al sexto, en el orden de la fila, que lo era un mayor Tenorio, exclamó:—Yo no tomo cédula. El señor (agregó señalando al capitán Ramón Lista) sabe quiénes protegieron la fuga.—Yo no sé nada, interrumpió Lista. ¡Venga la suerte!—¡Usted me lo ha dicho!—¡Es usted un infame!—En aquel momento salió un joven de entre las filas, y adelantándose cuatro pasos, prorrumpió con voz vibrante:—¡Yo soy úno!—¡Yo soy el ótro!, exclamó inmediatamente un oficial, que imitó la acción de su compañero.—¡Venga la suerte!, gritaron todos, con excepción de Tenorio.—¡Es inútil!, contestaron los dos oficiales que se ofrecían como víctimas propiciatorias de sus compañeros de armas.—Uno de ellos llamábase Manuel Prudán: era hijo de Buenos Aires, había hecho las primeras campañas del Alto Perú, y, prisionero en Vilcapugio, permaneció en las casamatas del Callao durante siete años. Contaba 24 de edad<sup>1</sup>. El ótro, Domingo Millán, de edad proveya, que era natural de

<sup>1</sup> Con fecha 18 de diciembre de 1817, adjunta el virrey Pezuela en carta particular, contestando á San Martín sobre el canje de prisioneros, una relación de los del Alto Perú que están en su poder, en que se lee esta anotación: "Cadete Manuel Prudán, 17 años, patria Buenos Aires." Prudán fué canjeado en 1820.—La fe de bautismo existe en la parroquia de San Nicolás de Bari.

Tucumán, y prisionero en Ayohuma, había sido compañero de infortunio de Prudán. Los prisioneros pidieron que se continuase el sorteo.—¡Es inútil!, interrumpió Millán; en prueba de que soy yo quien debe morir, aquí está una carta de Estomba.—En mi maleta se encontrará la casaca de Luna, agregó Prudán.—No hay que afligirse, dijeron á sus compañeros; verán morir á dos valientes.—No hay para qué seguir la suerte, dijo entonces con frialdad García Camba; habiéndose presentado los dos culpables, serán fusilados.—Prefiero la muerte, prorrumpió Millán, á ser presidiario de los españoles<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Los sorteados en Matucana, fueron 78 jefes y oficiales, pero no nos ha sido posible recoger sino los nombres de 66, conservados por la tradición oral, por el testimonio escrito del coronel Espinosa en su libro *Herencia Española* antes citado, y especialmente en el *Álbum de Ayacucho* (pág. 191), donde se registra la lista de los jefes y oficiales argentinos, chilenos, peruanos y colombianos, prisioneros en el Callao, á consecuencia de la sublevación. La lista de los sorteados en Matucana, cuyos nombres se han salvado, es la siguiente: Auditor de guerra Fernando López Aldana; *jefes*: coroneles José Videla Castillo (argentino) y Carlos María Ortega (colombiano), Eduardo Carrasco, Nicolás Medina, Escolástico Magán, Juan Argüero, Llicio, Eugenio Giroust.—*Oficiales*: Pedro José Díaz, Santiago Gómez, Manuel Pando, Domingo Cavero, Eduardo Balarezo, Mariano Campana, Ramón Lista, José Félix Ortiz, Heredia, Manuel Castro, Manuel Prudán, Domingo Millán, José Antonio Pérez, Jiménez, José Callejas, Domingo Reaño, Miguel Noriega, Manuel Bíos, José Quiroga, Javier (ó Gabriel) Grados, José M. Chehueca, José Gayangos, Francisco Lucero, Cipriano Miró (de Montevideo), Norberto Funes, Melitón Álvarez, Valentín Calderón, Tomás Muñiz, José Ignacio González, José R. González, Lorenzo R. González, José Ramos, Manuel C. Dulanto y José T. Dulanto (hermanos), José Antonio Pérez, Taramona, Juan Barrón y Pedro Barrón (hermanos), José Castro, José Tapia, Manuel Tineo, Eugenio Fernández, Manuel Gómez, Tomás Cabanillas-Ariste, Carlos Godoy, Manuel Pérez, José Luján, Tadeo Oliva, Manuel López.—Á la que debe agregarse el general español Pascual Vivero, que

Puestos en capilla las dos víctimas inmolatorias, los confesó el cura de Matucana. Millán pidió como una última gracia, que le dejaran vestir su uniforme. Se lo puso, sacó del forro de la casaca las medallas de Tucumán y Salta que colgó del pecho, y dijo:—«He combatido por la independencia desde joven: me he hallado en ocho batallas; he estado prisionero siete años y hubiera estado setenta antes que transigir con la tiranía española. Mis compañeros de armas vengarán este asesinato.»—Los ejecutores quisieron vendarles los ojos; pero ambos se resistieron. Millán, que era calvo, con una orla de cabellos negros que le circundaba el cráneo, lo que le daba un aspecto imponente, al tiempo de apuntarle, dijo:—¡Compañeros! ¡la venganza les encargo!—Y desabrochándose la casaca, gritó con voz firme—¡Al pecho! ¡al pecho! ¡Viva la Patria!—Prudán, murió con la resignación de un mártir, gritando también: ¡*Viva Buenos Aires!*<sup>1</sup>. Los ver-

voluntariamente quiso tomar parte en el sorteo.—El orden de formación de los que sacaron suerte era el siguiente:—Vivero, que se colocó á la cabeza, López Aldana, Videla Castillo, Ortega, Magán, Reaño, Manuel López, y Pedro José Díaz, que precedía á Tenorio. Este último dato me ha sido suministrado por los coroneles (después) Pedro José Díaz y Ramón Lista, que seguían á Tenorio, y también llegó á tomar suerte.

<sup>1</sup> El coronel Ramón Estomba, uno de los fugados, que fué causa del sorteo, compuso una canción fúnebre, la que con música de *La Pola* se cantó por muchos años en los campamentos militares. En ella se mencionan estas particularidades, especialmente en la siguiente estrofa:

## LECTURAS

dugos hicieron en seguida desfilas á los prisioneros por delante de los dos cadáveres!<sup>1</sup>

BARTOLOMÉ MITRE.

(De la HISTORIA DE SAN MARTÍN.)

Al suplicio conducen á entrambos,  
Y con ánimo grande Millán,  
Desabrocha el honroso uniforme  
Y les dice: "Aquí, al pecho ¡tirad!"

<sup>1</sup> Para relatar la sublevación del Callao, así como el episodio del sorteo de Matucana, hemos tenido presente: 1.º Los testimonios orales del general Enrique Martínez, y los coroneles Pedro José Díaz, Ramón Lista y Pedro Luna, los cuatro, testigos presenciales de los sucesos; 2.º Exposición del general Enrique Martínez, cit., y una carta M. S. del coronel Luna, sobre su evasión con Estomba, con la canción fúnebre de Estomba autógrafa: — 3.º *Mem. hist. biog.* del general Alvarado. M. S. cit. — 4.º *La Herencia Española*, por el coronel Juan Espinosa, que servía en el ejército de los Andes, y recogió el testimonio del principal actor de la sedición del Callao por parte de los españoles, el coronel Casariego, que consigna en su libro. — 5.º *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, por Camba, jefe de Estado Mayor de la división Monet que ocupó el Callao y Lima, y fué el ejecutor del sorteo de Matucana. — 6.º Correspondencia Diplomática de don Félix Álzaga, ministro argentino á la sazón en el Perú, que intervino en las tentativas de negociación con los sublevados. M. S. (Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina).

## PASO DE LOS ANDES

---

### CHACABUCO

**P**RONTO puso San Martín al ejército en estado de comenzar una campaña que ya no podía envolverse en el misterio. En la necesidad de preparar el campo para las operaciones bien meditadas de antemano, fomentó sublevaciones de patriotas al otro lado de las Cordilleras, que distrajeron la atención de las autoridades españolas, al mismo tiempo que, por medio de parlamentos con los indios del sur de Chile, persuadió á las mismas autoridades á que, en caso de invadir, tomaría una ruta que estaba muy lejos de su verdadera intención.

El campamento de Mendoza tomó la actitud que debía tomar en realidad muy pronto al frente del enemigo. Desde la primera luz ya estaba San Martín en él; un tiro de cañón anunciaba la formación de todos los cuerpos, y las maniobras militares duraban todo el día, prolongándose á veces á la claridad de la luna.

Pero el ejército no podía aventurarse en los desfileros, sin un reconocimiento formal practicado de antemano. San Martín que, ayudado del espíritu de la revolución, había sabido convertir en director de sus parques á un fraile franciscano, halló un hábil ingeniero de campaña entre los jóvenes capitanes de su artillería. Álvarez Condarco fué encargado del reconocimiento facultativo del camino de las Cordilleras, disfrazado con el carácter de parlamentario, portador de una nota dirigida al presidente de Chile, contraída á noticiarle la declaración de la Independencia Argentina proclamada por el Congreso de Tucumán. Puede calcularse la impresión que causaría á Marcó esta embajada, verdadero desafío á su poder puesto en ridículo, mucho más cuando forzosamente tenía que disimular su enojo, por temor de empeorar la suerte de sus compatriotas prisioneros en el territorio de Cuyo.

Mientras se practicaba por aquel medio ingenioso el reconocimiento del tránsito, dividió San Martín el ejército en tres cuerpos principales, de los cuales él se reservó el mando de la reserva, confiando al mayor general D. Miguel Estanislao Soler la vanguardia, y el centro al general O'Higgins. Zapiola, Crámer, Las Heras, Alvarado, Plaza, etc., eran los principales entre los valientes jefes que le acompañaban. La infantería montaba al número de tres mil hombres, la caballería regular á seiscientos granaderos, la artille-

## ARGENTINAS

ría, compuesta de diez cañones de á seis, de dos obuses y de cuatro piezas de montaña, la servían trescientos hombres. Mil y doscientos milicianos montados y algunos hombres destinados á conducir los víveres y forrajés y á despejar el terreno, aumentaban el número de estas fuerzas hasta componer un ejército de cinco mil y tantos soldados de las tres armas.

Los Andes argentinos se levantaban delante de esta expedición que llevaba la libertad á la falda que mira al océano Pacífico. Cumbres más elevadas que el Chimborazo, nieves perpetuas que se mantienen á la altura de cuatro mil metros, montañas de granito que se suceden unas á otras, desnudas de toda vegetación, constituyen la naturaleza de esa cordillera, en cuyos valles angostos, en que serpentean los torrentes, no encuentra el viajero más que peligros. Estos valles, algunos de los cuales se prolongan con el nombre de quebradas de un lado al otro, facilitan la comunicación entre nuestra República y la de Chile. El ejército se internó por dos de estas quebradas, la de los Patos y la de Uspallata, que corren próximamente paralelas entre sí. En el término de diez y ocho días, y después de caminar al borde de los abismos más de ochenta leguas, comenzaron aquellos bravos á descender las primeras pendientes occidentales, y el 4 de febrero de 1817, reunidas las vanguardias de las dos divisiones invasoras, comenzaron á guerrear al enemigo. Dos brillantes jóvenes de Buenos Ai-

res, célebres más tarde en la gran guerra de la Independencia, Necochea y Lavalle, tuvieron la principal parte en estos primeros encuentros. Los españoles, después de varios movimientos en diversas direcciones, que demostraban la sorpresa y el terror que les infundía el denuedo de los independientes, concentraron sus fuerzas al mando del general Maroto al pie de la CUESTA DE CHACABUCO. Allí los fué á buscar San Martín el día 12 de febrero.

El ejército se previno desde la noche anterior, arrojando sus equipajes y municionándose cada soldado con setenta cartuchos. Á las dos de la madrugada del 12, comenzaron á moverse los patriotas, divididos en dos cuerpos, el úno á las órdenes de Soler, y el ótro á las de O'Higgins. San Martín los seguía de cerca y rodeado de su estado mayor; á media legua de la cuesta, donde se hallaba el enemigo, las divisiones comenzaron á operar, la úna á la derecha y la ótra á la izquierda. La acción se trabó poco después, y las cargas á la bayoneta dirigidas por el general O'Higgins, el empuje de los granaderos á caballo mandados por Zapiola y el concurso oportuno de Necochea pusieron en completo desorden al enemigo y le obligaron á huir, dejando dueño del campo al general San Martín. La pérdida del enemigo se computó en 500 hombres muertos y 600 prisioneros. Poco después del medio día estaban en poder de los vencedores, todo el parque de los realistas, sus cañones, armamento y

el estandarte del batallón de Chiloe. Más tarde y á consecuencia de esta victoria, se tomaron seis banderas más, tres de las cuales se conservan en la catedral de Buenos Aires.

El vencedor en Chacabuco quedó inscripto, desde el memorable 12 de febrero, en el número de los grandes capitanes del mundo. Su paciente habilidad, su arrojo calculado con madurez, su admirable travesía de las más ásperas y elevadas montañas de la tierra, le colocaron naturalmente al lado de Aníbal y Bonaparte. El pueblo de Buenos Aires recibió la plausible noticia catorce días después. Á las tres de la tarde del 26 de febrero, el Director, rodeado de un lucido cortejo de empleados civiles y militares, tomaba en sus manos la bandera rendida en Chacabuco, que colocada en o alto de las casas consistoriales, sirvió de trofeo á las banderas nacionales de los batallones de patrios. El pueblo se agolpó á presenciar aquel espectáculo, y sus alegres aclamaciones se mezclaron á las saivas de la artillería y á los repiques de las campanas de los templos. Al describir el júbilo que embargaba á nuestra población, la prensa de aquellos días exclamaba con entusiasmo: «Gloria inmortal á cuantos han tenido la dicha de merecer el elogio sublime del regocijo público de sus compatriotas.»

El gobierno del Directorio manifestó su agradecimiento al vencedor, con algunas honras, entre las cuales son de mencionarse una pensión vitalicia de

## LECTURAS

600 pesos, á favor de su hija doña María Mercedes Tomasa de San Martín, y el uso, para el general, de un escudo con las siguientes inscripciones: *La patria en Chacabuco. Al vencedor de los Andes y Libertador de Chile.*

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

## EL DESIERTO

---

(LA CAUTIVA)

Il s vont. L'espace est grand. — *Hugo.*

Era la tarde y la hora  
En que el sol la cresta dora  
De los Andes. El desierto  
Inconmensurable, abierto,  
Y misterioso á sus pies  
Se extiende; triste el semblante,  
Solitario y taciturno,  
Como el mar, cuando un instante,  
Al crepúsculo nocturno,  
Pone rienda á su altivez.

Gira en vano, reconcentra  
Su inmensidad, y no encuentra  
La vista, en su vivo anhelo,  
Do fijar su fugaz vuelo,

## LECTURAS

Como el pájaro en el mar.  
Doquier campos y heredades  
Del ave y bruto guaridas;  
Doquier cielo y soledades  
De Dios sólo conocidas,  
Que Él sólo puede sondar.

Á veces la tribu errante  
Sobre el potro rozagante  
Cuyas crines altaneras  
Flotan al viento ligeras,  
Lo cruza cual torbellino  
Y pasa; ó su toldería  
Sobre la grama frondosa  
Asienta, esperando el día  
Duerme, tranquila reposa,  
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,  
Sublimes y á par sencillas,  
Sembró la fecunda mano  
De Dios allí! ¡Cuánto arcano  
Que no es dado al mundo ver!  
La humilde hierba, el insecto,  
La aura aromática y pura,  
El silencio, el triste aspecto  
De la grandiosa llanura,  
El pálido anochecer.

## ARGENTINAS

Las armonías del viento  
Dicen más al pensamiento  
Que todo cuanto á porfía  
La vana filosofía  
Pretende altiva enseñar.  
¿Qué pincel podrá pintarlas  
Sin deslucir su belleza?  
¿Qué lengua humana alabarlas?  
Sólo el genio su grandeza  
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente  
Reclinaba en occidente,  
Derramando por la esfera  
De su rubia cabellera  
El desmayado fulgor.  
Serenos y diáfanos el cielo,  
Sobre la gala verdosa  
De la llanura, azul velo  
Esparcía, misteriosa  
Sombra dando á su color.

El aura moviendo apenas  
Sus olas de aroma llenas,  
Entre la hierba bullía  
Del campo, que parecía  
Como un piélago ondear.  
Y la tierra, contemplando

## LÉCTURAS

Del astro rey la partida,  
Callaba, manifestando,  
Como en una despedida,  
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero  
Relinchaba un bruto fiero  
Aquí ó allá, en la campaña;  
Bramaba un toro de saña,  
Rugía un tigre feroz:  
Ó, las nubes contemplando,  
Como extático y gozoso,  
El yajá de cuando en cuando  
Turbaba el mudo reposo  
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía  
Que el vasto horizonte ardía;  
La silenciosa llanura  
Fué quedando más oscura,  
Más pardo el cielo, y en él  
Con luz trémula brillaba  
Una que otra estrella, y luego  
Á los ojos se ocultaba,  
Como vacilante fuego  
En soberbio chapitel.

El crepúsculo, entretanto,  
Con su claroscuro manto

## ARGENTINAS

Veló la tierra; una faja  
Negra como una mortaja,  
El occidente cubrió:  
Mientras la noche bajando  
Lenta venía, la calma,  
Que contempla suspirando  
Inquieta á veces el alma,  
Con el silencio reinó.

Entonces como el rüido  
Que suele hacer el tronido  
Cuando retumba lejano,  
Se oyó en el tranquilo llano  
Sordo y confuso clamor;  
Se perdió... y luego violento,  
Como baladro espantoso  
De turba inmensa, en el viento  
Se dilató sonoro  
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante  
Del ágil potro arrogante  
El duro suelo temblaba;  
Y envuelto en polvo cruzaba,  
Como animado tropel,  
Velozmente cabalgando;  
Veíanse lanzas agudas,

## LECTURAS

Cabezas, crines ondeando,  
Y como formas desnudas  
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba  
Con su alarido perturba  
Las calladas soledades  
De Dios, do las tempestades  
Sólo se oyen resonar?  
¿Qué humana planta orgullosa  
Se atreve á hollar el desierto,  
Cuando todo en él reposa?  
¿Quién viene seguro puerto  
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando  
De salvajes atronando,  
Todo el campo convecino.  
¡Mirad! Como torbellino  
Hiende el espacio veloz.  
El fiero ímpetu no enfrena  
Del bruto que arroja espuma;  
Vaga al viento su melena,  
Y con ligereza suma  
Pasa en ademán atroz

¿Dónde va? ¿De dónde viene?  
¿De qué su gozo proviene?

## ARGENTINAS

¿Por qué grita, corre, vuela,  
Clavando al bruto la espuela,  
Sin mirar al rededor?  
¡Ved! que las puntas ufanas  
De sus lanzas, por despojos,  
Llevan cabezas humanas,  
Cuyos inflamados ojos  
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje  
Al indomable coraje  
Que abatió su alevosía,  
Y su rencor todavía  
Mira con torpe placer  
Las cabezas que cortaron  
Sus inhumanos cuchillos,  
Exclamando: — «Ya pagaron  
Del cristiano los caudillos  
El feudo á nuestro poder.

«Ya los ranchos do vivieron,  
Presa de las llamas fueron,  
Y muerde el polvo abatida  
Su pujanza tan erguida.  
¿Dónde sus bravos están?  
Vengan hoy del vituperio  
Sus mujeres, sus infantes,  
Que gimen en cautiverio,

LECTURAS

Á libertar, y como antes  
Nuestras lanzas probarán.»

Tal decía; y bajo el callo  
Del indómito caballo,  
Crujiendo el suelo temblaba;  
Hueco y sordo retumbaba  
Su grito en la soledad.  
Mientras la noche, cubierto  
El rostro en manto nubloso,  
Echó en el vasto desierto  
Su silencio pavoroso,  
Su sombría majestad.

ESTEBAN ECHEVERRÍA.

## EL GENERAL SAN MARTIN

EN 1843

---

París, 14 de septiembre de 1843.

EL primero de septiembre, á eso de las once de la mañana, estaba yo en casa de mi amigo el señor D. M. J. de Guerrico, con quien debíamos asistir al entierro de una hija del señor Ochoa (poeta español) en el cementerio de Montmartre. Yo me ocupaba, en tanto que esperábamos la hora de la partida, de la lectura de una traducción de Lamartine, cuando Guerrico se levantó exclamando: — ¡El general SAN MARTÍN! Me *paré* lleno de agradable sorpresa á ver la gran celebridad americana, que tanto ansiaba conocer. Mis ojos clavados en la puerta por donde debía entrar, esperaban con impaciencia el momento de su aparición. — Entró, por fin, con su sombrero en la mano, con la modestia y apocamiento de un hombre común. ¡Qué diferente le hallé del tipo que yo me

## LECTURAS

había formado, oyendo las descripciones hiperbólicas que me habían hecho de él sus admiradores en América! Por ejemplo: Yo le esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un *indio*, como tantas veces me lo habían pintado; y no es más que un hombre de color moreno de los temperamentos biliosos. Yo le suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado. Yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne; pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnuda de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llaneza de un hombre común. Al ver el modo cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. Yo había oído que su salud padecía mucho, pero quedé sorprendido al verle más joven y más ágil, que todos cuantos generales he conocido de la guerra de nuestra independencia, sin excluir al general Alvear, el más joven de todos. El general San Martín padece en su salud cuando está en inacción, y se cura con sólo ponerse en movimiento. De aquí puede inferirse la fiebre de acción de que este hombre extraordinario debió de estar poseído en los años de su

tempestuosa juventud. Su bonita y bien proporcionada cabeza, que no es grande, conserva todos sus cabellos, blancos hoy casi totalmente; no usa patilla ni bigote á pesar de que hoy los llevan por moda hasta los más pacíficos ancianos. Su frente, que no anuncia un gran pensador, promete, sin embargo, una inteligencia clara y despejada; un espíritu deliberado y audaz. Sus grandes cejas negras suben hacia el medio de la frente, cada vez que se abren sus ojos llenos aún del fuego de la juventud. La nariz es larga y aguileña; la boca pequeña y ricamente dentada, es graciosa cuando sonrío; la barba es aguda.

Estaba vestido con sencillez y propiedad, corbata negra atada con negligencia, chaleco de seda negro, levita del mismo color, pantalón mezcla celeste, zapatos grandes. Cuando se *paró* para despedirse, acepté y cerré con mis dos manos la derecha del gran hombre que había hecho vibrar la espada libertadora de Chile y el Perú. En ese momento se despedía para uno de los viajes que hace en el interior de la Francia en la estación del verano.

No obstante su larga residencia en España, su acento es el mismo de nuestros hombres de América, coetáneos suyos. En su casa, habla alternativamente el español y francés, y muchas veces mezcla palabras de los dos idiomas, lo que le hace decir con mucha gracia, que llegará un día en que se verá privado de uno y otro ó tendrá que hablar un *patois* de su pro-

pia invención. Rara vez ó nunca habla de política.— Jamás trae á la conversación, con personas indiferentes, sus campañas de Sud América; sin embargo, en general, le gusta hablar de empresas militares.

Yo había sido invitado por su excelente hijo político, el señor don Mariano Balcarce, á pasar un día en su casa de campo en Grand-Bourg, como seis leguas y media de París. Este paseo debía ser para mí tanto más ameno cuanto que debía hacerlo por el camino de hierro en que nunca había andado. Á las once del día señalado, nos trasladamos con mi amigo el señor Guerrico al establecimiento de carruajes de vapor de la línea de *Orléans*, detrás del *Jardin de Plantas*.

El *convoy*, que debía partir pocos momentos después, se componía de 25 á 30 carruajes de tres categorías. Acomodadas las 800 á 1000 personas que hacían el viaje, se oyó un silbido que era la señal preventiva del momento de partir. Un silencio profundo le sucedió, y el formidable *convoy* se puso en movimiento apenas se hizo oír el eco de la campana que es la señal de partida. En los primeros instantes, la velocidad no es mayor que la de los carros ordinarios; pero la extraordinaria rapidez que ha dado á este sistema de locomoción la celebridad de que goza, no tarda en aparecer. El movimiento entonces es insensible, á tal punto, que uno puede conducirse en el coche como si se hallase en su propia habitación.

Los árboles y edificios que se encuentran en el borde del camino, parecen pasar por delante de la ventana del carruaje con la prontitud del relámpago, formando un soplo parecido al de la bala. Á eso de la una de la tarde se detuvo el *convoy* en *Ris*; de allí á la casa del general San Martín hay una media hora, que anduvimos en un carruaje enviado en busca nuestra por el señor Balcarce.

La casa del general San Martín está circundada de calles estériles y tristes, que forman los muros de las heredades vecinas. Se compone de una área de terreno igual, con poca diferencia, á una cuadra cuadrada nuestra. El edificio es de un solo cuerpo y dos pisos altos. Sus paredes blanqueadas con esmero, contrastan con el negro de la pizarra que cubre el techo, de forma irregular. Una hermosa acacia blanca da su sombra al alegre patio de la habitación. El terreno que forma el resto de la posesión está cultivado con esmero y gusto exquisito: no hay un punto en que no se alce una planta estimable ó un árbol frutal. Dalias de mil colores, con una profusión extraordinaria, llenan de alegría aquel recinto delicioso. Todo, en el interior de la casa, respira orden, conveniencia y buen tono. La digna hija del general San Martín, la señora Balcarce, cuya fisonomía recuerda con mucha vivacidad la del padre, es la que ha sabido dar á la distribución doméstica de aquella casa, el buen tono que distingue su esmerada educación. El general ocupa

las habitaciones altas que miran al norte. He visitado su gabinete, lleno de la sencillez y método de un filósofo. Allí, en un ángulo de la habitación descansaba impasible, colgada al muro, la gloriosa espada que cambió un día la faz de la América occidental. Tuve el placer de tocarla y verla á mi gusto; es excesivamente curva, algo corta, el puño, sin guarnición; en una palabra, de la forma denominada vulgarmente *moruna*. Está admirablemente conservada: sus grandes virolas son amarillas labradas, y la vaina que la sostiene es de un cuero negro, graneado, semejante al del jabalí. La hoja es blanca enteramente, sin pavón ni ornamento alguno. Á su lado estaban también las pistolas grandes, inglesas, con que nuestro guerrero hizo la campaña del Pacífico.

Vista la espada, se venía naturalmente el deseo de conocer el trofeo con ella conquistado. Tuve, pues, el gusto de examinar muy despacio, el famoso estandarte de Pizarro, que el Cabildo de Lima regaló al general San Martín, en remuneración de sus brillantes hechos. Abierto completamente sobre el piso del salón, le ví en todas sus partes y dimensiones. Es como de nueve cuartas nuestras de largo; y su ancho como de siete cuartas. El fleco, de seda y oro, ha desaparecido casi totalmente. Se puede decir que del estandarte primitivo se conservan, apenas, algunos fragmentos adheridos con esmero á un fondo de seda amarillo. El pedazo más grande es el del centro, es-

pecie de chapón donde, sin duda, estaba el escudo de armas de España, y en que hoy no se ve sino un tejido azul confuso y sin idea y pensamiento inteligible. Sobre el fondo amarillo ó caña del actual estandarte se ven diferentes letreros, hechos con tinta negra, en que se manifiestan las diferentes ocasiones en que ha sido sacado á las procesiones solemnes por los alféreces reales que allí mismo se mencionan.

¿Quién sino el general San Martín debía poseer este brillante gaje de una dominación que había abatido con su espada? Se puede decir con verdad que el general San Martín es el vencedor de Pizarro: ¿á quién, pues, mejor que al vencedor, tocaba la bandera del vencido? La envolvió á su espada y se retiró á la vida oscura, dejando á su gran colega de Colombia la gloria de concluir la obra que él había casi llevado hasta su fin. Los documentos que á continuación de esta carta se publican por primera vez en español, prueban de una manera evidente que el general San Martín hubiera podido llevar á cabo la destrucción del poder militar de los españoles en América, y que aun lo solicitó también con un interés y una modestia inaudita en un hombre de su mérito. Pero, sin duda, esta obra era ya incumbencia de Bolívar; y éste, demasiado celoso de su gloria personal, no quiso cederla á nadie. El general San Martín como se ve, pues, no dejó inacabado un trabajo que hubiera estado en su mano concluir.

Como parece estar decidido de un modo providencial que nuestros hombres célebres del Río de la Plata, hayan de señalarse por alguna originalidad ó aberración de carácter, también nuestro titán de los Andes ha debido tener la suya. Si pudiéramos considerarlo hombre capaz de artificio ó disimulo en las cosas que importan á su gloria, sería cosa de decir que él había abrazado intencionalmente esta singularidad: porque, en efecto, la última enseña que hay que agregar á un pecho sembrado de escudos de honor, capaz de deslumbrarlos á todos, es la modestia. He aquí la manía, por decirlo así, del general San Martín; y digo la manía, porque lleva esta calidad más allá de lo que conviene á un hombre de su mérito. Por otra parte, bueno es que de este modo vengan á hallarse compensadas las buenas y malas cosas en nuestra historia americana. Mientras tenemos hombres que no están contentos sino cuando se les ofusca con el incienso del aplauso por lo bueno que no han hecho, tenemos ótros que verían arder los anales de su gloria individual sin tomarse el comedimiento de apagar el fuego destructor.

No hay ejemplo (que nosotros sepamos) de que el general San Martín haya facilitado datos ni notas para servir á redacciones que hubieran podido serle muy honrosas; y difícilmente tendremos hombre público que haya sido solicitado más que él para darlas.

La adjunta carta<sup>1</sup> al general Bolívar, que parecía formar una excepción de esta práctica constante, fué cedida al señor Lafón, editor de ella, por el secretario del Libertador de Colombia. Se me ha dicho que cuando la aparición de la Memoria sobre el general Arenales publicada por su hijo, un hombre público de nuestro país, escribió al general San Martín, solicitando de él algunos datos y su consentimiento para refutar al coronel Arenales, en algunos puntos en que no se apreciaba con la bastante latitud los hechos esclarecidos del Libertador de Lima, el general San Martín rehusó los datos y hasta el permiso de refutar á nadie en provecho de su celebridad.

El actual rey de Francia, que es conocedor de la historia americana, habiendo hecho reminiscencia del general San Martín, en presencia de un agente público de América, con quien hablaba á la sazón, supo que se hallaba en París desde largo tiempo. Y como el rey aceptase la oferta que le fué hecha inmediatamente de presentar ante S. M. al general americano, no tardó éste en ser solicitado con el fin referido; pero el modesto general, que nada tiene que hacer con los reyes, y que no gusta de hacer la corte, ni de que se la hagan á él; que no aspira ni ambiciona á distinciones humanas, pues que está en Europa, se

<sup>1</sup> No publicamos esta carta ni los documentos á que se hace referencia más atrás, por no exigirlo la indole de este libro. (N. del E.)

puede decir, huyendo de los homenajes de catorce repúblicas, libres en gran parte por su espada, que si no tiene corona regia, la lleva de frondosos laureles, en nada menos pensó que en aceptar el honor de ser recibido por S. M., y no seré yo el que diga que hubiese hecho mal en esto.

Antes que el señor marqués Aguado verificase en España el paseo que le acarreó su fin, hizo las más vehementes instancias á su antiguo amigo el general San Martín para que le acompañase al otro lado del Pirineo. El general se resistió, observándole que su calidad de general argentino le estorbaba entrar en un país con el cual el suyo había estado en guerra, sin que hasta hoy tratado alguno de paz hubiese puesto fin al entredicho que había sucedido á las hostilidades: y que en calidad de simple ciudadano le era absolutamente imposible aparecer en España, por vivos que fuesen los deseos que tenía de acompañarle. El señor Aguado, no considerando invencible este obstáculo, hizo la tentativa de hacer venir de la corte de Madrid el allanamiento de la dificultad. Pero fué en vano, porque el gobierno español, al paso que manifestó su absoluta deferencia por la entrada del general San Martín como hombre privado, se opuso á que lo verificase en su rango de general argentino. El Libertador de Chile y el Perú, que se dejaría tener por hombre oscuro en todos los pueblos de la tierra, se guardó bien de presentarse ante

sus viejos rivales, de otro modo que con su casaca de Maipo y Callao; se abstuvo, pues, de acompañar á su antiguo camarada. El señor de Aguado marchó sin su amigo y fué la última vez que le vió en la vida. Nombrado testamentario y tutor de los hijos del rico banquero de París, ha tenido que dejar hasta cierto punto las habitudes de la vida inactiva que eran tan funestas á su salud. La confianza de la administración de una de las más notables fortunas de Francia, hecha á nuestro ilustre soldado, por un hombre que le conocía desde la juventud, hace tanto honor á las prendas de su carácter privado, como sus hechos de armas ilustran su vida pública. El general San Martín habla á menudo de la América, en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer: hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo, sin embargo, que alguna vez se resuelva á cambiar los placeres estériles del suelo extranjero, por los peligrosos é inquietos goces de su borrascoso país. Por otra parte, ¿será posible que sus adioses de 1829, hayan de ser los últimos que deba dirigir á la América, el país de su cuna y de sus grandes hazañas?

J. B. ALBERDI.



## TRAICIÓN

**E**L 4 de mayo de 1840, á las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano, en la ciudad de Buenos Aires.

Llegados al zaguán, obscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice á los otros:

— Todavía una precaución más.

— Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche — contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada, medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

— Por muchas que tomemos, serán siempre pocas — replica el primero que había hablado. — Es necesario que no salgamos todos á la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la acera de enfrente; un momento después saldrán los tres restantes, segui-

rán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruza con la que llevamos.

— Bien pensado.

— Sea, y yo saldré delante con Merlo y con el señor — dijo el joven de la espada á la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación. Y diciendo esto, tiró del pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa, y atravesando á la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano en dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquéllos, por la acera prefijada.

.....  
Llegados á la calle de Balcarce:

— Aquí debemos esperar á los demás — dijo Merlo.

— ¿Está usted seguro del paraje de la costa en que habremos de encontrar la ballenera? — preguntó el joven.

— Muy seguro — contestó Merlo. — Yo me he comprometido á ponerlos á ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra, como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido, no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar á los hombres que los han de conducir á la otra banda: ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clavados estaban los ojos penetrantes del joven en

los de Merlo, cuando alcanzaron á la comitiva los tres hombres que faltaban.

— Ahora es preciso no separarnos más — dijo uno de ellos. — Siga usted delante, Merlo, y condúzcanos.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venezuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una brisa fresca del sur empezaba á dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la Pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos.

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura á las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el «bajo» en Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraje tiene de triste, de melancólico, y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar á la distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La

ciudad, á dos ó tres cuabras de la orilla, se descubre informe, obscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lúgubrementemente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado á ese paraje, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó á la proscricción á centenares de buenos ciudadanos, éstos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas, en que se debía morir al puñal de la *Mazorca* si eran notados; ó decir adiós á la patria, á la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos á tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura.

.....

Nuestros prófugos caminaban sin cambiar una sola palabra; y es ya tiempo de dar á conocer sus nombres.

Aquel que iba delante de todos, era Juan Merlo; hombre del vulgo, de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucho por su antipatía á la civilización, y con el *pampa*<sup>1</sup> por sus hábitos holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

Á pocos pasos seguía el coronel don Francisco

<sup>1</sup> Con este nombre se designa al indio natural de la Pampa, entre el río de la Plata, la antigua Patagonia y la cordillera de los Andes. (N. del E.)

Lynch, veterano desde 1813; hombre de la más culta y escogida sociedad, y de hermosura remarcable.

En pos de él caminaba el joven Eduardo Belgrano, pariente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres; corazón valiente y generoso, é inteligencia privilegiada por Dios y enriquecida por el estudio.

En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Maisón, argentinos todos.

En este orden habían llegado ya á la parte del Bajo que está entre la Residencia y la alta barranca que da á Barracas en la calle de la Reconquista<sup>1</sup>; es decir, se hallaban en línea paralela con la casa que habitaba el ministro de S. M. B., caballero Mandeville.

En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

— Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la obscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, pues que su vista se dirigía hacia Barracas, y no á las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

— No está, dijo Merlo; — no está aquí, es necesario caminar algo más.

La comitiva le siguió, en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto á treinta ó

<sup>1</sup> El lector debe tener en cuenta que la actual calle de la Defensa se denominó de la Reconquista por algún tiempo. (N. del E.)

cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía á comunicarlo á sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, llevando un repentino pavor al ánimo de todos.

— No respondan; yo voy á adelantarme un poco á ver si distingo el número de hombres que hay — dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente á aquella señal: el ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo para sacar de su bolsillo una de las pistolas que llevaba, y antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Maissón y Oliden pueden disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Riglos opone la punta de un puñal al pecho del caballo que lo atropella, pero rueda también á su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundiéndose tres veces en el pecho de Riglos, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maissón, Oliden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturcidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asir por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al influjo de una voz aguda é imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos, hechas pedazos ya, á su garganta para defenderla!... ¡todo en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto á grandes tajos; y en los borbollones de la sangre se escapa el alma de las víctimas á pedir á Dios la justicia debida á su martirio.

Y, entretanto que los asesinos se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles alhajas y dinero; entretanto que nadie se ve ni se entiende en la obscuridad y confusión de esta escena espantosa, á cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, cual un solo cuerpo expansivamente elástico, tomaba, en cada segundo de tiempo, formas, extensión y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos.

En el momento en que cargaron sobre los prófugos; en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras él, atraviesa, casi de un salto, un espacio de quince pies en dirección á las barrancas.

Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería, y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo;

tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero, si había librádose del choque de los caballos, no había evitado ser visto, á pesar de la obscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Éste no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene á su derecha. Cadáver ya, aun no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos, siempre en dirección á la ciudad.

En ese momento, tres asesinos más se reúnen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un compañero á los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces contra Eduardo.

.....

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en sus vértigos de sangre y de furor no perciben que se hallan ya á doscientos pasos de sus compañeros; cum-

pliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la obscuridad de la noche.

.....

Los cuatro lo hostigan con tesón, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado á su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedan cubiertos con él; no se turba su espíritu, sin embargo: da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa, que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza á desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra á lo largo de su costado izquierdo y el filo de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho

¡Bárbaros -dice Eduardo, no conseguiréis llevarle mi cabeza á vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban pára en tercia una estocada que le tira su contra-

rio más próximo; y desenganchando, se va á fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen á la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo que no ha tenido fuerzas para volver á su primera posición, y que cae sin perder, empero, su conocimiento ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún se precipitan sobre él.

— ¡Aun estoy vivo! — grita Eduardo con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar é interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía á su lado, y tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca por los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición, ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero á ese tiempo la mano de otro asesino lo toma de los cabellos, da con su cabeza en tierra é hinca sobre su pecho una rodilla.

— ¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! — le dice, — y volviéndose al otro que se había abrazado de los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquél

se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía por desasirse de las manos que lo oprimen; pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda los cabellos de Eduardo, casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo á la garganta del joven.

Pero en el momento en que su mano iba á hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha, y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba á ser su víctima.

— ¡Á ti también te irá tu parte! — dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio muerto, temía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede, y toma repentinamente la huída en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso; se vuelve á aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el des-

conocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, é hincando una rodilla en tierra, suspende el cuerpo del joven y reclina su cabeza contra su pecho.

— ¡Todavía vive! — dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive y que le ha conocido.

Sin vacilar, alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma á Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándolo al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha, segura y fácil, hace conocer que aquellos parajes no eran extraños á su planta.

— ¡Ah! — exclama de repente, — apenas faltará media cuadra, y... tengo que descansar, porque... — y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que á los dos cubría. — ¡Eduardo!, le dice, poniéndole sus labios en el oído; ¡Eduardo!, soy yo, Daniel; tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, ocasionado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba á pasar, y la brisa fría de la noche á reanimarlo un poco.

— Huye... ¡Sálvate, Daniel! — fueron las primeras palabras que pronunció.

Daniel lo abraza.

— No se trata de mí, Eduardo.

.....

Y diciendo esto, había vuelto á cargar á su amigo, descendiendo con él, á fuerza de gran trabajo, á lo hon- do de una zanja de cuatro ó cinco pies de profundidad, que dos días antes habían empezado á abrir á distancia de veinte pies del muro lateral de una casa, sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada pero querida carga; casa que no era otra que la del mi- nistro de S. M. B., caballero Mandeville.

.....

Daniel, que había salido de la zanja, y llegádose co- mo una sombra hasta el bandido, luego que le dió el golpe en la cabeza, tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja, y sin soltarla, bajó y dió un abrazo á su amigo.

— ¡Valor, valor!, mi Eduardo; ¡ya estás libre... salvo... la Providencia te envía un caballo, que era lo único que necesitábamos!

— Sí, me siento un poco reanimado, pero es neces- rio que me sostengas... no puedo estar de pie.

— No hagas fuerza — dice Daniel, que carga otra vez á Eduardo, y lo sube al borde de la zanja.

En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consi- gue montar á Eduardo sobre el caballo, que se inquie- taba con las evoluciones que se hacían á su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se

## LECTURAS

monta en la grupa: pasa sus brazos por la cintura de Eduardo, toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y le hace subir inmediatamente por una barranca inmediata á la casa del señor Mandeville.

.....

Daniel sentía que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dió un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le anublaba la vista y lo desfallecía; pero felizmente le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin á la calle de la Reconquista, y tomó la dirección á Barracas; atravesó las del Brasil y Patagones y tomó á la derecha por una calle encajonada, angosta y pantanosa, y en cuyos lados no había edificio alguno, sino los fondos, de ladrillos ó de tunas, de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida á la empinada y solitaria barranca de Marcó, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas, causan temor de día mismo á los que se dirigen á Barracas, que prefieren la barranca empedrada de Brown, ó la de Balcarce, antes que bajar por aquel medio precipicio, especialmente, si el terreno está húmedo. Á esa barranca llegó Daniel, y las mismas cualidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfecta-

## ARGENTINAS

mente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo, sin ningún contratiempo.

Llegado á la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló á la derecha, y recostándose á la orilla del camino, llegó, al fin, á la calle Larga de Barracas sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, enfiló los edificios lo más aproximado á ellos que le fué posible, é hizo tomar el trote largo á su caballo, como si quisiera salir de ese camino frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo, gira sus ojos, y, convencido de que no veía ni oía nada, hace tomar el paso á su caballo, y dice á Eduardo:

— Ya estás en salvo; pronto estarás en seguridad y curado.

JOSÉ MÁRMOL.

(De AMALIA.)



## EL NIDO DE CÓNDORES

### I

En la negra tiniebla se destaca,  
Como un brazo extendido hacia el vacío  
Para imponer silencio á sus rumores,  
¡Un peñasco sombrío!

Blanca venda de nieve lo circunda,  
De nieve que gotea,  
Como la negra sangre de una herida  
Abierta en la pelea.

¡Todo es silencio en torno! Hasta las nubes  
Van pasando calladas,  
Como tropas de espectros que dispersan  
Las ráfagas heladas.

## LECTURAS

¡Todo es silencio en torno! Però hay algo  
En el peñasco mismo,  
Que se mueve y palpita, cual si fuera  
El corazón enfermo del abismo

Es un nido de cóndores, colgado  
De su cuello gigante,  
Que el viento de las cumbres balancea  
Como un pendón flotante.

Es un nido de cóndores andinos,  
En cuyo negro seno,  
Parece que fermentan las borrascas,  
Y que dormita el trueno.

Aquella negra masa se estremece  
Con inquietud extraña:  
¡Es que sueña con algo que lo agita  
El viejo morador de la montaña!

No sueña con el valle, ni la sierra,  
De encantadoras galas;  
Ni menos con la espuma del torrente  
Que humedeció sus alas.

No sueña con el pico inaccesible  
Que en la noche se inflama,  
Despeñando por riscos y quebradas  
Sus témpanos de llama.

## ARGENTINAS

No sueña con la nube voladora  
Que pasó en la mañana,  
Arrastrando en los campos del espacio  
Su túnica de grana.

Muchas nubes pasaron á su vista,  
Holló muchos volcanes;  
Su plumaje mojaron y rizaron  
Torrentes y huracanes.

Es algo más querido lo que causa  
Su agitación extraña:  
¡Un recuerdo que bulle en la cabeza  
Del viejo morador de la montaña!

En la tarde anterior, cuando volvía  
Vencedor inclemente,  
Trayendo los despojos palpitantes  
En la garra potente,

Bajaban dos viajeros presurosos  
La rápida ladera;  
Un niño y un anciano de alta talla  
Y blanca cabellera.

Hablaban en voz alta, y el anciano  
Con acento vibrante:  
« Vendrá, exclamaba, el héroe predilecto,  
De esta cumbre gigante. »

## LECTURAS

El cóndor, al oírlo, batió el vuelo;  
Lanzó ronco graznido,  
Y fué á posar el ala fatigada  
Sobre el desierto nido.

Inquieto, tembloroso, como herido  
De fúnebre congoja,  
Pasó la noche, y sorprendióle el alba  
Con su pupila roja.

## II

Enjambre de recuerdos punzadores  
Pasaban en tropel por su memoria,  
Recuerdos de otro tiempo de esplendores  
De otro tiempo de gloria,  
En que era breve espacio á su ardimiento  
La anchurosa región del vago viento.

Blanco el cuello y el ala reluciente,  
Iba en pos de la niebla fugitiva,  
Dando caza á las nubes en Oriente;  
Ó con mirada altiva  
En la garra pujante se apoyaba,  
Cual se apoya un titán sobre su clava.

ARGENTINAS

Una mañana — ¡inolvidable día!—  
Ya iba á soltar el vuelo soberano  
Para surcar la inmensidad sombría  
    Y descender al llano,  
Á celebrar con ansia convulsiva  
Su sangriento festín de carne viva;

Cuando sintió un rumor nunca escuchado  
En las hondas gargantas de Occidente;  
El rumor del torrente desatado,  
    ¡La cólera rugiente,  
Del volcán que en horrible paroxismo  
Se revuelca en el fondo del abismo!

Choque de armas y cánticos de guerra  
Resonaron después. Relincho agudo  
Lanzó el corcel de la argentina tierra  
    Desde el peñasco mudo;  
Y vibraron los bélicos clarines,  
Del Ande gigantesco en los confines.

Crecida muchedumbre se agolpaba,  
Cual las ondas del mar en sus linderos;  
Infantes y jinetes avanzaban  
    Desnudos los aceros  
Y atónita al sentirlos, la montaña  
Bajó la frente y desgarró su entraña <sup>1</sup>.

Pasaje de los Andes — 23 de Enero de 1817.

## LECTURAS

¿Dónde van? ¿dónde van? ¡Dios los empuja!  
Amor de patria y libertad los guía;  
Donde más fuerte la tormenta ruja,  
    Donde la onda bravía  
Más ruda azota el piélago profundo:  
¡Van á morir ó libertar un mundo!

### III

Pensativo á su frente, cual si fuera  
En muda discusión con el destino,  
Iba el héroe inmortal que en la ribera  
Del gran río argentino,  
Al león hispano asió de la melena  
Y lo arrastró por la sangrienta arena.

El cóndor lo miró, voló del Ande  
Á la cresta más alta, repitiendo  
Con estridente grito: ¡éste es el grande!  
Y San Martín, oyendo,  
Cual si fuera el presagio de la historia,  
Dijo á su vez: ¡mirad! ¡Esa es mi gloria!

### IV

Siempre batiendo el ala silbadora,  
Cabalgando en las nubes y en los vientos,  
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;

Y á sus rancos acentos,  
Tembló de espanto el español sereno  
En los umbrales del hogar ajeno.

Un día... se detuvo; había sentido  
El estridor de la feroz pelea;  
Viento de tempestad llevó á su oído  
Rugidos de marea;  
Y descendió á la cumbre de una sierra,  
La corva garra abierta, en son de guerra.

¡Porfiada era la lid! Por las laderas  
Bajaban los bizarros batallones  
Y penachos, espadas y cimeras,  
Cureñas y cañones,  
Como heridos de un vértigo tremendo  
En la sima fatal iban cayendo.

¡Porfiada era la lid! En la humareda,  
La enseña de los libres ondeaba,  
Acariciada por la brisa leda  
Que sus pliegues hinchaba:  
Y al fin entre relámpagos de gloria,  
Vino á alzarla en sus brazos la victoria <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Batalla de Chacabuco — 12 de Febrero de 1817.

## LÉCTURAS

Lanzó el cóndor un grito de alegría,  
Grito inmenso de júbilo salvaje;  
Y desplegando en la extensión vacía  
Su vistoso plumaje,  
Fué esparciendo por sierras y por llanos  
Jirones de estandartes castellanos.

### V

Desde entonces, jinete del vacío,  
Cabalgando en nublados y huracanes  
En la cumbre, en el páramo sombrío,  
Tras hielos y volcanes,  
Fué siguiendo los vívidos fulgores,  
De la bandera azul de sus amores.

La vió al borde del mar, que se empinaba  
Para verla pasar, y que en la lira  
De bronce de sus olas entonaba,  
Como un grito de ira,  
El himno con que rompe las cadenas  
De su cárcel de rocas y de arenas.

La vió en Maipú, en Junín y hasta en aquella  
Noche de maldición, noche de duelo,  
En que desapareció como una estrella  
Tras las nubes del cielo;

## ARGENTINAS

Y al compás de sus lúgubres graznidos  
Fué sembrando el espanto en los dormidos <sup>1</sup>.

¡Siempre tras ella, siempre! hasta que un día  
La luz de un nuevo sol alumbró al mundo;  
El sol de libertad que aparecía  
Tras nublado profundo,  
Y envuelto en su magnífica vislumbre  
Tornó soberbio á la nativa cumbre.

## VI

¡Cuántos recuerdos despertó el viajero,-  
En el calvo señor de la montaña!  
Por eso se agitaba entre su nido-  
Con inquietud extraña; -  
Y al beso de la luz del sol naciente,  
Volvió otra vez á sacudir las alas  
Y á perderse en las nubes del Oriente.

¿Á dónde va? ¿Qué vértigo lo lleva?  
¿Qué engañosa ilusión nubla sus ojos?  
Va á esperar del Atlántico en la orilla  
Los sagrados despojos  
De aquel gran vencedor de vencedores,  
¡Á cuyo sólo nombre se postraban  
Tiranos y opresores!

Sorpresa de Cancha Rayada -- 19 de Marzo de 1818.

LECTURAS

Va á posarse en la cresta de una roca,  
Batida por las ondas y los vientos,  
ALLÁ, DONDE SE QUEJA LA RIBERA  
CON AMARGO LAMENTO,  
¡PORQUE SINTIÓ PASAR PLANTA EXTRANJERA  
Y NO SINTIÓ TRONAR EL ESCARMIENTO!

Y allá estará cuando la nave asome  
Portadora del héroe y de la gloria;  
Cuando el mar patagón alce á su paso  
Los himnos de victoria,  
Volverá á saludarlo, como un día  
En la cumbre del Ande,  
Para decir al mundo: ¡Éste es el grande!

Mayo de 1877.

OLEGARIO V. ANDRADE.

## POR LA PATRIA Y POR LA PAZ

EL año 1857, un grupo de diputados propuso en las Cámaras de la provincia de Buenos Aires un proyecto de ley declarando á Rosas, en su primer artículo, reo de lesa patria, y autorizando al Estado en el segundo, á la confiscación de sus bienes.

Sólo una voz se opuso á este proyecto, y no fué la de un partidario de Rosas, sino la de un hombre que siempre lo había combatido con la espada, la pluma y la palabra, la voz de un hombre que había visto hacer traer desde Santiago del Estero y á pie á dos venerables sacerdotes, tíos suyos, para fusilarlos en Santos Lugares, por el crimen de no haber querido colocar en la iglesia el retrato del tirano; la voz de un hombre que sufrió las penurias de la emigración, como toda su familia, dispersa por la Banda Oriental y el Brasil, por el delito de ser unitarios;

Del tomo II *El Alma Argentina*, en preparación.

pero, era también la voz de un hombre que supo toda su vida acallar el grito de sus pasiones cuando el interés de la patria lo exigía.

Nos referimos á don Félix Frías, que á pesar de todos los amargos recuerdos que tenía de la siniestra época *rosista*, con generosa nobleza y serenidad de espíritu, en un memorable discurso, abogó, por el bien del país, que tal proyecto no se convirtiese en ley.

— Rosas, dijo entre otras cosas, está condenado por la conciencia pública. Condenar á Rosas es inútil, si el odio no pasa de él, y será funesto si vá más lejos. Votaré contra todas las leyes de carácter político, cuyo espíritu tienda, como la presente, á renovar recuerdos y á encender pasiones, que en el interés de la tranquilidad pública deben calmarse. Y si lo que contiene el segundo artículo del mismo proyecto es la confiscación, eso no merece el honor de ser refutado en un país constitucional. Hay otros medios legales para evitar que los intereses privados y los del Estado sean sacrificados. No todo es permitido contra los tiranos: **no se puede imitarlos!**

Hay que confesar que sólo el acendrado patriotismo y la magnanimidad de corazón, son capaces de llevar tales palabras á los labios que tanta queja habían tenido que exhalar contra el déspota argentino, y hacerlas pronunciar con tan vigorosa energía.

## LAVALLE Y SAN MARTÍN

Yo he visto muertos y he asistido al entierro de dos argentinos, cuyos nombres vivirán perpetuamente en la memoria agradecida de sus compatriotas: los generales don Juan Lavalle y don José de San Martín.

El general Lavalle murió en Jujúy, atravesado el pecho por la bala de un soldado del sangriento tirano Juan M. Rosas, cuando se encaminaba al destierro, después de haber luchado con heroico denuedo en defensa del honor y de la libertad de su patria, durante la más larga y penosa campaña que haya hecho jamás un ejército argentino.

El fúnebre cortejo lo formaban sus compañeros de armas, los que le siguieron desde Martín García, y se hallaron á su lado en las batallas del Yeruá, Don Cristóbal, Sauce Grande, Quebracho Herrado y Famallá.

## LECTURAS

Durante muchos días les fué menester hacer frente á los bárbaros, que les disputaban el cadáver del amado jefe, para ofrecerlo á las salvajes profanaciones del más cruel de los déspotas.

Sus leales amigos salvaron al país de esa última ignominiosa victoria de la tiranía, y condujeron sus restos hasta la ciudad de Potosí, en cuya catedral se celebraron sus honras fúnebres.

El general Lavalle brilló entre los bravos oficiales que asociaron su nombre á los triunfos alcanzados sobre los ejércitos españoles. Ninguno de ellos llevó tan lejos la bandera argentina, ninguno aventajó en intrépido valor al vencedor de Río Bamba.

El general Lavalle, sin embargo, más que por esos señalados servicios, será admirado por las generaciones venideras como el más glorioso de los mártires de la libertad argentina. Él libró al país de la afrenta que hubiera empañado por siempre su nombre, si el tirano lo hubiera oprimido sin resistencia y sin las generosas protestas de los que fueron á los campos de batalla á lavar con su sangre la tierra manchada con tantos crímenes. Los mártires de una gran causa nunca son vencidos en realidad; sus revces pueden retardar el momento de la victoria, pero la aseguran siempre á los que vienen en pos de ellos animados de iguales propósitos.

El general Lavalle será recordado como el héroe

de la libertad, porque murió por ella y en su defensa luchó más que nadie.

El general San Martín es el héroe de la Independencia. Sus hazañas son conocidas en el mundo; sus victorias emanciparon á cien pueblos; sus virtudes se elevaron tan alto como sus glorias. El fundador de tantos Estados, el que les dió el mas valioso de los tesoros: — la existencia misma, — vivió lejos de las riquezas y los honores, y más de una vez fué insultado por la calumnia y la ingratitude. Nada pidió para sí á los que le debían todo; y pudo escribir en su testamento estas bellas palabras: « Declaro que no he debido y no debo nada á nadie. »

El más grande de los americanos, el que por lo menos era de la talla de Bolívar, fué el más modesto; igualó á Wáshington en el desprendimiento, y no tuvo mas ambición, que la de vivir olvidado en el hogar, donde una hija digna de llevar su nombre, le hizo gozar las inefables delicias de la vida doméstica, á la par del caballero á quien ella había unido su suerte y de las nietas del ilustre guerrero.

Murió en el seno de la más hospitalaria de las naciones. Su entierro fué tan modesto, como el del más obscuro ciudadano: un anciano español, el ministro de Chile, dos amigos franceses y cuatro argentinos, componían todo el cortejo fúnebre.

De los dos célebres generales el úno murió en la tierra extranjera, el ótro en la propia, donde no pudo

hallar, sin embargo, una tumba, y donde los esclavos del tirano persiguieron cobardemente su cadáver, á fin de presentarle la cabeza como trofeo digno de sus feroces instintos.

Los dos generales fueron dos grandes ciudadanos, porque fueron dos grandes hombres de bien; pues sin la honradez no hay reputación bien adquirida, ni gloria sólida. Fueron más que honrados, fueron virtuosos: hicieron todo sacrificio en favor de su país, y ninguno exigieron del país en obsequio de sí mismos. Su única ambición fué ésta: ver á la tierra argentina soberana entre las naciones, y á los hijos de ella dueños de sus destinos.

¡La libertad y la independencia! Los pueblos no conocen bienes mayores, y los que no los poseen, carecen de todo. Las glorias de nuestros padres no han sido infecundas, y seríamos indignos de recordarlas, si no supiéramos mantener intacto el fruto de sus victorias; si nuestras virtudes no respondieran á las suyas, si consintiéramos que se amengüe, que perezca en nuestras manos la obra de ellos, obtenida á costa de tan esforzados sacrificios.

Para honrar la memoria de los héroes no bastan las estatuas, los bellos discursos, ni las manifestaciones del entusiasmo patrio: es menester algo más, es menester que todo corazón argentino esté pronto á amar lo que ellos amaron, que todo brazo argentino esté pronto á defender lo que ellos defendieron.

Si los dos gloriosos soldados se levantaran de sus tumbas para preguntarnos: ¿qué habéis hecho de la libertad? ¿qué habéis hecho de la independencia? ¿Cuál sería nuestra respuesta?

La anarquía está minando cada día más la base de las instituciones republicanas. El odio es el alma de los partidos; todo se subordina á su triunfo, y todo medio es bueno para triunfar.

El general Lavalle, que entre las virtudes de que fué capaz, mostró la del arrepentimiento, nos diría que la familia, dividida contra sí misma, está condenada á morir; nos diría que nos amáramos los únos á los ótros, y que buscáramos en la unión las fuerzas de que la discordia nos priva, las garantías para la práctica honesta de las instituciones libres, á fin de que la libertad no desaparezca deshonrada por sus propios excesos.

El general Lavalle, en cuyas filas se encontraron y se abrazaron los argentinos de todos los partidos, simpatizaría, sin duda, con toda la nobleza de su alma con la obra de reconciliación y de paz, tan bien acogida hoy en toda la República, á la que volverá la prosperidad y el crédito, en este momento tan abatidos.

Si el general San Martín nos preguntara: ¿qué habéis hecho de la independencia? Aquí la respuesta, si había de ser sincera, sería mucho mas dolorosa.

«Un territorio más grande que la mayor de las

provincias argentinas, está hoy invadido, usurpado por los mismos á quienes hicísteis independientes en Chacabuco y en Maipú. Nuestra bandera, que flameaba en aquel territorio, se ha retirado ante las amenazas de Chile, que ha trazado una línea de este lado de los Andes, más allá de la cual ha prohibido todo acto de dominio á los descendientes de los que desde 1807 hasta 1825, desde Buenos Aires hasta Ayacucho, lidiaron tan varonilmente en favor de la independencia de Sud América.

«Las leyes del Congreso Nacional, de ese Congreso en que están representadas todas las provincias argentinas, es decir, todas las glorias nacionales, han quedado sin ejecución ante el veto del gobierno chileno. Los buques enviados de nuestros puertos á las costas que Carlos III, que Rivadavia, que vuestro compañero de armas O'Higgins, reconocieron ser argentinas, han sido apresados como piratas. Y hoy, se dice, que no hemos de ser nosotros, los argentinos, los que, invocando vuestro nombre, hemos de acudir á la defensa de nuestra tierra insultada, de la bandera argentina hollada por vuestros antiguos é ingratos aliados; que será un árbitro, es decir, un extraño, el que ha de enseñarnos cómo hemos de resolver las cuestiones en que está comprometida la honra del país.»

Esa es la verdad, esa es la triste verdad de la situación de la República Argentina, mirada por el lado

de su independencia, hoy agraviada como nunca lo estuvo. Y yo afirmo, que si soportamos tamañas injurias, seremos indignos de traer los restos del general San Martín á esta tierra: élla no puede serle *liger*a mientras el extranjero la pise; mientras la bandera argentina no vuelva á los lugares de donde la fuerza de Chile la ha expulsado; mientras las naves argentinas, que, mandadas por un valiente marino, conocieron también en otro tiempo la gloria, se escondan en nuestros ríos avergonzadas de su inacción.

Seamos, pues, fieles á la memoria de los dos eminentes capitanes: Lavalle y San Martín. No consintamos que sus laureles se marchiten en nuestras manos; amemos *la libertad*, amemos *la independencia*; y no contentos con eso, sirvámoslas sin ahorrar sacrificio.

La reconciliación de los partidos es tan necesaria, para que la libertad recobre entre nosotros su pureza y su prestigio, como para que la causa de la independencia, hoy en peligro, cuente con la adhesión y la fuerza de todos. No olvidemos que la discordia es la vanguardia del extranjero, que espía nuestras horas de conflictos para sorprendernos y arrancarnos concesiones indecorosas! Unámonos en la libertad en provecho de la independencia; unámonos á la sombra de la bandera de San Martín, para restaurar su obra en toda su grandeza, en toda la extensión del territorio argentino.

## LECTURAS

Los que tanto hicimos por la independencia de los otros pueblos de Sud América, no olvidemos lo que debemos á la nuestra. Y si es permitido, por fin, un consejo, al que empezó su vida pública sirviendo la causa de la libertad, y hoy consagra las fuerzas que le han dejado los años á defender la independencia de su país, yo diría á mis compatriotas: «No pronunciéis en vano los nombres de Lavalle y de San Martín. Si queréis honrar su memoria, imitad sus virtudes; y no descanséis hasta que no hayáis arrojado fuera del suelo de la patria á la anarquía, que ofende la libertad, y al extranjero que ultraja su independencia.»

FÉLIX FRÍAS.

## SARMIENTO ANECDÓTICO

AL llegar á Tucumán para la inauguración del ferrocarril, Sarmiento no pudo ni atender las manifestaciones de las escuelas que le eran tan gratas, y se fué á la cama, con graves síntomas de la hipertrofia al corazón que debía abatirlo doce años después.

.....

Al primer asomo del sol, después de algunos días lluviosos, se organizó un paseo en las cercanías y todos se aprestaban á la alegre excursión, con excepción de Mr. Gould que deseaba aprovechar el buen tiempo para fijar la situación de Tucumán, y de Mrs. Gould, la que contestó á todas las instancias: «que la esposa del astrónomo Gould no podía decentemente pasear en ciudad que carecía de meridiano.»

El paseo se hizo en el primitivo trapiche que los señores Nougés han transformado en suntuosos edificios y pasmosas fábricas.

## LECTURAS

El almuerzo estaba servido bajo unos galpones, y, al aparecer las empanadas, Sarmiento nos dijo observaríamos si entre los comensales estaban representadas todas las provincias argentinas; y verificado que no faltaba ni una, alzando en el aire una empanada, pronunció gravemente este aforismo:

— La verdad es que ninguna empanada en el mundo vale lo que la empanada sanjuanina.

Un jujeño interrumpió el silencio de estupor que causó tan insólita declaración, observando que tenía en mucho la opinión del señor Sarmiento, á quien consideraba un genio, aun en achaques de empanadas; pero era de presumir que sus conocimientos no hubiesen alcanzado hasta la empanada de Jujúy, la más sabrosa y la más *babosa*, la que no podía comerse sino con la camisa arremangada para chuparse los dedos hasta el codo... Un correntino dijo que esas cosas no se discutían, siendo la de su heroica provincia la única empanada posible. Siguiéronse mendocinos, puntanos, catamarqueños, santiagueños, salteños, etc., declarando detestables á todas las empanadas que no fuesen las de su pago. Don Pepe Posse desafió á quien quisiera *relevar* el guante, que presentase ahí mismo algo mejor que la empanada tucumana que todos estaban saboreando, lo que parecía darle una fácil victoria. Un senador por Córdoba, con cara de filo de cuchillo y muy más fino casuista, estableció como petición de principio que aun cuando en su vida hubiese comido ningun-

na especie de empanada, tenía por averiguado en su fuero interno y en el santuario de su conciencia, que la cordobesa era el *non plus ultra* de las empanadas.

La batahola de encontradas pasiones fué subiendo de punto, hasta que Sarmiento impuso silencio, diciendo, más ó menos:

«Señores: esta discusión es un trozo de historia argentina, pues mucha de la sangre que hemos derramado ha sido para defender cada uno su empanada. El ferrocarril que inauguramos servirá á la unión de la República como conductor de sus progresos y agente para la realización de sus instituciones y servirá á la unión, disipando la deplorable fascinación de la mezquindad de aldea que nos hace creer detestable la empanada del vecino.

«La desasociación de nuestros pueblos proviene de las distancias intermediarias, como las *tonadas* vienen de los largos viajes á mula, la marcha de la cabalgadura haciendo acentuar la palabra al asentar el caballo la pata. *La tonada* es el localismo, como la empanada. El localismo es nuestra historia: en detrimento del poder, de la dignidad y de la gloria del todo, cada rincón empezó á pugnar por zafarse de toda sujeción; y á título de amor á la independencia los únos, á nombre de un patriotismo local los ótros, ambiciones pigmeas trataron de achicar á su talla el campo de la acción y de alejar hombres para que la sombra que deja tras sí el mérito real no los eclipsase y oscureciese. Merced

## LECTURAS

á estos amaños, hemos visto durante medio siglo suceder en la escena política notabilidades singulares, que, al desaparecer, han dejado Estados que hoy piden limosna para subsistir.

«He aquí la historia de las empanadas; y sería bueno que alguna vez, al lado del sacrosanto amor á la empanada de nuestro terruño, tengamos indulgencia para las demás empanadas. Amemos, señores, la empanada *nacional*, sin perjuicio de saborear todas las empanadas...»

Y siguió en larga plática, dejando á sus oyentes el solo recurso de aplaudir y de cazar al vuelo, para echárselas al bolsillo, las observaciones profundas y los chispazos humorísticos.

## ATLÁNTIDA

---

### VI

¡Soberbio mar engendrador de mundos!  
¡Inquieto mar Atlante!  
Que ora manso, ora horrible, en giro eterno,  
Ya imitando el fragor de roncadas lides,  
Ya gritos de angustiadas multitudes  
Ó gemidos de sombras lastimeras,  
¡Te vuelcas y sacudes  
En la estrecha prisión de tus riberas!  
¡Soberbio mar! de cuyo fondo un día  
La colosal cabeza levantaron,  
Coronada de liquen y espadañas,  
Al ronco son de tempestad bravía  
Náufragos del abismo las montañas —  
Mientras el cielo en la extensión desierta  
Que eternas sombras por doquier velaban

## LECTURAS

Lanzaba el primer sol su rayo de oro,  
Inmensa flor de luz, recién abierta,  
Sobre la cual en armonioso coro  
¡Enjambres de planetas revolaban!

Tú eres el mismo mar que alzaste un día  
Bajo arcadas fantásticas de brumas,  
Al vaivén de las olas adormido  
Y envuelto dulcemente  
En pañales de espumas,  
Jirones de la túnica de armiño  
De tus playas bravías,  
¡Huérfano de la historia! un mundo niño. —  
¡Con cuánto amor velabas  
Su cuna, y qué sombrías  
Nieblas sobre tu frente desplegabas  
Para que el aire errante, el viento inquieto.  
Y el astro vagabundo  
No fuese á contarle tu secreto  
Á la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,  
El labio mudo, palpitante el seno,  
Á interrogar el horizonte oscuro  
De vagas sombras y rumores lleno,  
Cuando el alba indecisa aparecía  
Mensajera de Dios en el Oriente,  
Trayéndote perfumes de los cielos

## ARGENTINAS

Para mojar tu frente!  
¡Y qué grito salvaje,  
Mezcla de rabia y de pavor, lanzabas,  
Retorciendo los brazos,  
Cuando una vela errante aparecía,  
Y en la tarde, traía  
Bramando el olaje,  
De algún bajel deshecho los pedazos!

## VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos  
Guardaron el secreto!  
Lo presintió Platón cuando sentado  
En las rocas de Engina contemplaba  
Las sombras que en silencio descendían  
Á posarse en las cumbres del Himeto;  
Y el misterioso diálogo entablaba  
Con las olas inquietas  
¡Que á sus pies se arrastraban y gemían!  
Adivinó su nombre, hija postrera  
Del tiempo, destinada  
Á celebrar las bodas del futuro  
En sus campos de eterna primavera,  
¡Y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba  
La empresa ruda al genio renaciente

## LECTURAS

De la latina raza, ¡domadora  
De pueblos, combatiente  
De las grandes batallas de la historia!  
Y cuando fué la hora,  
Colón apareció sobre la nave  
Del destino del mundo portadora —  
Y la nave avanzó. Y el Océano,  
Huraño y turbulento,  
Lanzó al encuentro del bajel latino  
Los negros aquilones,  
¡Y á su frente rugiendo el torbellino  
Jinete en el relámpago sangriento!  
Pero la nave fué, y el hondo arcano  
Cayó roto en pedazos  
¡Y despertó la Atlántida soñada  
De un pobre visionario entre los brazos!

Era lo que buscaba  
El genio inquieto de la vieja raza,  
Debelador de tronos y coronas,  
¡Era lo que soñaba!  
¡Ámbito y luz en apartadas zonas!  
Helo armado otra vez, no ya arrastrando  
El sangriento sudario del pasado  
Ni de negros recuerdos bajo el peso,  
Sino en pos de grandiosas ilusiones,  
¡La libertad, la gloria y el progreso!

## ARGENTINAS

¡Nada le falta ya! lleva en el seno  
El insondable afán del infinito,  
¡Y el infinito por doquier lo llama  
De las montañas con el hondo grito  
Y de los mares con la voz de trueno!  
Tiene el altar que Roma  
Quiso en vano construir con los escombros  
Del templo egipcio y la pagoda indiana,  
¡Altar en que profese eternamente  
Un culto sólo la conciencia humana!  
¡Y el Andes, con sus gradas ciclópeas,  
Con sus rojas antorchas de volcanes,  
Será el altar de fulgurantes velos  
En que el himno inmortal de las ideas  
La tierra entera elevará á los cielos!

## VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas  
Bajo el arco triunfal de mil colores  
Del trópico esplendente,  
Las Antillas levantan la cabeza  
De la naciente luz á los albores,  
Como bandadas de aves fugitivas  
Que arrullaron al mar con sus extrañas  
Canciones plañideras,  
Y que secan al sol las blancas alas  
¡Para emprender el vuelo á otras riberas!

## LECTURAS

¡Allá Méjico está! sobre dos mares  
Alzada cual granítica atalaya,  
¡Parece que aun espía  
La castellana flota que se acerca  
Del golfo azteca á la arenosa playa!  
Y más allá Colombia adormecida  
Del Tequendama al retemblar profundo,  
¡Colombia la opulenta  
Que parece llevar en las entrañas  
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz! región querida  
Del almo sol que tus encantos cела,  
Inmenso hogar de animación y vida,  
¡Cuna del gran Bolívar! ¡Venezuela!  
Todo en tu suelo es grande,  
Los astros que te alumbran desde arriba  
Con eterno, sangriento centelleo,  
El genio, el heroísmo,  
¡Volcán que hizo erupción con ronco estruendo  
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,  
Viuda infeliz sobre entreabierta huesa,  
Yace la Roma de los Incas, rota  
La vieja espada en la contienda grande,  
La frente hundida en la tiniebla obscura,  
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota

## ARGENTINAS

Germen es en los pueblos varoniles  
De redención futura —  
Y entonces cuando llegue,  
Para su suelo, la estación propicia  
Del trabajo que cura y regenera  
Y brille al fin el sol de la justicia  
Tras largos días de vergüenza y lloro,  
¡El rojo manto que á su espalda flota  
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante  
Nacido al pie del Avila, su genio  
Inquieto y su valor constante  
Tiene para las luchas de la vida;  
Sueña en batallas hoy, pero no importa,  
Sueña también en anchos horizontes  
En que en vez de cureñas y cañones  
¡Sienta rodar la audaz locomotora  
Cortando valles y escalando montes!  
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra,  
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve  
Á colgar en el techo  
Las vengadoras armas, convencido  
De que es estéril siempre la victoria  
De la fuerza brutal sobre el derecho.  
El Uruguay que combatiendo entrega  
Su seno á las caricias del progreso,  
El Brasil que recibe

## LECTURAS

Del mar Atlante el estruendoso beso  
Y á quien sólo le falta  
El ser más libre, para ser más grande,  
¡Y la región bendita,  
Sublime desposada de la gloria,  
Que baña el Plata y que limita el Ande!

¡De pie para cantarla! que es la patria,  
La patria bendecida,  
Siempre en pos de sublimes ideales,  
¡El pueblo joven que arrulló en la cuna  
El rumor de los himnos inmortales!  
Y que hoy llama al festín de su opulencia  
Á cuantos rinden culto  
Á la sagrada libertad, hermana  
Del arte, del progreso y de la ciencia —  
¡La patria! que ensanchó sus horizontes  
Rompiendo las barreras  
Que en otrora su espíritu aterraron,  
¡Y á cuyo paso en los nevados montes  
Del Génesis los ecos despertaron!  
¡La patria! que olvidada  
De la civil querella, arrojó lejos  
El fratricida acero  
Y que lleva orgullosa  
La corona de espigas en la frente,  
¡Menos pesada que el laurel guerrero!  
¡La, patria! en ella cabe

## ARGENTINAS

Cuanto de grande el pensamiento alcanza,  
En ella el sol de redención se enciende,  
Ella al encuentro del futuro avanza,  
Y su mano, del Plata desbordante  
¡La inmensa copa á las naciones tiende!

### IX

¡Ámbito inmenso, abierto  
De la latina raza al hondo anhelo!  
¡El mar, el mar gigante, la montaña  
En eterno coloquio con el cielo...  
Y más allá desierto!  
Acá ríos que corren desbordados,  
Allí valles que ondean  
Como ríos eternos de verdura,  
Los bosques á los bosques enlazados,  
¡Doquier la libertad, doquier la vida  
Palpitando en el aire, en la pradera  
Y en explosión magnífica encendida!

¡Atlántida encantada  
Que Platón presintió! promesa de oro  
Del porvenir humano — Reservado  
Á la raza fecunda,  
Cuyo seno engendró para la historia,

*LECTURAS*

Los Césares del genio y de la espada—  
Aquí va á realizar lo que no pudo  
Del mundo antiguo en los escombros yertos—  
¡La más bella visión de sus visiones!  
¡Al himno colosal de los desiertos  
La eterna comunión de las naciones!

OLEGARIO V. ANDRADE.

## PIDIENDO LA PAZ

**L**A agrupación de más de treinta mil personas que se presentan alrededor de V. E. es una manifestación genuina de esas fuerzas latentes y saludables. Está formada por el grande y pequeño comercio, por los capitalistas nacionales y extranjeros, por los grandes y pequeños industriales, por todos los gremios é individualidades que son los impulsores y los agentes de nuestra producción, por todas las asociaciones encargadas de promover el adelanto material y moral. Viven incorporados y mezclados estrechamente con los argentinos, en número crecidísimo, extranjeros de todas las nacionalidades, identificados con nosotros por la solicitud con que los llamamos á nuestro suelo para que nos ayuden eficazmente á fecundarlo, por la simpatía que los liga á la nueva patria, el sudor de su frente que la consagran, el fruto satisfactorio de ese trabajo, la merecida consideración

## LECTURAS

que los rodea, y, finalmente, la sangre de sus hijos, nacidos argentinos y destinados como tales, á compartir las vicisitudes y los destinos afortunados de su tierra natal.

Nos llegan por momento de todas las provincias adhesiones entusiastas al movimiento de este día, probando que no es sólo Buenos Aires, sino la república entera la que participa de nuestras zozobras y de nuestras aspiraciones.

Están también con nosotros en este momento los intereses del hogar y de la familia, aunque su tocante expresión no sea materialmente visible. Las madres, las esposas, las hermanas nos acompañan, á no dudar, con sus fervientes votos, que tienen la virtud de conmover á los fuertes.

Y todos, señor Presidente, de cerca ó de lejos, miran con ansiedad al horizonte donde aparece la luz indefinida, que puede ser, ó la del sol que se pone en el occidente anunciando la noche tenebrosa de la guerra civil con sus sangrientas tragedias, con la desolación de las ciudades y la devastación de las campañas, con la ruina del comercio y de todas las industrias, con el descrédito y la deshonra ante los extraños que nos observan, con la perspectiva de la disolución nacional y sus funestas consecuencias: ó que puede y debe ser el sol bendito de la paz, que se levanta al meridiano para continuar fecundando con su calor y con su lumbre, esta tierra predestinada

á realizar bajo su influjo los prodigios de engrandecimiento que ya empezamos á percibir, y que continuarán desenvolviéndose en proporciones incalculables.

El clamor unísono de todos es porque sea despejado el Sol de Mayo de las nubes que en estos momentos lo asemejan al astro en el ocaso, y ese clamor se levanta vibrante para ser escuchado por todos los que en el ámbito de la república pueden concurrir á despejarlo. Permítame V. E., ahora, presentarle dos peticionarios que están más arriba de las agrupaciones que nos circundan. Ellos también piden la paz con voz solemne é imponente, porque nos llega de las regiones de la inmortalidad. San Martín y Rivadavia se acercan.

¡Qué coincidencia providencial, señor Presidente! En estos momentos, que serán de suyo memorables, en este mes, que se impone por su propio nombre al patriotismo, la inexorable rotación del tiempo nos trae el día natalicio del ilustre argentino don Bernardino Rivadavia, fundador del gobierno representativo y de las más trascendentales instituciones de nuestro país, dos veces desterrado por la guerra civil, y muerto en la expatriación y en el martirio.

Entretanto, viene cruzando los mares la nave que conduce los restos venerados del gran Capitán de la América, fundador de su Independencia, del virtuoso, del heroico general don José de San Martín, dos ve-

## LECTURAS

ces desterrado también por la guerra civil, que vivió sus últimos años en aquella tierra hospitalaria donde han reposado sus cenizas, custodiadas á toda hora por el piadoso culto de su familia.

La gratitud de esta nación ha decidido la repatriación de aquel tesoro, y el vapor que lo conduce, partido el 22 de abril, llegará probablemente el día 25 de mayo.

Señor Presidente:

Cuando el 20 de mayo nos acerquemos al sepulcro de Rivadavia para ofrecerle el homenaje de nuestro respeto; cuando vayamos á mostrarle la patria que él dejó envuelta en la borrasca sangrienta de la guerra; cuando recibamos en nuestros brazos la urna que encierra las reliquias del héroe de Chacabuco y de Maipú para conducir las al mausoleo que las espera y donde deben descansar para siempre, ¿qué vamos á responder á la interrogación severa de esas dos grandes figuras que evocamos para darles cuenta de la patria que nos legaron con sus virtudes y la consagración de su vida?

Si llegare á frustrarse el esfuerzo de los buenos que V. E. acoge en este instante y que debe ser omnipotente é irresistible por las proporciones sin ejemplo que asume, y sobre todo, por la legitimidad y la altura de sus fines; si las causas de la honda perturbación que nos aterra no fuesen removidas sin demora y siguen agravándola hora por hora como

hasta aquí, la atmósfera en que van á desenvolverse aquellos dos grandes acontecimientos seculares, se presentaría infectada con pasiones indignas de estos días solemnes que no pueden aplazarse ni suprimirse porque son únicos en la vida de un siglo. El aire, así viciado, por el odio y los designios de venganza de los únos y la moral angustia de la nación entera, será como conjunto general, nuestra respuesta, y ella, así concebida, importará, señor, una verdadera é irreparable profanación.

Las sombras augustas de San Martín y de Rivadavia no pueden aceptar nuestras ofrendas presentadas así. No vienen buscando ceremonias formales ni los costosos monumentos erigidos por el arte. Cuando miren los rostros enrojecidos por rencores fratricidas; cuando vean que las mismas armas que se presenten en honor suyo están prontas á ensangrentarse en el pecho de los hermanos; cuando escuchen la jadeante congoja de su patria ante las terribles amenazas de una guerra; aquellas sombras ilustres que conocieron bien lo que la guerra civil engendra, volverán sus rostros al otro lado y no derramarán sobre nosotros las bendiciones que nos traían.

Pero, aun es tiempo, Excmo. señor, de cambiar esta escena de duelo por las risueñas perspectivas de la paz. Bajo la tremenda responsabilidad que pesa sobre todos aquellos que, pudiendo evitarlo, dejan correr la nación á los abismos insondables á donde

se encamina, el pueblo confía que su clamor será escuchado en todas partes y que no pasarán muchas horas sin que la voz de la Paz, dulce y sonora, se alce para llevar en todas direcciones la confianza, la seguridad, la fraternidad y el supremo regocijo de una mudanza tan feliz.

Señor Presidente: Si V. E. tiene la fortuna de contribuir eficazmente á la satisfacción del vivo anhelo que aquí nos ha reunido, marque hondamente en el itinerario de su vida esa hora memorable. V. E. es joven todavía. Bajo el manto fecundo de la paz verá desenvolverse en su patria una prosperidad indescriptible. El siglo en que vivimos, el siglo de las maravillas, llega á su término, habiéndonos regalado con sus copiosos beneficios. El vapor, el telégrafo eléctrico, el ferrocarril, la inmigración, el comercio en sus vastas y variadas manifestaciones, las instituciones de crédito, la forma republicana de gobierno, y tantas otras ventajas de que disfrutamos y que sólo son fuerzas creadoras en las condiciones de la paz, continuarán desarrollando con un impulso poderosísimo el progreso, cuya realidad, entre nosotros, tanto nos alienta y tanto nos promete para el porvenir.

V. E. es joven todavía. Asiste hoy como actor á esta terrible crisis que nos acongoja, en la que de un lado se presenta la guerra civil, que es para nuestro país la catástrofe y el suicidio; y del otro la paz con todas sus bendiciones. Contribuya V. E., en cuanto

## ARGENTINAS

pueda, á dar á esta crisis una solución feliz; y cuando al cerrarse el siglo, dentro de veinte años, V. E., rodeado de sus hijos y del respeto de sus conciudadanos, compulse la fecha que hoy marca, gozará con un placer indeleble en la contemplación de esta República Argentina, que se contará entonces entre las primeras naciones de la tierra!

GUILLERMO RAWSON.

Discurso pronunciado en 1880.



## ASTUCIA DE TIRANO

HA de saberse también que Rosas se forjaba apariciones y revelaciones en intimidad personal con la Divina Providencia: que creía ó aparentaba creer en brujerías, lo mismo que los personajes de Shakespeare. Tenemos una aparición, con su respectiva revelación, de su finada señora doña Encarnación Ezcurra, contada por él mismo á nuestro padre, con un fin insidioso y amenazante, aunque de diverso género que el del *Puente de Márquez*. Había subido á fallarse en la Alta Cámara de Justicia (de que nuestro padre era miembro influyente), un ruidoso pleito de don Nicolás Anchorena con los herederos de doña Ana Riglos, sobre — *Retracto de alhajas y perlas de familia*. Eran las once de la noche: la ciudad, en tinieblas, como de costumbre, y bajo la epidemia moral del terror, parecía una necrópolis dantesca, más que morada de vivos. No se veía más viviente, ni

se oía más voz que el fatídico canto del *Sereno*— afiliado indispensable de la *Mazorca*, que de hora en hora repetía, como ecos del sepulcro: — *Viva el ilustre Restaurador de Las Leyes* — *Mueran los Salvajes unitarios*— y para mayor ludibrio — *Vivid Soberana Representación* (la Cámara), que era tan soberana como el Senado de Tiberio... y menos todavía. Á esa hora se detiene un carruaje en la puerta de nuestra casa, y se anuncia de afuera el coronel Corvalán, edecán de S. E. (aquí todos los títulos del ritual) viene en busca del doctor López, á quien S. E. (y van los títulos) necesita ver con urgencia. No hay remedio: es menester dejar el lecho; y llena el alma de mortales angustias, ir al llamado del tirano. Por el camino el edecán, aleccionado por su puesto, le transmitía expresiones lisonjeras de parte de S. E. (con la retahila oficial) y de la señorita Manuelita. Mi padre, no sabía si serenarse ó alarmarse más. Llegan, bajan, y un sirviente se encarga de dirigirlo hasta la vivienda donde S. E. está algo enfermo y en cama. Apenas entran á lo techado, el sirviente toma de la mano á mi padre: le hace atravesar porción de piezas, algunas en estado de edificación inconclusa. Aquello es un lóbrego laberinto; y al fin, lo introduce en una pieza á medio alumbrar por una vela carbonizada, puesta en el suelo tras de un mueble. Desde un rincón sale una voz que le indica al *paciente* que no tropiece con ese sillón, que no se gol-

pee en esa mesa, que tome por acá ó por allá, con indicaciones más estratégicas que las que empleó en *Caseros*, hasta aproximarlo á una silla próxima al rincón de donde salía la voz. — « Siéntese *mi* señor don Vicente ». Mi padre se sienta; y alcanza á distinguir una cama, y un bulto reclinado de espaldas. — « Qué impertinencia, *mi* señor don Vicente, llamarlo á estas horas! etc., etc. » Pero lo necesitaba tanto, que he pasado por « las maldiciones que usted me habrá echado ». — « No, señor gobernador, etc., etc. » — « Para aquietarme algo, quiero, ante todo, saber si está usted bueno »; y vuelven las majaderías sobre la hora, etc., en formas pesadas y mentidamente respetuosas. — « Lo necesitaba mucho, *mi* señor don Vicente: aquí me tiene usted en una grande inquietud. Anoche estaba dormitando, aquí, así, como usted me ve, postrado de cansancio, enfermo y abatido por los infinitos sinsabores que amargan mi existencia. Es tan grande la corrupción en que este país ha caído, hay tanto que castigar, que uno no sabe por dónde empezar, ni dónde acabar. Y no sólo son, *mi* señor don Vicente, los salvajes y malvados unitarios los que tengo que contener por todos lados, sin que me ayuden en nada los hombres buenos y débiles que le permiten á la juventud extraviarse de las ideas religiosas, subvertir el orden público, y faltar insolentemente á sus padres y á las autoridades legítimas ». (Es de advertir que yo estaba emigrado en Chile y

con un cierto nombre de liberal que comenzó á oirse en Buenos Aires). Después de otras indirectas, calculadas para amargar la inquietud del paciente: — «Vuelvo, dijo, á mi caso de anoche, *mi* señor don Vicente: estaba, como le he dicho, reclinado así y dormitando, y sería más de media noche, cuando sentí algo como un *bichito*, ó una telaraña, ó un velo delgadito que me tocaba la cara. Sin hacer mucho caso, me pasé la mano, pero el bichito, ó la cosa, volvió á incomodarme (aquí abreviamos las repeticiones), hasta que abrí los ojos, y me pareció ver un bulto muy blanco entre el techo y mi cabeza. Me refriego la vista: me fijo bien, y distingo perfectamente á Encarnación envuelta en un manto blanco, con la divisa federal en el pecho, que me miraba con cara enojada, señalándome las almohadas con la punta del dedo. Sorprendido, busqué si había algo á mi lado, pero no ví nada: vuelvo á mirar para arriba, y allí estaba Encarnación con el mismo gesto y en la misma postura»... y Rosas reproducía los mismos movimientos al narrar. — «Al fin, levanto las almohadas, y me encuentro con este palo: lo tomo, miro al techo, Encarnación había desaparecido»... Rosas saca, en efecto, una especie de regla redonda, morruda; y alargándosela á mi padre, le dice: — «Vaya *mi* señor don Vicente á la vela, y véalo». Mi padre obedece y reconoce un trozo de madera redonda, largo como de media vara y *pintado de colorado*. Vuelve

á su silla y se lo devuelve á Rosas. — «Bueno, *mi* señor don Vicente, como usted es tan sabio y ha leído tantísimo con tan buena memoria (es de advertir que Rosas había tratado mucho á mi padre desde 1821 adelante), en mi confusión, he creído que usted era el único que me podía sacar de dudas. «Qué habrá querido decirme Encarnación?»... Mi padre guarda silencio. — «No piense tanto: dígame con franqueza». — Señor gobernador... Mi padre por inadvertencia, no le seguía dando todos los títulos del ritual. Esto lo fastidió... — «Deje eso de gobernador, mi nombre y nada más: usted ha sido presidente de la República, y yo lo estoy tratando de usted cuando debía decirle *ex* con todo respeto, y V. E.... pero á usted no le había de gustar. — No, señor, me parecería una burla: V. E. es gobernador y yo no soy sino un ciudadano. — Yo no soy capaz de eso, *mi* señor don Vicente, de ninguna manera: pero lo que me interesa es que usted me diga ¿qué habrá querido decirme Encarnación al ponerme aquí este palo? — Yo creo que nadie sabe nada de cierto de las cosas sobrenaturales: yo, al menos, no sé nada. — Eso no, *mi* señor don Vicente: la religión nos enseña que hay *ánimas en pena* y *aparecidos*; y hay muchas personas que los han visto, y que en sueños han adivinado la verdad; y dígame, *mi* señor don Vicente, «no hay un rey, de no sé dónde, que adivinó una seca espantosa soñando con unas vacas muy gordas

y otras vacas muy flacas.» En alguna historia está eso «cómo no la ha de haber leído usted, *mi* señor don Vicente» «dónde es». — En la Biblia, señor. — «¿En la Biblia, eh? pues la Biblia no miente»... Mi padre se sintió enredado en la malicia de aquel cómico siniestro, y guardó un silencio pertinaz... — «Pero, *mi* señor don Vicente, no le parece muy raro este palo». — No, señor: es un palo colorado como la divisa federal con que se le apareció á V. E. la señora doña Encarnación. — ¡Ahí está! usted, *mi* señor don Vicente, ha tenido la misma idea que yo: estamos de acuerdo; este es un *palo federal*; pero, para qué me lo ha traído Encarnación? «¿Qué le parece á usted?» — Debe ser como un recuerdo cariñoso, como un modo de felicitar á V. E. por sus gloriosas victorias sobre los unitarios... — «No, son salvajes». — Sus últimos hechos son criminales y de malos ciudadanos: nosotros entendemos por salvajes... — Bueno: usted dice que son criminales, es lo mismo: á *mis amigos* les gusta más llamarlos salvajes, y le aconsejo que usted los llame así siempre... pero volvamos al *palo federal*. Para mí no es por felicitación, como usted cree: es una advertencia que me hace Encarnación de que estoy rodeado de salvajes y malvados unitarios, de malos jueces enemigos míos y de mis amigos (y aquí comenzó Rosas á entrar en un tono trágico y furibundo) «lo que ha querido decirme, es que con este palo federal les arrime *palo*, y *palo*, y *palo* (golpeando

con rabia sobre la madera del catre) hasta exterminarlos»: y sigue así por un rato, profiriendo amenazas con una verbosidad agria y casi elocuente. Después de la *tirada*, como se dice en estilo teatral, amengua el tono siniestro, entra en una palabrería melosa de disculpas por la hora, por la impertinencia, etc., sopla fuerte en un silbato: viene el sirviente, le ordena que acerquen el carruaje, que el edecán acompañe «á *mi* señor don Vicente», y volviéndose á mi padre: — «Bueno, *mi* señor don Vicente, le deseo mucha salud: ahí en el zaguán que va al primer patio lo va á atajar la *Niña* (Manuelita). Lo quiere mucho á usted: desde que supo que usted vendría lo está esperando con un pequeñito obsequio». El sirviente tomó á mi padre por la mano y lo condujo al través de aquel obscuro laberinto de piezas y muebles. La *Niña* Manuelita salió, en efecto, al encuentro de mi padre, con sus manifestaciones de genial complacencia, y le regaló una naranja procedente de Sevilla. Claro es que el apetito no estaba en disposición de apreciarla; y que aquello del *palo colorado*, con las humillaciones que acababa de soportar, se le habían clavado en la mente como una espantosa pesadilla. Con respecto á Manuelita, diré, ahora, que toda la vida la he tenido por de una naturaleza simpática y agraciada, cuya tarea, durante el cruel despotismo de su padre, fué hacerlo soportable, al menos, á todos los que padecían penas y desgracias por

## LECTURAS

él. En ese concepto, jamás he aceptado ni fomentado las iniquidades de los partidistas deslenguados que la han injuriado ó calumniado. Mi padre no refirió á sus compañeros de tribunal una sola palabra de lo que le había pasado; á pesar de que pensaba que eso era precisamente lo que Rosas había querido. El pleito de — *Las Perlas* — se falló por mayoría contra el señor Anchorena (callo los nombres de la minoría) *de acuerdo con la Ley escrita y vigente*: — ley que, á la verdad, merecía ser reformada, pero que no lo estaba. Á los pocos días, el doctor Esquerranea, uno de los miembros del tribunal, se retiraba á caballo á la quinta que habitaba (hoy *Casa Amarilla*). Una partida de la *Mazorca* lo detuvo, lo bajó del caballo, lo puso en tierra, y le propinó algunos azotes. El infeliz anciano renunció su puesto. Rosas no le aceptó la renuncia, porque no le permitía á nadie ese acto de propia voluntad, y se reservaba el de destituir. La tristeza y el abatimiento puso fin á sus días. Con el distinguido abogado doctor Gamboa pasó algo parecido, y de una refinada malicia, que narraré después.

Para juzgar el período gubernativo de Rosas, es menester, primero, conocer al hombre. Nada de lo que he contado en esta nota es sugestivo. Todos los incidentes son hechos que reposan sobre el testimonio de personas incapaces de adelantar cosa alguna que no esté comprobada.

VICENTE F. LÓPEZ.

## EL POETA Y EL SOLDADO

### POETA

Soy el alma divina  
que alienta el corazón de las naciones;  
el astro que sus glorias ilumina!  
Soy la canción primera  
que hace flamear al viento su bandera,  
y levanta á su sombra sus legiones.

Soy la eterna esperanza  
que en la frente del hombre reverbera,  
y á cuya luz la humanidad alcanza,  
desde su cárcel de fatiga y duelo,  
    á vislumbrar el rastro  
    que deja de astro en astro  
el Creador de los Orbes en el cielo!

Soy el arrullo de la fe sublime  
que en el idioma de los cielos canta

## LECTURAS

al alma de los mártires, que gime  
    en la encendida hoguera,  
y al corazón del Cristo que redime  
desde su Cruz la humanidad entera  
y á su origen divino la levanta!

Soy el rayo celeste que colora  
la bóveda estrellada de la tierra;  
soy el rubor de la inmortal aurora  
    que abrillanta y que dora  
cuanto en la vida en la ilusión encierra!

Yo canto al mundo las eternas leyes  
que la sublime libertad inspira,  
y al arrancar la estrofa de mi lira  
hago temblar el trono de los reyes!

Al son del arpa mía  
la desolada humanidad despeja  
    su doloroso ceño:  
yo acompaño en mis cánticos su queja,  
    yo arrullo su agonía,  
yo cierro los ojos y la enseño  
    del sepulcro á la puerta,  
    que la muerte es un sueño  
que en la inmortal eternidad despierta!

## ARGENTINAS

Yo soy el arpa que en el triste suelo  
templa de Dios la mente soberana,  
para que cante á la creación humana :  
¡Mortal, álzate al cielo!

### SOLDADO

Yo soy la sangre universal que late  
de la Patria en las venas;  
mi pecho es su muralla de combate!  
Yo desnudo la espada  
por su gloria sagrada  
y rompo de su planta las cadenas!

Yo soy su vengador — Yo soy el brazo  
que aplasta la conquista en su sendero  
y estrella el cráneo del León Ibero  
en la nevada sien del Chimborazo!

Yo soy la carne de cañón que alfombra  
sangrienta y palpitante,  
rota y hecha jirones,  
el camino triunfante  
que conduce á la gloria sus legiones!

Yo soy la abnegación desconocida  
y la pena ignorada.  
Soy la sangre vertida  
con todo el sacrificio de la vida,

LECTURAS

y sin otra ambición en su carrera  
que un jirón de bandera  
que sepulte mis miembros en la nada!

El amor, el cariño,  
del dulce hogar el apacible encanto,  
las caricias angélicas del niño  
y de la madre el llanto,  
todo lo que encadena  
á la tierra y al cielo  
lo arrojo á la orfandad, lo hundo en el duelo,  
y con frente serena  
marcho al sublime horror de la batalla!...  
Cuando el lamento de la Patria suena,  
hasta el lamento de la madre calla!

Yo soy el centinela de su gloria,  
yo marco con mi espada su destino,  
yo mismo hago su historia  
regando con mi sangre su camino!

Para que el eco de su nombre vibre  
y cruce su estandarte el mundo entero,  
la hago inmortal y, muero  
como un soldado libre!

.....  
¿Cuál es la brecha en que tu lira amante  
batalla por la fe que tanto anhela?...

## ARGENTINAS

### POETA

El destierro del Dante,  
la tumba de Varela;  
el tajo de la infame guillotina  
que hace rodar la frente iluminada  
y los dos brazos de la cruz divina  
en la cumbre del Gólgota clavada!

Esa es la brecha que el deber me fija;  
la paz universal es mi bandera;  
á su gigante sombra se cobija  
la humanidad entera!

Mis armas no son armas de la muerte,  
son la fraternidad y la esperanza:  
el grito del cañón no es el más fuerte:  
donde él no llega, la razón alcanza!

Allá en el porvenir reluce un día  
sin hierros, sin banderas, sin cañones:  
esa es la patria tuya! — esa es la mía!  
¡la Patria Universal de las Naciones!

### SOLDADO

La cuna del futuro es el presente  
y la paz es el fruto de la guerra!  
Bajo ese sol ¿no brillará mi frente?...

LECTURAS

No! Yo he caído en la primer jornada,  
al pie de mi bandera idolatrada  
y abrazando mi tierra!

POETA

Si ha de brillar en la lejana historia  
de la pasada gloria,  
en la epopeya de supremo duelo  
que el poeta divino  
cantará á las batallas del camino  
que salva el hombre de la tierra al cielo!

SOLDADO

—Esa es la gloria mía?

POETA

—Esa es tu palma!

SOLDADO

Hasta ese Sol, adiós! Tú eres mi hermano!

POETA

Adiós!... jamás! Marchemos de la mano:  
tú eres el corazón, yo soy el alma!

RICARDO GUTIÉRREZ.

## SAN MARTÍN

Es hoy el aniversario de Maipú.

Han transcurrido cincuenta y nueve años desde el día excelso de la victoria, y tres naciones independientes y diez millones de hombres libres pueden ponerse de pie impulsados por la gratitud, para repetir el grito con que el Dictador O'Higgins saludó al vencedor, sobre el campo mismo de batalla: ¡Gloria al salvador de Chile!

¿Quién era el vencedor?

Su nombre se encontraba ya inscripto en el número de los grandes Capitanes de la Historia. La hazaña de la epopeya americana estaba ejecutada; y un año antes, el pueblo argentino había levantado sobre su cabeza, en la plaza de Mayo, y bajo la sombra de la nueva bandera enarbolada por Belgrano, un escudo con este letrero, que leyó entonces la

América y que ha recogido hoy la Historia: *La Patria en Chacabuco al vencedor de los Andes*.

Tres años después, el nombre del vencedor de *Chacabuco* y *Maipú* volvía á asociarse á una de las escenas más solemnes en la historia de este continente.

Detengámonos para contemplarla.

Lima, la ciudad de los reyes, la metrópoli de las colonias, es ya libre. Están solemnemente representadas en su Plaza Mayor todas las instituciones coloniales. He ahí el Excelentísimo Ayuntamiento, que ha custodiado durante tres siglos el Estandarte Real de la conquista, que trajo Pizarro y que fué bordado por las manos augustas de la madre de Carlos V, helo ahí, abatido sobre la haz de la tierra; he ahí la Universidad de San Marcos, precedida por sus cuatro Colegios, y los prelados y párrocos de sus sesenta iglesias. Hay construído un tablado en el lugar mismo donde la Santa Inquisición incendió su hoguera. Un hombre está de pie para hablar desde su altura, y agitando el pendón de una nueva nación, pronuncia estas palabras: «El Perú es desde este momento libre é independiente por la voluntad de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende.»

El nombre del general *Don José de San Martín* subió en clamoreos hasta el cielo; y el hecho del día fué perpetuado por las inscripciones de una medalla vaciada en bronce imperecedero..... *Lima*

## ARGENTINAS

*juró su Independencia en 28 de julio de 1821, bajo la protección del ejército libertador comandado por San Martín.*

Es esta la obra del guerrero. Su espada sólo brilló para emancipar pueblos; y representa la acción exterior de la Revolución de Mayo, saliendo de sus límites naturales, abarcando la mitad de la América con sus vastas concepciones y contribuyendo con sus generales y sus soldados á sellar la independencia de muchos pueblos.

Las victorias de *San Martín* son los lampos de luz que circundan el nombre argentino, y mostrando sus trofeos, que fueron pueblos redimidos, nos cubrimos con sus esplendores para llamarnos libertadores de naciones.

La obra del guerrero se perpetúa y se magnifica, representada por pueblos nuevos que prosperan cada día en la civilización y en la libertad. Su nombre pertenece á la historia, que lo menciona entre los grandes Capitanes del mundo, y es honor de la América y gloria de un pueblo. He ahí su obra encarnada en millones de hombres. He ahí su nombre encumbrado sobre uno de los más altos pedestales del siglo, y resguardado contra el olvido por el juicio humano. ¿Dónde está su tumba para que vayamos en piadosa romería á rendirle honores fúnebres en el aniversario de sus batallas?

¡Su tumba! El movimiento natural de los corazo-

## LECTURAS

nes enternecidos y agitados por grandes y poéticos recuerdos, iría á buscarla en el fondo de esta su América, apartando las hiedras gigantescas que aprietan las piedras de los templos derruídos en aquel misterioso pueblo de Yapeyú, capital de las Misiones, entre las selvas impenetrables y los monumentos legendarios de la dominación jesuítica, que fueron la primera visión de su infancia. ¡Su tumba! La gratitud y el orgullo, querrían encontrarla en la plaza del Retiro, de donde salieron sus famosos granaderos, que vencieron en *San Lorenzo* y once años después en *Junín*, para que su gran sombra continuara pasando la revista de nuestros soldados, á la vuelta y en la partida. Busquemos más. Donde se durmió el sueño de la victoria se puede dormir en paz y en gloria el eterno sueño de la muerte ¿Por qué hallaríamos la tumba del general *San Martín*, del otro lado de los Andes, al pie de la cuesta de Chacabuco, entre las ásperas sinuosidades de la roca dura donde reclinó su frente tras de la batalla, sin orgullo, y meditando, austero y doblemente vencedor.

Mas no. La América independiente no muestra entre sus monumentos el sepulcro del primero de sus soldados. La República Argentina no guarda los despojos humanos del más glorioso de sus hijos.

La reparación es inevitable. Hay justicia póstuma en los pueblos, conciencia en la historia y luz sin sombra para las nuevas generaciones.

## ARGENTINAS

*En nombre de nuestra gloria como nación, invocando la gratitud que la posteridad debe á sus benefactores, invito á mis conciudadanos desde el Plata hasta Bolivia y hasta los Andes, á reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de DON JOSÉ DE SAN MARTÍN, para encerrarlos dentro de un monumento nacional bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires.*

Miremos más de cerca la figura inmortal de nuestro Capitán. Es, además, el primer patriota de la América. Somos y seremos los ciudadanos de una República pacífica, y al consagrar nuestro entusiasmo, no debemos desprendernos del sentimiento de nuestros destinos. Los laureles del guerrero no llenan el cuadro histórico. Un año ha pasado después de jurada la Independencia de Lima. Un Congreso soberano se ha reunido en su recinto, y el libertador de Chile y Protector del Perú se apresta á desprenderse en su presencia de las insignias del mando, abandonando para siempre la vida pública. Oigámosle. Va á pronunciar palabras sencillas y grandes, las más grandes que se hayan oído bajo el cielo de la América, porque expresan una abnegación sin ejemplo, mezclándose, al mismo tiempo, en su austera simplicidad, á acontecimientos inmensos.

« Presenció la declaración de la Independencia de  
« los Estados de Chile y del Perú. Existe en mi  
« poder el Estandarte que trajo Pizarro para esclavir

## LECTURAS

«vizar el imperio de los Incas, y *he dejado de ser*  
«*hombre público*. He ahí recompensados con usura,  
«diez años de revolución y de guerras.

«Mis promesas para con los pueblos están cum-  
«plidas, hacer su Independencia, y dejar á su voluntad  
«la elección de sus gobiernos.

«La presencia de un militar afortunado, por mayor  
«desprendimiento que tenga, es temible para los  
«Estados que se constituyen de nuevo.»

Estas palabras fueron las últimas, y tras de ellas se cierra la carrera pública de *D. José de San Martín*. Eran el desenlace de un drama. Los dos más famosos guerreros de la revolución, partiendo el uno desde el Plata y el otro desde el Orinoco, habían venido inevitablemente á encontrarse sobre el último campo de batalla que les quedaba en América. «Señor—dijo el general argentino—seré vuestro segundo y pelearé bajo vuestras órdenes.» El libertador Simón Bolívar guardó silencio, y la escena histórica quedó concluída por la inmolación voluntaria del patriotismo.

Las célebres conferencias de Guayaquil han sido por mucho tiempo el problema de la historia. «Serán un día revelados sus misterios», hemos oído todos decir, desde que hubimos sentido esas ingenuas curiosidades suscitadas por la fascinación del renombre; y cuando alguno de los testigos presenciales se ha levantado para hablar en son de confianza, la América entera ha quedado atenta escuchándolo.

Pues bien, las revelaciones están hechas, han hablado testigos y actores, y podemos nosotros levantarnos á nuestra vez para decir: Nunca hubieron tales misterios en la conferencia de Guayaquil. No hay invisible, sino lo que fué visible desde el primer momento y lo que los ojos no quisieron creer, á pesar de verlo, porque era grande y portentoso.

Sí, un hombre en la plenitud de la vida y bajo todo el poder de las pasiones, abdicó el mando supremo, y renunciando al ejército que había formado, á nuevas lides y á mayores glorias, á la vida misma de los campamentos, fuera de los que no hay aire vital para el que nació soldado, y apretándose el corazón, fué á refugiarse durante treinta años en el silencio como en una tumba, para que otro general más afortunado completara sin celos ni rivalidades la obra de la Independencia americana.

La envidia, gritó *los misterios de Guayaquil*. La calumnia, irguiéndose, fué á buscar al héroe en las soledades del destierro; *San Martín* se concentra silencioso en el sentimiento de su gloria. ¿Qué valdría la palabra, si no valió la inmólación? Los años pasan estériles. Pongámonos de pie. El drama humano ya concluye. El general *San Martín* va, por fin, á hablar, no en presencia de los hombres, sino ante Dios. ¡Es él! y se nombra. Escuchemos la enumeración de sus títulos, que ningún argentino de las presentes y futuras generaciones volverá á reunir:

## LECTURAS

*Yo, José de San Martín, generalísimo de la República del Perú y fundador de su libertad, Capitán General de la de Chile, y Brigadier General de la República Argentina... prohibo que se me haga ningún género de funerales.*

¿Para qué, en verdad? Hace treinta años, que sobreviviéndose á sí mismo, lleva sus funerales como una urna cineraria dentro de su propio corazón. Pero no todo está muerto en él. La fibra humana conserva aún sus vibraciones para los cariños supremos. Ama á su hija y la menciona con palabras de indecible ternura. Ama á su patria... y le lega su corazón. « Desearía que mi corazón fuese depositado en el cementerio de Buenos Aires. »

Invito nuevamente á mis conciudadanos para recoger con espíritu piadoso y fraternal, este santo legado. Las cenizas del primero de los argentinos, según el juicio universal, no deben permanecer por más tiempo fuera de la patria. Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de sus destinos, y los que se apoyan sobre sus tumbas gloriosas, son los que mejor preparan el porvenir.

Elocuente pieza del Presidente de la República, doctor don Nicolás Avellaneda, publicada el 5 de abril de 1877.

## MUERTE DE DORREGO

DOS arrogantes militares, condecorados con la banda de general sobre el campo de victoria en Ituzaingó, descollaron en aquella competencia de heroísmo, que envanece á los argentinos y cantó la musa virgiliana de Juan Cruz Varela: Lavalle, bravo como un griego antiguo, impetuoso como un árabe; Paz, soldado europeo, de aliento varonil y cabeza serena y reflexiva. Ambos eran los caudillos destinados á consumar la reacción militar que debía volver la República á la situación destruída por las revoluciones de 1827. El plan era vasto y bastante significativo en sí mismo para necesitar aclaraciones. Lavalle estaba encargado del litoral, y Paz del interior. Porteño el primero, y cordobés el segundo, fueron escogidos con acierto, demostrando que nada era posible esperar para la vida nacional, si el localismo no era acariciado aún en favor de la reacción unitaria. En noviembre de 1828 llegó á

## LECTURAS

Buenos Aires la división de Lavalle, que fué acuartelada en la Recoleta. Paz quedaba en la provincia de Santa Fe esperando el momento de obrar. El trabajo estaba maduro y no había tiempo que perder. En la mañana del 1.º de diciembre, el general Lavalle, al frente de su división, formada en la plaza de la Victoria, declaraba caducado el gobierno del coronel Dorrego, invitando al pueblo á una asamblea que debía tener lugar en la capilla de San Roque.

La proclama del general Lavalle no contenía un solo voto que personalmente le fuera reprochable: tampoco contenía, empero (y llamo vuestra atención sobre esta particularidad), una sola palabra que recordara al pueblo su solidaridad con el resto de la nación. Cuando Dorrego aisló á Buenos Aires, cuando más fanáticamente se irritó el localismo, el nombre de la vieja patria estaba en los labios y en el corazón de todos. Creo que estaba también en el alma de Lavalle, pero Lavalle calló, para apoyar el movimiento militar que encabezaba, en una pasión robusta é intransigente que los unitarios pretendieron dos años antes extirpar con la ley de Capital y la Constitución unitaria. El prestigio del soldado revolucionario, el entusiasmo de la juventud agradecida á los unitarios y adoctrinada por los Varela, y las simpatías numerosas de la causa puesta en acción, propagaron la chispa por toda la capital. La Asamblea popular se celebró, en efecto, el mismo día. Ya estaba viciado por las revoluciones el sentido

democrático, y todo militar afortunado que vencía en un pronunciamiento, podía contar con la silla de los gobernadores. El general Lavalle fué elegido gobernador en la asamblea de San Roque.

Entretanto, el coronel Dorrego se había fugado á la campaña, buscando en los milicianos, y en Rozas mismo, apoyo para resistir. El 5 partió Lavalle en su persecución, delegando en el almirante don Guillermo Brown. Las milicias se habían prestado á la convocatoria del gobernador depuesto, y Rozas, cuyo interés personal lo inclinaba á la guerra, vino á la vez en su apoyo, reclutando unos 3.000 hombres colecticios y mal armados, que fueron derrotados el 9 por las tropas regulares de Lavalle en el partido de Navarro. Dorrego y Rozas huyeron en la derrota, pero la hora del martirio había llegado para el tribuno y caudillo de una causa que iba á hundirse con él por varios años, en los senos incandescentes de la revolución y de la tiranía. Una partida del Regimiento de Húsares lo prendió, alcanzándolo en su fuga.

Apenas circuló en Buenos Aires la noticia de su prisión, el general Rondeau, residente á la sazón en la capital, y varios agentes extranjeros interpusieron su influencia para salvarlo de la muerte, hecho que vigoriza las presunciones del señor Sarmiento, respecto á la suerte que le estaba señalada en los acuerdos revolucionarios. Conducido el día 13 á presencia del jefe vencedor, le fué intimada su sentencia de muerte, dán-

dole una hora para escribir y para orar. El ilustre ciudadano escuchó sin conmoción visible aquel horrible mandato. Exhaló en breves páginas, escritas con mano segura, el dolor profundo que le desgarraba el corazón, al sentir que se rompían los lazos de afecto puro y sencillo que lo vinculaban á la esposa que encantó su hogar y templó con blanda ternura las irritaciones de su vida. Le recomendó el perdón de sus enemigos y la educación de sus hijas, niñas que cruzaban la edad del festivo candor, y en cuya alma cándida destellaba su amor y bebía sus delicias. «La religión, les decía, es mi único consuelo en este trance de amarga solemnidad: que jamás se borre en vuestros corazones virtuosos.» Pensó también en la patria que dejaba, presa del sacudimiento horrendo que precavió, suplicando á los que de buena ó de mala fe seguían sus banderas no hicieran razón de sacrílegas venganzas el martirio que él aceptaba delante de Dios, hacia el cual elevó su espíritu, tranquilizado por la emoción religiosa que le venía de su seno. Sorprendido en la mitad de su turbulenta carrera, ábrese repentinamente ante sus ojos el campo del reposo, ¡mas ay! del eterno reposo... La esperanza le sonrío. Lega á sus hijos su amor y á sus conciudadanos su ejemplo, porque grande es, señores, y en gran manera moral y sublime, la muerte de aquel varón; y llega al suplicio, sereno y absorto, delante de la inmortalidad. Aun no ha terminado su desolado adiós. Dorrego ha recibido premios de los gobiernos

patrios, que devuelve antes de morir, en beneficio de sus conciudadanos. El momento se acerca: y la luz melancólica que se apaga en la planicie, contribuye á suavizar los perfiles del cuadro que la imaginación lucha por trazarle, recordándole su vida, sus esperanzas de ciudadano. El misterio se levanta: la noche sobre el mundo, la muerte sobre el mártir. Hundíase el sol en el Occidente, y las margaritas de la pampa, dobladas por su rayo, recobraban su perfume bajo la caricia del rocío y de las brisas, cuando Dorrego, alzando la frente que inclinó bajo la bendición del sacerdote, abraza de una ojeada el poético crepúsculo de las campañas, el crepúsculo de su existencia. Dios, el perdón, entran en su alma y la desahogan. Su paso es firme. Su mirada, mansa y tranquila. Al cerrar los ojos, sólo percibe la imagen de su esposa y de sus hijos, el inmenso horizonte de la inmortalidad: todo es amor en la muerte del cristiano. Llama hacia sí al oficial ejecutor y le pide un abrazo: es el abrazo del perdón que el soldado, sollozando, le promete transmitir á sus compañeros. La hora del plazo se ha cumplido. Dorrego ha muerto. «Participo al gobierno delegado, escribía el general Lavalle ese mismo día, que el coronel don Manuel Dorrego acaba de ser fusilado por mi orden... La historia juzgará, señor ministro, si el coronel Dorrego ha debido ó no morir.»

Bien, señores, la historia ha juzgado ya que el coronel Dorrego no debió morir. Antes que la historia—

## LECTURAS

yo me apresuro á decirlo en honor de un soldado que purgó aquel pecado sacrificándose por la justicia — el general Lavalle improbó su propia acción, y la memoria de su ilustre víctima le arrancaba lágrimas de arrepentimiento. Yo creo, señores, en el arrepentimiento de los mártires y en el llanto de los bravos.

JOSÉ MANUEL ESTRADA.

## ANASTASIO EL POLLO

COMO poeta, Del Campo vale mucho; pero si á su nombre se agrega el de « Anastasio el Pollo », su valor se centuplica. Sus poesías en estilo gaucho son las que le caracterizan y caracterizarán siempre. Nadie al recordarle, pensará en el autor de los cantos á América y á Jesús, y de la preciosa composición *Luz y sombra*, sino en el autor del *Fausto*, que es más popular y querido en nuestra tierra, más original y risueño que Estanislao del Campo. Anastasio el Pollo, sin dejar de imitar á Hidalgo, su gran maestro, ha dado distinta dirección á su fantasía, y vagando por lo novelesco ha llegado hasta componer un Fausto! ¡Empresa audaz como pocas! ¡Temeridad sin nombre que sólo el éxito ha podido justificar!

El Fausto!... pero ¿qué es el Fausto? ¿Es acaso la leyenda popular del siglo XVI, que llegó á convertirse en una comedia de títeres, según Taillandier? ¿Es eso

lo que ha interpretado y cantado *Anastasio*? Sí, es la misma leyenda del siglo XVI, convertida primero en comedia de títeres é idealizada después por el genio de Goethe; es ese inmenso caos en que las pasiones y las ideas, las ciencias ocultas, la astrología, la física, Dios, el diablo, un ángel, todo se mezcla, produciendo en el espíritu arrebatadora embriaguez; es la creación admirable del sublime soñador, autor de Wérther, la que ha inspirado al sencillo hijo de América.

Pero *Anastasio* no conoce el poema de Goethe, sino por la soberbia partitura del gran músico francés. El pobre gaucho miró asombrado el enmarañado cuadro que se desenvolvía á sus ojos, y juzgando como puede juzgar un hijo de América la gran esfinge de la literatura germánica, no con la cabeza sino con el corazón, disminuyendo sus proporciones colosales, pero sin adulterar su forma ni variar su esencia, se ha dado cuenta de la tradición popular inmortalizada por Goethe, y al transmitirla á su *aparcerero Don Laguna* la viste con las galanas flores de una vegetación puramente americana. Anastasio, sintiendo y narrando, como sólo puede sentir y narrar la raza de los Santos Vega, ha hecho inteligible á los suyos esa fantástica concepción que ha desesperado á tantos literatos *de oficio*. Pero no es éste, en nuestra opinión, su mérito principal. El *Fausto* de Anastasio, más que como una interpretación del poema de Goethe, debe tomarse como una imagen colorida y brillante del corazón y de las

ideas de nuestros gauchos, y es precisamente bajo esa faz que vamos á estudiarlo. Pero basta de preámbulo.

Anastasio entra á la escena con las condiciones típicas del gaucho, cuidando su caballo que es su hermano, su amigo, su compañero, y aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para abrir una válvula á las ideas que torturan su imaginación y que se han apoderado por asalto de su pensamiento en el torbellino de una ciudad populosa. El gaucho, tipo primitivo de una sociedad cuya cabeza empieza á encanecer, antes de que su cuerpo haya siquiera llegado á la pubertad, no siente ni goza por completo cuando no encuentra á quién transmitir sus sentimientos y á quién hacer partícipe de sus alegrías.

Anastasio encuentra á su amigo Don Laguna en la ribera. Su conversación empieza, y éste hablándole de una *jugada* en que se había atribuído á *abrujería* su suerte, concluye así, refiriéndose al perdidoso:

¿Y sabe lo que decía  
 Cuando se vía en la mala?  
*El que me ha pelao la chala*  
*Debe tener brujería.*  
 A la cuenta se creería  
 Que el diablo y yo...

Anastasio le interrumpe bruscamente.

El recuerdo de lo que ha visto y que tanto le ha

asombrado, el recuerdo del Fausto, se presenta de golpe á su ardiente imaginación, y dice:

— Callesé

Amigo! ¿No sabe usted  
Que la otra noche lo he visto  
Al demonio?

— ¡Jesucristo!...

— Hace bien, santigüese.  
— ¡Pues no me he de santiguar!  
Con esas cosas no juego;  
Pero no importa, le ruego  
Que me dentre á relatar,  
El cómo llegó á topar  
Con *el malo*. ¡Virgen Santa!  
Sólo el pensarlo me espanta...

Desde el principio se nota que el poeta conoce á su tipo. El sencillo habitante de nuestros campos, cuyas nociones metafísicas son tan limitadas, tiene verdadera fe en cuanto ha oído decir del infierno y del diablo; cree á pie juntillas en las *luces malas* que aparecen en los sitios en donde está enterrado *ño fulano*; sostiene que las ánimas visitan á los vivos cuando tienen algo que pedirles, y conserva un millar de preocupaciones alimentadas por la soledad y el aislamiento en que vive. Pero contra el infierno, contra el diablo, contra las *luces malas* y contra las ánimas, ese gau-

cho candoroso é ignorante; tiene un irresistible amuleto: dos palabras y un signo; las palabras son: ¡ *Virgen Santa!*, y el signo, *una cruz*.

Anastasio más por complacerse á sí mismo, que por satisfacer á Don Laguna, y obedeciendo á las tendencias que antes hemos indicado, empieza su narración, salpicándola con peregrinas ocurrencias. Cuenta cómo pasando por el teatro de Colón sintió tentación de entrar, y asistió á la representación del *Fausto*. Comparaciones chispeantes y originales, giros de lenguaje llenos de naturalidad, pensamientos adecuados á la índole del tipo que habla, nada falta.

La aparición del diablo, su descripción hecha en breves y eficaces versos muestran al poeta á quien le sobran ideas y felices ocurrencias. En cuatro plumadas, un retrato.

¡Y qué retrato, el de Mefistófeles!

¡Viera al diablo! Uñas de gato,  
Flacón, un sable largote,  
Gorro con plumas, capote,  
Y una barba de chivato.

.....

Y formando contraste con ese terrible personaje, bosqueja á la pura é inocente Margarita en estos preciosos versos:

LECTURAS

¡Ah, Don Laguna!, ¡si viera  
Qué rubia!... Creameló!  
Creí que estaba viendo yo  
Alguna virgen de cera.

Vestido azul, medio alza,  
Se apareció la muchacha:  
Pelo de oro como hilacha  
De choclo recién cortao.

Blanca como una cuajada,  
Y celeste la pollera,  
Don Laguna, si aquello era  
Mirar á la *Inmaculada*.

Era cada ojo un lucero,  
Sus dientes perlas del mar,  
Y un clavel al reventar  
Era su boca, aparcerero.

Sigue así narrando todas las peripecias del drama, explicándolo y comentándolo, según los principios de su inculta filosofía, y dando algunas veces vuelo á su imaginación en preciosas digresiones, como ésta, en que describe el mar y sus bellezas:

ARGENTINAS

— Sabe que es linda la mar?  
— ¡La viera de mañanita  
Cuando *agatas* la puntita  
Del sol comienza á asomar!

Usté ve venir á esa hora  
Roncando la marejada,  
Y ve en la espuma encrespada  
Los colores de la aurora.

Á veces con viento en la anca  
Y con la vela al solsito,  
Se ve cruzar un barquito  
Como una paloma blanca.

.....

Y con un campo quebrao,  
Bien se puede comparar,  
Cuando el lomo empieza á hinchar,  
El río medio alterao.

Las olas chicas cansadas,  
Á la playa *agatas* vienen,  
Y allí en lamer se entretienen  
Las arenitas labradas.

.....

Y en las toscas, es divino  
Mirar las olas quebrarse,  
Como al fin viene á estrellarse  
El hombre con su destino.

Y no sé qué da al mirar  
Cuando barrosa y bramando,  
Sierras de agua viene alzando  
Embravecida la mar.

.....

Y es cosa de bendecir,  
Cuando el Señor la serena,  
Sobre ancha cama de arena  
Obligándola á dormir.

Más adelante, hablando del imperio que el amor  
ejerce, trae estas sentidas estrofas:

Cuando duerme todo el mundo,  
Usté, sobre su recaó,  
Se da güeltas, desvelao  
Pensando en su amor projundo,

Y si el viento hace sonar  
Su pobre techo de paja,  
Cree usted que es *ella* que baja  
Sus lágrimas á secar.

.....

¿Qué habrá que no le recuerde  
Al bien de su alma querido,  
Si hasta cree ver su vestido  
En la nube que se pierde?

Sí, así siente, así ama el gaucho; el gaucho, cuyo corazón es capaz de todas las abnegaciones, de todos los sacrificios, y cuyo pecho se agita siempre con ensueños amorosos.

Sin duda alguna, el hombre de nuestros campos no conoce la serie indefinida de pasiones que conmueven é impulsan á obrar al hombre de la ciudad; no conoce la ambición, es extraño á la vanidad, quizá á la gloria; pero, precisamente por esto, cuando siente, siente con más ardor, con más fuerza, con más energía.

La intensidad de sus sentimientos está en razón inversa de su número.

Esos estremecimientos del alma, comunes á toda

la humanidad, universales, como el amor, la amistad, el patriotismo, son los que dominan á ese pobre ser destinado á una pobre lucha sin descanso contra la naturaleza y la sociedad; y ese dominio es tanto más absoluto, cuanto que no encuentra ni dentro de sí, ni en el desierto que le rodea, nada que pueda neutralizar su efecto.

Cuando muchas ideas ocupan la mente de un hombre, él las absorbe todas y no pasan de meros accidentes de una vida ordinaria; pero si el círculo se estrecha, si no son muchas, sino una sola idea la que le trabaja, entonces, lejos de absorber, es absorbido; su felicidad, su sosiego, su vida misma, dependen de ese solo pensamiento que se ha apoderado del espíritu como un conquistador.

Verdadero monomaniaco, todo lo refiere y relaciona con la eterna pesadilla que le tortura la mente.

Las pasiones que arden en el pecho de un gaucho no son muchas; pero la llama de cualquiera de ellas, basta para incendiar el corazón y la mente. Por eso le compadecemos. El que mucho siente, mucho sufre!

Volvamos al *Fausto* de Anastasio. Hay tela en que cortar.

Melodiosa, como el canto de un canario, es la descripción de la madrugada, que empieza con estos versos:

ARGENTINAS

Ya la luna se escondía,  
Y el lucero se apagaba,  
Y ya también comenzaba  
Á venir clariando el día.

En la parte quinta de la composición asoma otro rasgo que caracteriza al fuerte y noble hijo de la pampa. Anastasio recuerda á Margarita, llorando y sentada al lado de una máquina de hilar, como si estuviera hilando sus lágrimas, y de sus labios se desprenden estas palabras:

La pobre dentró á quejarse  
Tan amargamente allí,  
Que yo á mis ojos sentí  
Dos lágrimas asomarse.  
— Que vergüenza!

— Puede ser:

Pero, *amigaso*, confiese  
Que á usté también le enternece  
El llanto de una mujer.

.....

Aura, confiese, cuñao,  
Que el corazón más calludo,

Y el gaucho más entrañado,  
Allí habría lagrimiao.

Don Laguna, el gaucho escéptico, que dudó del amor, y reprochaba á Anastasio sus emociones en presencia del dolor de Margarita, como si fueran debilidades dignas sólo de una mujer, ha escuchado atento esas palabras que tan eficazmente retratan al pasar las diversas fases de la vida de *un paisano*, y su corazón se ha conmovido, porque, como todos los gauchos, está dotado de una sensibilidad delicada que pretende cubrir con una capa de escepticismo de mala ley; las palabras que se le escapan bastan para justificarle; el sentimiento le domina, y apenas puede decir:

—¿Sabe que me ha sacudido  
De lo lindo el corazón?  
Vea si no el lagrimón  
Que al *oirlo* se me ha salido...

.....

El gaucho argentino es valiente hasta la exa-

geración; pero su corazón, que jamas tiembla ante el peligro, se estremece ante el dolor de una mujer. Las palabras de Anastasio refiriéndose á la desgraciada Margarita, serían las palabras de cualquier gaucho.

Don Laguna obedece, la influencia magnética del sentimiento, y una lágrima humedece sus pupilas. Su aparcerero conocía el camino de su corazón, porque sabe que cómo siente él, sienten todos los que se le parecen. Pero no olvidemos al poeta, cuya musa siempre generosa le inspira esta bella pintura de Margarita, esa Eva arrepentida de la tradición germánica:

De aquella rubia rosada  
Ni rastro había quedao;  
Era un clavel marchitao  
Una rosa deshojada.

Su frente que antes brilló  
Tranquila, como la luna,  
Era un cristal, Don Laguna,  
Que la desgracia enturbió.

Ya de sus ojos hundidos  
Sus lágrimas se secaban,

LECTURAS

Y entre-temblando rezaban  
Sus labios descoloridos.

Más adelante, hablando del instante en que la noche disputa al día el dominio del mundo, trae preciosas estrofas, como las siguientes:

El sol ya se iba poniendo,  
La claridá se ahuyentaba,  
Y la noche se acercaba  
Su negro poncho tendiendo.

.....

El toque de la oración  
Triste los aires rompía,  
Y entre sombras se movía  
El crespó sauce llorón.

.....

Y haciendo un extraño ruido  
En las hojas trompezaban  
Los pájaros que volaban  
Á guarecerse en su nido.

## ARGENTINAS

¿Concluiremos aquí, dando por terminada nuestra tarea? Tentados estamos de hacerlo para tranquilidad del lector y sosiego nuestro; pero, ¿cómo no decir algo sobre la parte en que Anastasio, mirando á la mujer con los ojos del alma, lamenta su destino y la compadece en su desgracia? Hay tanta poesía en las imágenes de que se sirve para explicar su pensamiento, tanta fluidez en la forma, tanta ternura en el fondo, que hace olvidar las faltas en que puede haber incurrido, permitiéndose bromas algo pesadas sobre la enamorada é inocente Margarita.

¿Cuál es el destino de la mujer? Anastasio lo dice:

Nace una flor en el suelo,  
Una delicia es cada hoja,  
Y hasta el rocío la moja  
Como un bautismo del cielo.

Allí está ufana la flor  
Linda, fresca y olorosa:  
Á ella va la mariposa  
Á ella vuela el picaflor.

Hasta el viento pasajero  
Se prenda al verla tan bella,  
Y no pasa por sobre ella  
Sin darle un beso primero.

## LECTURAS

¡Lástima causa esa flor  
Al verla tan consentida!  
Cree que es tan larga su vida  
Como fragante su olor.

Ningún temor en el seno  
De la pobrecita, cabe,  
Pues que se hamaca, no sabe  
Entre el fuego y el veneno.

Sus tiernas hojas desplega  
Sin la menor desconfianza,  
Y el gusano ya la alcanza,  
Y el sol de las doce llega.

Se va el sol abrasador,  
Pasa á otra planta el gusano,  
Y la tarde... encuentra, hermano,  
El cadáver de la flor.

Piense en la rubia, cuñao,  
Cuando entre flores vivía,  
Y diga si presentía  
Destino tan desgraciao.

Usté que es alcanzador  
Afíjese en su memoria  
Y diga: —¿ es igual la historia  
De la rubia y de la flor?

Así debía cantar Santos Vega y así cantan los payadores argentinos. ¿Qué importa que el Fausto de Del Campo no sea una interpretación exacta del poema de Goethe? ¿Acaso es allí dónde debe buscarse su mérito?

Anastasio el Pollo ha querido mostrarnos el corazón de un gaucho á nosotros, hombres de ciudad, que con tanto desprecio miramos á ese hijo desheredado de la patria; ha querido señalarnos el tesoro de sensibilidad que se encuentra bajo tan ruda corteza, y ha conseguido su objeto, obligándonos á estimarle y á compadecer su suerte.

Á los alemanes sóbrales razón para venerar á Goethe ¿no la tendremos nosotros para estrechar con cariño y efusión la mano del espiritual payador, que tan bien puesto deja el nombre de un tipo esencialmente americano?

La opinión pública ha dicho ya que sí, y por nuestra parte creemos que la opinión pública tiene razón.

¿Qué le hace falta á Del Campo para merecer más aplausos en el porvenir?

Interrogar á los grandes maestros, pedirles el secreto del arte que jamás ocultan á sus elegidos, é inspirarse en el amor de *lo bueno* que es la fuente de *lo bello*.

ARISTÓBULO DEL VALLE.



## AT HOME

Bella es la vida que á la sombra pasa  
Del heredado hogar; el hombre fuerte  
Contra el áspero embate de la suerte  
Puede allí abroquelarse en su virtud.  
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,  
Si el aéreo castillo viene abajo,  
Queda la noble lucha del trabajo,  
La esperanza, el amor, la juventud.

Hijos, venid en derredor; acuda  
Vuestra madre también ¡fiel compañera!  
Y levantad á Dios con fe sincera  
Vuestra ferviente, cándida oración.  
Él es quien nos reúne y nos escuda,  
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,  
Da su aroma á la flor, vuelo á la brisa,  
Luz á los astros, paz al corazón.

## LECTURAS

Después de la fatiga y del naufragio  
Ansío rodarme de cariños;  
La serena inocencia de los niños  
De la herida mortal calma el dolor.  
Es para el porvenir dulce presagio  
Que al hombre con el mundo reconcilia,  
El ver crecer en torno la familia  
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,  
Aspiren á las pompas de la tierra;  
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra  
Lleno de encono el bárbaro adalid.  
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:  
Amar la caridad, amar la ciencia;  
Puras las manos, pura la conciencia,  
Dar el licor á quien nos dió la vid.

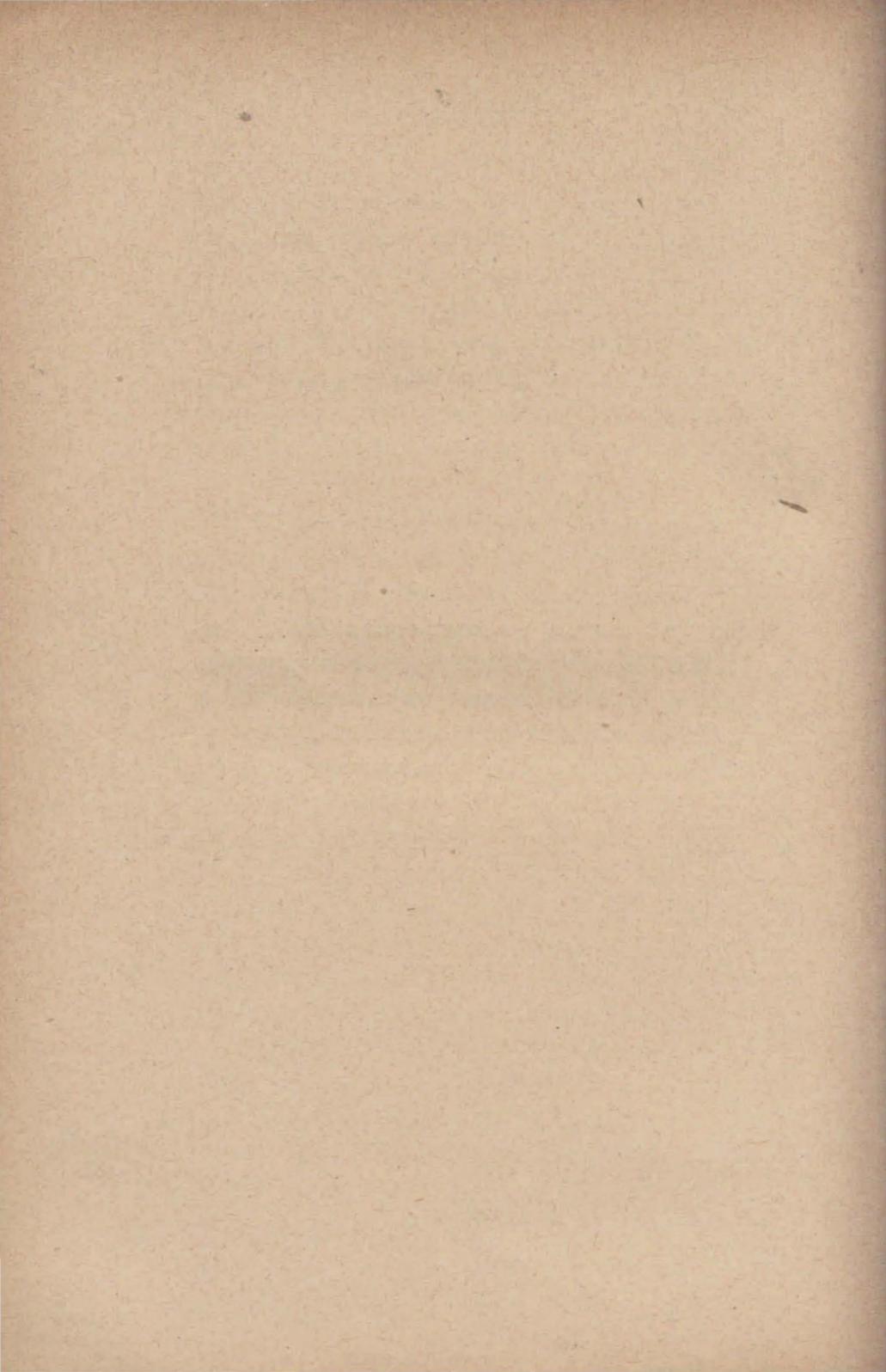
El sol de cada día nos alumbre  
El sendero del bien; nada amedrente  
Al varón justo, al ánimo valiente  
Que fecundiza el suelo en que nació;  
La libertad amemos por costumbre,  
Por convicción y por deber; en ella  
El despotismo estúpido se estrella:  
De la Patria los hierros destrozó.

## ARGENTINAS

¡Honra y prez á sus padres denodados!  
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;  
Hoy descansa su espíritu en el cielo,  
Noble atleta vencido por la edad.  
Venid en sus recuerdos impregnados,  
Y llena el alma de filial ternura,  
Su venerada, humilde sepultura,  
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día  
Emprenda yo mi viaje sin retorno,  
Erigidme una cruz, y de ella en torno,  
Sin una mancha en la tranquila sien,  
Llenos de amor, de paz, que es la armonía,  
Podáis decir de vuestro padre amado:  
Latió en su pecho un corazón honrado:  
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.

CARLOS GUIDO Y SPANO.



## EL 25 DE MAYO ANTIGUO

**N**os referimos á la época de Rosas. Muy niños todavía, no acertábamos á darnos cuenta cabal de la tiranía que pesaba sobre la República. Sin embargo, el terror, como el bienestar, se difunden en la atmósfera. Parece que las lágrimas evaporadas, formaran una niebla impalpable y apenas perceptible por el espíritu.

Alguna conversación pillada á hurtadillas, y el respeto exagerado á la policía, que para los niños de nuestra época resumía el derecho y la fuerza del Estado, mesuraban el vuelo de las imaginaciones infantiles, sabiendo que, en las fiestas mayas, debíamos tropezar á cada momento con los agentes de esa autoridad omnívota.

Pero á pesar de todo, los públicos regocijos de esos días solicitaban nuestra curiosidad, picada por las reminiscencias del pasado, entre las cuales figuraba la

## LECTURAS

opinión de una parienta realista, que habiendo visto meter en el zaguán de la cárcel unos transparentes, que representaban las virtudes cardinales, y que el viento había derribado en la Plaza, repetía todos los años que la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza estaban presas en Buenos Aires.

Vestidos con la ropa de gala, salíamos de casa á mediodía, y llegábamos casi mareados á la plaza de la Victoria, porque en aquella época se conservaba en pie todavía la buena costumbre de no ventear mucho á los niños, y de no dejarlos discurrir de cuenta propia por las calles de la ciudad.

En el trayecto recorrido, como en todas direcciones, no se veía una sola casa en que no flameara la bandera blanca y roja, con que se había sustituido, por orden superior, la azul y blanca de Belgrano.

Encontrábamos las bocacalles de la Plaza interceptadas por jinetes campesinos, engalanados á su manera, que venían á presenciar los festejos.

El adorno consistía en arquerías, templetes, banderas y gallardetes; y los demás atractivos, en la consabida rifa de cedulillas, las calesitas para los niños que iban acompañados, los rompecabezas para las criaturas que iban de su cuenta, y la cucaña para los marineros, que subían á ella, con arena en los bolsillos, para neutralizar el efecto del jabón, ávidos de conseguir la muda de ropa colocada como premio en la extremidad del mástil.

## ARGENTINAS

El pavimento estaba cubierto, literalmente, de cáscaras de naranja y de papелitos blancos de la rifa. Los ángulos y el centro de la Plaza, eran los sitios preferidos de las negras expendedoras de pasteles con miel, y de los negros vendedores de tortas y roscas de maíz.

Llamábanos mucho la atención los pesados trenes de la artillería, arrastrados por mulas, el batallón de Restauradores, formado de africanos y de descendientes de esa raza, los tambores mayores, negros y blancos, con sus delantales flamantes, y los gastadores con los instrumentos de zapa al hombro. barbas postizas y morriones de pelo.

Á la sazón, el frontispicio de la Catedral y el Coliseo estaban á medio concluir úno y á medio empezar ótro. Cubiertas de verdín las columnas de la primera y habitados los capiteles por centenares de palomas, lo que más blanqueaba en aquella fábrica eran las plumas de sus aladas ocupantes.

Recostadas á esas columnas, debajo de cuyo pórtico era prohibido el tránsito, los pirótecnicos disponían los fuegos artificiales. La pieza principal representaba, generalmente, la torre de Babel.

Penetrábase á la Catedral por la puerta traviesa. La lista civil y militar, con los miembros de la Cámara de Justicia, de calzón corto, y el Cuerpo Diplomático, de veinte mil alfileres, ocupaban la nave del centro.

## LECTURAS

En esa época, los empleados públicos se guardaban bien de no acompañar á las ceremonias religiosas al delegado del Gobernador, como sucede ahora, en que se ve, con frecuencia, que el Presidente de la República entra á la Catedral seguido de cuatro gatos.

Cantábase un *Tedéum* en acción de gracias al cielo por el beneficio de la Independencia, y ocupaba el púlpito un orador sagrado, y refería las hazañas de nuestros antepasados.

Terminada la función de iglesia, desfilaban las tropas, debiendo, de retirada á sus cuarteles, pasar, indefectiblemente, por delante de la casa de Rosas, las más de las veces cerrada á piedra y lodo.

Apenas anoecía, se retiraban las banderas de las puertas y ventanas, y se encendían las luminarias que consistían en faroles amarrados á las rejas ó en candelabros colocados detrás de los cristales de las ventanas. El alumbrado de la Plaza consistía en farolillos de hoja de lata, vasos de colores, y candilejos dispuestos en forma de pirámides.

A las ocho en punto, aparecía la concurrencia oficial en los balcones del Cabildo y de la Policía, y se incendiaban las baterías de fuegos de artificio. La abundancia de voladores y buscapiés, que ocasionaban muchas desgracias, estaba en relación con el exceso del humo de la pólvora y del carbón, que llegaba hasta entoldar una buena parte del cielo.

Con el último cohete se dispersaba el concurso,

tomando la mayoría el camino de sus habitaciones, y la minoría el de los teatros de la Victoria y Argentino. En el primero cantaba la Merea, y Monteverde suplía á alguna sacerdotisa de Irminsul acatarrada, y en el segundo don Pascual Ruiz ó Telémaco González, después de las *proclamas federales de orden*, representaban algún drama patriótico, como, por ejemplo, *Pelayo ó Guzmán el Bueno*.

Después de caído Rosas, se restableció la antigua costumbre, jamás olvidada por algunos patriotas de pelo en pecho, de ir á la plaza de la Victoria á presenciar la salida del *sol de mayo*, y escuchar el Himno nacional cantado por las escuelas públicas, en variedad de tonos y acompañado por la banda militar designada por la superioridad. Era de ver el efecto producido por los primeros fríos en los preceptores, á pesar de sus guantes y de sus bufandas de lana, tejidas en casa, y sobre todo en los niños, atestiguado por la humedad del suelo que pisaban.

Terminada aquella desafinada, pero conmovedora ceremonia, la Municipalidad obsequiaba á los alumnos de las escuelas con alguna bebida caliente, que se les servía en el Café del Plata. Las sillas, color de canario, del vetusto establecimiento, quedaban como si hubieran pasado la noche á cielo raso.

Los adornos de la Plaza corrieron parejas con los anteriores, salvo los transparentes que mejoraron en cuanto á leyendas. También se improvisaban, con los

## LECTURAS

niños de ciertos colegios, algunas danzas, que, ejecutadas en la Plaza, se repetían en el teatro de la Victoria, después de alguna loa patriótica, ó en un entreacto de *Las Cartas del Conde-Duque*, seguidas de *¡Un bofetón y soy dichosa!*, comedia y pieza en que Álvaro García, Eulogio Zemborain y Modesto Vázquez hacían primores, á juzgar por el buen humor que producían.

Torres, director de la primera Compañía española que trajo don José Colodro, puso en escena, en seguida, alegorías patrióticas, en que su ingenio de pintor escénico y el Himno nacional que las finalizaba, hacían el gasto.

En el año 1854 presenciarnos el primer ensayo de iluminación á gas, intentado por M. Jaunet, valiéndose de una *usina*, improvisada en el patio lateral de la Catedral; y poco más ó menos en ese tiempo, el de luz eléctrica, practicado por don Juan Etchepareborda. Excede á toda ponderación la novedad que produjeron esas tentativas.

.....

El ensayo de M. Jaunet, que tenía por objeto iluminar la Pirámide solamente, no dió el resultado que se esperaba, pero fué la amenaza de muerte á la iluminación pública de aceite de patas.

Aun cuando la celebración del aniversario del 25 de Mayo de 1810 que recordamos, no pudiera competir en entusiasmo y brillo con las fiestas que describía

Hidalgo por boca de Chano, ella excedía, en concurrencia y júbilo patriótico, á la que ahora presentamos, sin duda porque el elemento nacional empieza á ser absorbido por la masa inmigrante.

Las rifas de todas las sociedades de Caridad establecidas en el país, no han introducido ningún entretenimiento capaz de atraer al público, á quien otras veces arrastraron los ejercicios gimnásticos de los acróbatas, que trabajaban al aire libre, contratados expreso por la Municipalidad.

Si se exceptúa la función de gala del teatro de Colón, nada, nada hay que preocupe la atención general en los días de Mayo, merecedores de festejos y demostraciones de ardiente entusiasmo.

Corría el año de 1869, cuando, por primera vez salimos del país con rumbo al extranjero.

Empleados en la Legación de Chile, nos tocó celebrar el glorioso aniversario en la ciudad de Quillota y en casa de nuestro compatriota Sarratea, donde él había reunido á Frías, Ocampo, Beeche, Villanueva, Portal, Viera y Ortiz, restos de la emigración argentina. En la mañana del mismo día, publicamos en *El Ferrocarril*, de Santiago, un artículo que condensaba el pensamiento íntimo de todos los que, entre flores, banderas y músicas, transportados en espíritu á la patria, vieron brillar en el cielo batido por el temporal de la tiranía, el arco iris mensajero de bonanza.

Á los postres del banquete, interrumpidos por los

acordes del Himno Argentino, ejecutado por la banda militar de Quillota, enviada por el Gobernador, Clark anunció, al llegarle el turno de brindar, que ya era una realidad el proyecto de extender un hilo eléctrico al través de los Andes.

Los cohetes y las luces de Bengala de los fuegos artificiales, preparados en el jardín, coronaron dignamente las palabras del iniciador de esa hermosa empresa.

Á las once de la noche, recorriamos la plaza de Quillota, alumbrada por una luna pálida y velada de rato en rato, coordinando las emociones de aquel día, en que nos dimos cuenta de lo que importa para el viajero y el desterrado, un aniversario nacional pasado en tierra extraña.

No pudimos dormir en toda la noche, escuchando con el oído de la memoria el eco solemne de Frías, la palabra impetuosa de Sarratea, el concepto afectuoso de Ocampo, la frase chispeante de Ortiz, y el discurso meditado de Villanueva. El alba nos sorprendió desvelados.

El nuevo día nos guardada otras emociones: íbamos á ver el mar, después de muchos meses de residencia en una ciudad mediterránea, y á estrechar por primera vez la mano á parientes desconocidos residentes en Valparaíso.

El murmullo de las olas del Pacífico, predominando sobre el ruido del tren, nos sorprendió en las inmediaciones de «Viña del Mar».

## ARGENTINAS

Creímos escuchar los acentos de las olas del Atlántico, en cuyas orillas hemos nacido, y con ellos el rumor tumultoso de las ciudades del Plata, en ese momento á la mitad de la tarea diaria, cuando el afán crece, movidos la inteligencia y el brazo por la esperanza de que la tarea rinda más que en las anteriores veinticuatro horas.

Con el corazón dilatado por el ambiente marino, penetramos en la casa de los deudos que nos aguardaban.

Desde la hospitalidad hasta el pan, todo nos pareció argentino; y volviendo á pensar en la fiesta de Quillota, tornamos á dirigir el pensamiento á la patria y al pasado, recordando los aniversarios nacionales que celebramos en la infancia, con esa prolijidad de detalles que algunas veces pone en juego la memoria.

Antes de buscar y encontrar el reposo de que necesitábamos, apuntamos en la cartera la crónica quillotana, para enviarla á uno de los principales diarios de Buenos Aires.

De esos borriones sacamos estas líneas, que tienen por objeto consignar, de cualquier manera, bien ó mal, una creencia que abrigamos.

¡Decae el vigor de la fibra patriótica y se debilita la originalidad del carácter nacional, cuando los pueblos contemplan indiferentes el aniversario de su gloriosa independencia!

SANTIAGO ESTRADA.



## LA CARTA DE RECOMENDACIÓN

**B**UENOS AIRES está enfermo.

Lo han dejado las epidemias de cólera y fiebre amarilla, pero lo aqueja otra enfermedad interna.

Este pueblo padece de una afección moral, de un trastorno funcional de las pasiones.

La causa de esta afección es la necesidad, pero no la necesidad imperiosa de vivir y de poder emplear los elementos necesarios para mantener en función los organismos.

Generalmente hablando, los habitantes de Buenos Aires, tienen qué comer, con qué vestirse, aire para respirar, terreno en que caminar, luz para ver y todos los demás elementos que utilizan los órganos para mantener sus funciones.

Las necesidades estrictas de la vida pueden, pues, ser llenadas sin gran esfuerzo, en este pequeño centro de población.

Pero no sucede lo mismo con las necesidades facticias que no por ser menos reales, son menos apremiantes.

Existe entre nosotros la necesidad imperiosa de aparecer.

Ningún hombre se contenta ahora con tener con qué cubrirse la cabeza; si hay que cubrirla es necesario hacerlo con un sombrero á la moda y perpetuamente nuevo.

Ninguna mujer usa su pañuelo para guardarse del aire frío de las noches y de la humedad de la atmósfera; no señor, para obtener ese propósito se necesita una gorra y no una simple gorra, sino una gorra con flores. Si á más de esto la mencionada gorra tiene la sobresaliente cualidad de haber sido comprada en la calle de la Florida, la necesidad de cubrirse la cabeza queda enteramente satisfecha.

Para tener un sombrero siempre á la moda y siempre nuevo, es necesario comprar muchos sombreros, y para poseer una gorra siempre servible, es necesario comprar gorra para iglesia, gorra para teatro, gorra para paseo, gorra para verano, gorra para invierno, gorra para levantarse, gorra para estar despierto, gorra para dormir; en fin, es necesario tener un cargamento de gorras de todas clases, tamaños, formas y colores.

Excusado es decir que para llenar la necesidad de no resfriarse, se necesita actualmente una pequeña renta de quinientos *patacones* al año.

.....  
Felices tiempos aquellos en que comer sopa con tocino los domingos, constituía el supremo de los goces, y en que cuidar las cabras á caballo era la más loca é increíble de las ambiciones!

De su peso cae aquí la reflexión de que, para satisfacer las necesidades de un individuo de nuestros tiempos, se necesita mucha plata.

Trabajar y lucir son dos cosas que se excluyen.

El obrero que trabaja toda la semana, viste de blusa por el interés de conservar su paletó para el domingo.

Pero qué se diría de un hombre conocido que usara sombrero bajo los más de los días y de felpa y alto solamente los domingos y días de guardar.

El *qué dirán* importa, pues, una nueva necesidad, la necesidad de trabajar poco.

Y si se pone esta necesidad al lado de la de ganar mucho, resulta lo que todos sabemos, es decir, que los más desean un buen acomodo.

Un buen acomodo quiere decir en castellano, un empleo en el cual se trabaje poco y se gane mucho.

De aquí la ingente suma de pretendientes que tiene cada puesto vacante.

Para alcanzar un empleo se necesitan empeños, buenas relaciones.

Cualquiera diría que para ocupar un puesto se necesita aptitud; pero esto que parece verdad á primera vista, es un sofisma en Buenos Aires.

## LECTURAS

Las aptitudes son las cualidades en que menos se piensa.

El favor, la recomendación y la condescendencia, germinan de un modo alarmante y han dejado enfermiza á esta sociedad.

Verdaderamente, en Buenos Aires, el valor del mérito ha desaparecido ó se ha desvirtuado.

Tener amigos (¡quién no tiene amigos en un país en que todos somos iguales!) es la mayor de las ventajas.

Los puestos en que se gana dinero circulan en un núcleo de amigos.

No se pregunta cuál es el más apto, sino cuál es el mejor recomendado.

De esto resulta que la vida de las entidades políticas, financieras, comerciales, literarias é industriales, es insoportable, por los tiempos que corremos.

Ser ministro ó capitalista es lo mismo que ser mártir y condenado en vida.

Cada entidad de este pueblo recibe diariamente, veinte cartas de recomendación y escribe veinticinco.

Se necesita una renta sólo para papel y plumas.

Como en todas las cosas, la necesidad de dar cartas de recomendación, ha traído el abuso.

Ya no son sólo los hombres eminentes quienes las dan y las reciben.

Desde el presidente hasta el basurero, todos tienen á quien recomendar y quien les haya sido recomendado.

Yo también recibo cartas de recomendación y las escribo por docenas.

Felizmente he dado con la luminosa idea de contestar en los sobres, lo que me produce una pequeña economía.

Á proceder de otro modo, la profesión no me daría para mis gastos.

La carta de recomendación se ha hecho una contribución, un tributo que todos pagamos por el solo derecho de usar el nombre que nos pusieron en la pila.

Por esto las cartas de esta clase han perdido su valor, y se necesitan muchas para que valgan como una.

Á estas cartas les ha sucedido lo que al papel moneda.

Primero un peso valía ocho reales plata; ahora se necesitan veinticinco pesos para hacer un *patacón*.

El abuso ha traído el descrédito y la baratura de la mercancía.

Como todos recibimos cartas de recomendación, todos las damos sin escrúpulo.

Todo el que tiene un oficio las da, todo el que usa un nombre que siquiera esté en algún almanaque, las da también.

Para este propósito, las mujeres hacen un incalculable consumo de papel timbrado, y no son estos billetes los menos eficaces.

La belleza, la posición y el sexo, abren las puertas para todo.

## LECTURAS

Es muy difícil decir no á una mujer bonita que dice sí.

Todavía me acuerdo que tratándose de una solicitud en que yo tenía razón, el gobernador Castro me dejó de una pieza diciéndome que había unas cuantas señoras que no querían la cosa.

Es incalculable el poder de las mujeres.

Una de las causas que me inducirían á quedarme soltero, sería el temor de que hostigaran á mi mujer para pedirle cartas de recomendación. Si ella era desairada el desairado era yo, y si era atendida, ¿por qué atenderían una recomendación de mi mujer, más bien que una mía?

Hay indudablemente peligrosas maneras de hacer el bien.

Pero por serio que sea el conflicto en que nos hallamos y mientras salimos de él, no dejan de presentarse casos curiosísimos y ridículos en esta forma de distribuir puestos; el siguiente, por ejemplo:

Hace poco se presentó en casa, el señor don Pedro Romualdo Mosqueira, que era portador de una carta de recomendación para mí.

Atendiendo á ella, pregunté á don Romualdo en qué podía serle útil.

— Me han dicho, señor, me contestó, que usted es algo relacionado aquí y quería que me diera una cartita para algunos de sus amigos.

— Perfectamente; ¿en qué desearía ocuparse?

— En una empresa de diarios, por ejemplo.

— Muy bien. ¿Sabe usted leer?

— No, señor.

— Perfectamente; tome usted asiento un instante.

Dicho y hecho, tomo la pluma y escribo:

Señor don Eduardo Dimet, director y propietario de  
*El Nacional*:

Estimado amigo:

Le presento á usted al señor don Pedro Romualdo Mosqueira, que me ha sido calurosamente recomendado por nuestro común amigo don Héctor Varela. Desea ocuparse en su imprenta y yo creo que se contentará con un módico sueldo de ocho mil pesos, si usted le pone al frente de la administración de su establecimiento.

Saluda á usted atentamente.

N. N.

Haría de esto un mes, cuando una mañana recibo una carta que decía:

Señor don N. N.

Querido amigo:

Usted que tiene tanta relación con Dimet, hágame el favor de darle al portador de ésta, don Rómulo Mezquita, una cartita de recomendación que le sirva á lo menos, para presentarse.

Este señor desea ocuparse en algún diario y como

me ha sido muy recomendado, no vacilo en pedirle á usted un servicio en favor de un extranjero necesitado.

Soy su afectísimo.

JUAN A. GOLFARINI.

¿Quién será este don Rómulo Mezquita, decía yo, cuando alzando la vista, percibí en el patio la simpática figura de mi antiguo conocido don Pedro Romualdo Mosqueira, que en sus tribulaciones por emplearse en un diario, hasta su nombre había perdido!

La cosa era sencilla. El círculo de amigos se cerraba. El hombre volvía al punto de que había partido, después de haber andado á pie por las calles de Buenos Aires, doscientas setenta y cinco leguas en un mes, tras de una ó más cartas de recomendación.

—¿Cómo es esto, señor don Romualdo, exclamé, abriendo tamaña boca.

—¿Cómo ha de ser?, me contestó: todo el mundo me ha recibido bien, pero cada cual me despedía con una carta y muchos ofrecimientos.

—Como usted supondrá, llevé su carta á Dimet, Dimet me dijo que el puesto que yo pretendía estaba ocupado, pero que en el empeño de servirme, me recomendaría á Luis Varela, como lo hizo; Varela me recomendó á Bilbao, Bilbao me recomendó á Walls, Walls me recomendó á Cordgien, Cordgien me recomendó á Gutiérrez, Gutiérrez me recomendó á Can-

tilo, Cantilo á Mansilla, Mansilla á Ojeda, Ojeda á Choquet, Choquet á Quesada, Quesada á Balleto, Balleto á del Valle, del Valle á Goyena, Goyena á Paz, Paz á Mallo, Mallo á Golfarini y Golfarini á usted, y aquí me tiene otra vez al principio de mi carrera.

Excusado es decir que yo solemnité tan original peregrinación, con toda la hilaridad de que pude disponer.

—¿Y ese cambio de nombre, señor don Romualdo?

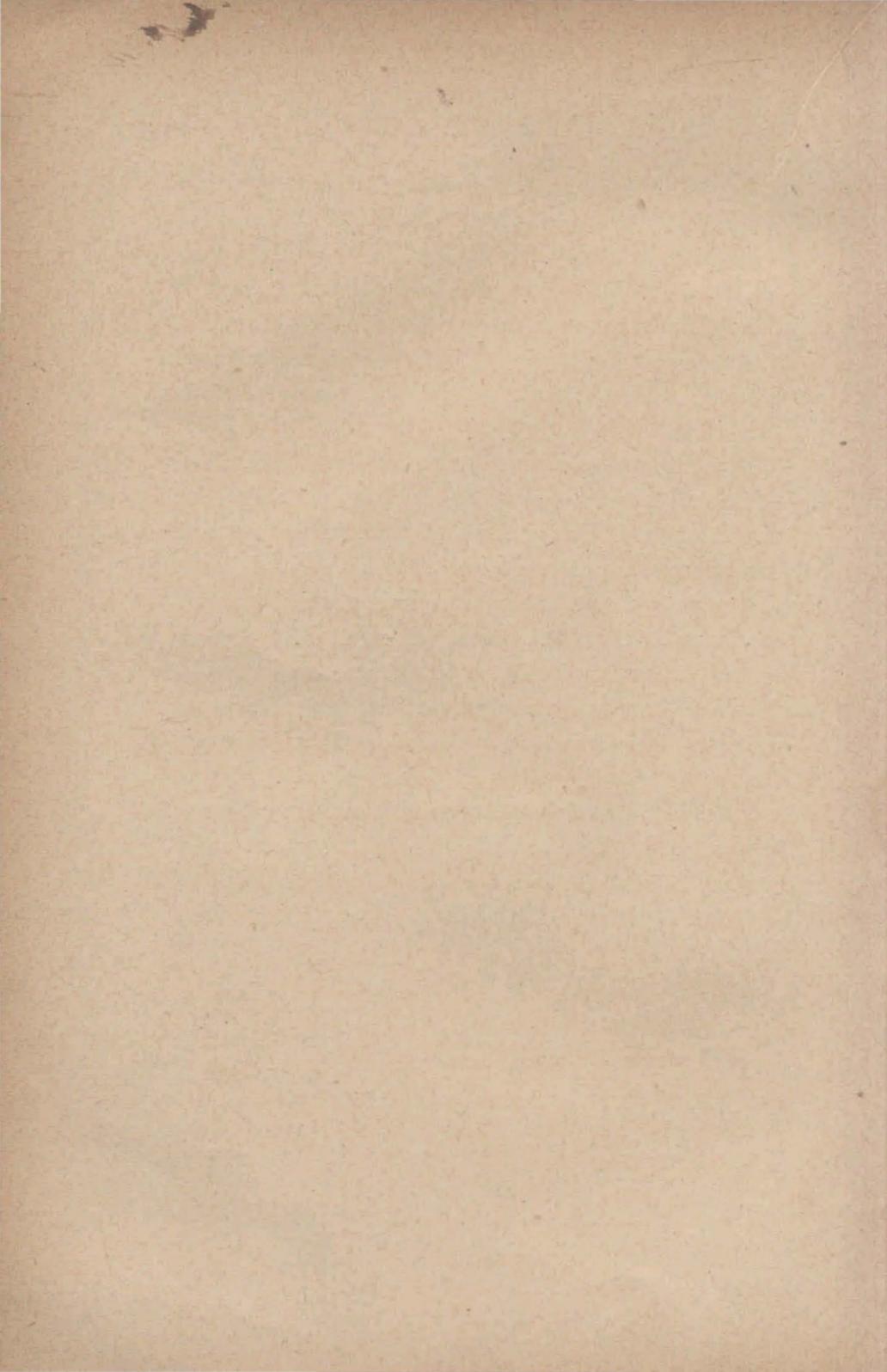
— Ese cambio de nombre es que á fuerza de repetir «Pedro Romualdo Mosqueira», el nombre me parecía vulgar y largo, y pensando que era más cómodo para las cartas de recomendación uno más corto, lo acerté llamándome Rómulo Mezquita.

— Pues señor don Rómulo Mezquita, conforme ha cambiado de nombre, cambie también de aspiraciones y en lugar de buscar un empleo en diarios, acepte cualquier trabajo, de cobrador, por ejemplo.

Don Pedro Romualdo Mosqueira tiene actualmente una agencia de cobranzas, vive sin lujo, pero cómodamente, y sólo tiene una enfermedad que amarga su vida; sufre de epilepsia... cuando ve una carta de recomendación!

EDUARDO WILDE.

Agosto, 1872.



## SARMIENTO

TRAS el último y supremo combate, Sarmiento entrega su mortal vestidura á la tierra, como el soldado antiguo se despojaba, después de ruda lucha, de su trabajada armadura y de su vieja y buena espada, al caer vencido por fuerzas superiores. Quedaba su gloria; ante ella se inclinan todos, y en campos adversos están silenciosas las tiendas, culutadas las banderas, mientras el tambor bate el fúnebre compás.

Todos lo hemos visto, todos lo hemos conocido; era la cumbre más elevada de nuestras eminencias americanas, el sol coronaba de luz su sien soberbia, y había en sus entrañas agitaciones de volcán. Viendo en su contacto era difícil medir sus proporciones, y recién, al caer derruido por el tiempo, podemos apreciarlas, al ver sus fragmentos cubrir medio siglo de nuestra historia, en la extensión de

medio continente. Cada uno de ellos puede servir para elevar un monumento de faz diversa y materias variadas. Hay allí, desde el duro granito para levantar un baluarte, hasta el grano finísimo, rival del pentélico famoso, en que el artista puede cincelar su obra más delicada.

Sarmiento, nada debe á su época ni á su escena. Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América, y en todo tiempo, y en todo lugar, hubiera tendido sus alas de cóndor y morado en las alturas. Nacido hace un siglo, hubiera sido una de las primeras figuras de nuestra emancipación política al lado de Moreno y Rivadavia.

Nacido en el primer año de la revolución, ha sido el que vió más lejos en el porvenir los destinos de nuestra patria, y quien mejor comprendió los medios de alcanzarlos. Ha sido el faro más alto y más luminoso de los muchos que nos han guiado en la difícil senda.

✕ Escritor, orador, legislador, ministro, presidente, su labor ha sido vasta y continua. Fué apóstol y fué soldado. ✕

Tocóle por patria, como á todos los de su época, inmensa heredad inculta, y aplicó todo el vigor de su alma á abrir en la espesa selva anchas vías á la civilización. Lo hemos visto sudoroso, apasionado, febril, empuñar el hacha del *pionner*, abrirse paso al través del espeso matorral de la ignorancia, destro-

zando errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino con el árbol colosal de la tiranía, que cubría á su patria toda con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin tregua y sin reposo, hasta verlo caer con estrépito, abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió á un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las puras brisas de un porvenir de libertad. —

+ Su vida fué de acción y lucha; tenía en su panoplia todas las armas; pero, su inteligencia, con músculos de atleta, prefería la masa hercúlea, á cuyo golpe terrible saltaba en pedazos la más sólida armadura. ⊗

En todo momento, ya ocupara la más alta magistratura de su país, en su banca de senador, manejando la pluma del polemista, en el seno de la intimidad, era siempre el mismo, espontáneo y jovial, de pensamiento vastísimo y fecundo, con un soberbio desconocimiento de lo pequeño y lo ridículo, inmaleable, con un poder de iniciativa no igualada y con una energía y tenacidad inagotables. ⊗

Le faltaban esas cualidades de seducción que obran sobre el sentimiento de las masas, que caracterizan á los conductores de hombres y engendran la popularidad. Todo su organismo estaba absorbido, dirigido, dominado por su cerebro, que podía en ciertos casos no inspirar cariño, pero que imponía admiración y respeto.

En el recinto del Congreso su banca era una cá-

tedra, y cuando hacía oír su voz, todos inclinaban el oído atento, en la seguridad de nutrir su inteligencia con esa palabra que nunca fué pueril ó vulgar. Si la pasión lo agitaba, su elocuencia era tormentosa; obscuridades imponentes en cuyos senos se sentían agitarse las ideas, claridades radiosas, y relámpagos, iluminaban á intervalos el soberbio cuadro.

— Todo lo que constituye nuestro progreso debe algo ó mucho á Sarmiento. En su vida laboriosa ha trabajado largo y profundo surco en nuestro virgen suelo argentino, derramando en él, á manos llenas, la semilla fecunda del bien. Si alguna se perdió entre espinas y pedregales ó fué llevada por las aves del cielo, más feliz que el sembrado del evangelio, la mayor parte cayó sobre tierra fértil, brotó lozana y vigorosa, y hoy se eleva como homenaje eterno á su memoria.

— Hoy, en esta última jornada, al pasar sus restos en busca del lecho de su eterno reposo, cruzarán entre filas de niños que se agitarán y agolparán para arrojar flores en su camino, y el murmullo de millares de bocas infantiles, que es la voz del porvenir, será el himno más grato que se eleve á las regiones donde mora su espíritu y compense las fatigas del más ardiente apóstol de la educación popular.

.....

Su nombre pertenece ya á la historia, y cuando la

## ARGENTINAS

República Argentina sea una de las grandes naciones de la tierra y sus hijos vuelvan la mirada hacia la cuna de su grandeza, verán destacarse la sombra de Sarmiento, consagrado desde hoy y para siempre, como uno de los Padres de la patria. —

CARLOS PELLEGRINI.

Discurso pronunciado en la inhumación de sus restos.



## EL HIMNO DEL PAYADOR

En pos del alba azulada,  
Ya por los campos rutila  
Del sol la grande, tranquila  
Y victoriosa mirada.  
Sobre la curva lomada  
Que asalta el cardo bravío,  
Y allá en el bajo sombrío  
Donde el arroyo serpea,  
De cada hierba gotea  
La viva luz del rocío.

De los opuestos confines  
De la Pampa, uno tras otro,  
Sobre el indómito potro  
Que vuelca y bate las crines,  
Abandonando fortines  
Estancias, rancho, mujer,

## LECTURAS

Vienen mil gauchos á ver  
Si en otro pago distante,  
Hay quien se ponga delante  
Cuando se grita: ¡á vencer!

Sobre el inmenso escenario  
Vanse formando en dos alas,  
Y el sol reluce en las galas  
De cada bando contrario;  
Puéblase el aire del vario  
Rumor que en torno desata  
La brillante cabalgata  
Que hace sonar, de luz llenas,  
Las espuelas nazarenas  
Y las virolas de plata.

De entre ellos el más anciano  
Divide el campo después,  
Señalando de través  
Larga huella por el llano;  
Y alzando luego en su mano  
Una pelota de cuero  
Con dos manijas, certero  
La arroja al aire, gritando:  
— « ¡Vuela *el pato!*... ¡Va buscando  
Un valiente verdadero! »

## ARGENTINAS

Y cada bando á correr  
Suelta el potro vigoroso,  
Y aquel sale victorioso  
Que logra asirlo al caer.  
Puesto el que supo vencer  
En medio, la turba calla,  
Y á ambos lados de la valla  
De nuevo parten el llano,  
Esperando del anciano  
La alta señal de batalla.

Dala al fin. Hondo clamor  
Ronco truena en el circuito,  
Y el caballo salta al grito  
De su impávido señor;  
Y vencido y vencedor,  
Del noble triunfo sedientos,  
Se atropellan turbulentos  
En largas filas cerradas,  
Cual dos olas encrespadas  
Que azotan contrarios vientos.

Alza en alto la presea  
Su feliz conquistador,  
Y su bando en derredor  
Le defiende y clamorea.  
Uno y otro agujonea

## LECTURAS

El ágil bruto, y chocando  
Entre sí, corren dejando  
Por los inciertos caminos,  
Polvorosos remolinos  
Sobre las pampas rodando.

Vuela el símbolo del juego  
Por el campo arrebatado,  
De los únos conquistado,  
De los ótros presa luego;  
Vense, entre hálitos de fuego,  
Varios jinetes rodar,  
Ótros súbitos avanzar  
Pisoteando los caídos;  
Y en el aire sacudidos,  
Rojos ponchos ondear.

Huyen en tanto, azoradas,  
De las lagunas vecinas,  
Como vivientes neblinas,  
Entrepitosas bandadas;  
Las grandes plumas cansadas  
Tiende el chajá corpulento;  
Y con veloz movimiento  
Y con silbido de balas,  
Bate el carancho las alas  
Hiriendo á hachazos el viento.

## ARGENTINAS

Con fuerte brazo les quita  
Robusto joven la prenda,  
Y tendido, á toda rienda:  
— « ¡Yo solo me basto! » grita.  
En pos de él se precipita,  
Y tierra y cielos asorda,  
Lanzada á escape la horda  
Tras el audaz desafío,  
Con la pujanza de un río  
Que anchuroso se desborda.

Y allá van, todos unidos,  
Y él los azuza y provoca,  
Golpëándose la boca,  
Con salvajes alaridos.  
Danle caza, y confundidos,  
Todos el cuerpo inclinado  
Sobre el arzón del recado,  
Temen que el triunfo les roben,  
Cuando, volviéndose, el joven  
Echa al tropel su tostado...

El sol ya la hermosa frente  
Abatía, y silencioso,  
Su abanico luminoso  
Desplegaba en occidente,  
Cuando un grito de repente

## LECTURAS

Llenó el campo, y al clamor  
Cesó la lucha, en honor  
De un solo nombre bendito,  
Que aquel grito era este grito:  
«¡Santos Vega, el payador!»

Mudos ante él se volvieron,  
Y, ya la rienda sujeta,  
En derredor del poeta  
Un vasto círculo hicieron  
Todos el alma pusieron  
En los atentos oídos,  
Porque los labios queridos  
De Santos Vega cantaban  
Y en su guitarra zumbaban  
Estos vibrantes sonidos:

«Los que tengan corazón,  
Los que el alma libre tengan,  
Los valientes, éstos vengan  
Á escuchar esta canción:  
Nuestro dueño es la nación  
Que en el mar vence la ola,  
Que en los montes reina sola,  
Que en los campos nos domina,  
Y que en la tierra argentina  
Clavó la enseña española.

ARGENTINAS

«Hoy mi guitarra, en los llanos,  
Cuerda por cuerda, así vibre:  
¡Hasta el chimango es más libre  
En nuestra tierra, paisanos!  
Mujeres, niños, ancianos,  
El rancho aquel que primero  
Llenó con sólo un ¡te quiero!  
La dulce prenda querida,  
¡Todo!... ¡el amor y la vida,  
Es de un monarca extranjero!

«Ya Buenos Aires, que encierra  
Como las nubes, el rayo,  
El Veinticinco de Mayo  
Clamó de súbito: ¡guerra!  
¡Hijos del llano y la sierra,  
Pueblo argentino! ¿qué haremos?  
¿Menos valientes seremos  
Que los que libres se aclaman?  
¡De Buenos Aires nos llaman,  
Á Buenos Aires volemos!

«¡Ah! ¡Si es mi voz impotente  
Para arrojar, con vosotros,  
Nuestra lanza y nuestros potros  
Por el vasto continente;  
Si jamás independiente

## LECTURAS

Veo el suelo en que he cantado,  
No me entierren en sagrado  
Donde una cruz me recuerde  
Entiérrenme en campo verde  
Donde me pise el ganado!»

Cuando cesó esta armonía,  
Que los conmueve y asombra  
Que allá en la noche se hundía...  
¡Patria! á sus almas decía  
El cielo, de astros cubierto,  
¡Patria! el sonoro concierto  
De las lagunas de plata,  
¡Patria! la trémula mata  
Del pajonal del desierto.

Y á Buenos Aires volaron,  
Y el himno audaz repitieron,  
Cuando á Belgrano siguieron,  
Cuando con Güemes lucharon,  
Cuando por fin se lanzaron  
Tras el Andes colosal,  
Hasta aquel día inmortal  
En que un grande americano  
Batió al sol ecuatoriano  
Nuestra enseña nacional.

RAFAEL OBLIGADO.

## DISCURSO PATRIÓTICO

**M**AÑANA hará un siglo que, en la derruída capital de la provincia de Misiones, naciera modestamente un niño, que traía estampado sobre su frente el sello luminoso del genio y de la gloria.

Militar de vocación y raza, *San Martín* insume los primeros años de su espartana juventud en los colegios y en los campamentos, retemplando su espíritu y su cuerpo para las memorables campañas que pronto acometerá en defensa de la más grande de todas las causas: la causa de la emancipación de los pueblos contra la opresión de sus conquistadores.

España, cuna de sus padres y metrópoli de las colonias en que él mismo viera la luz del día, gime á la sazón bajo la garra de las águilas imperiales de Francia. Abandonado por sus monarcas, el bravo pueblo español se apresta en masa á sacudir el ominoso yugo de la dominación extranjera.

*San Martín*, en la aurora de su brillante carrera, no vacila en ofrecerle el concurso modesto, pero leal y decidido de su inteligencia y de su espada. *Arjonilla*, *Bailén* y *Albuera* le cuentan en las filas de los que vencen á los vencedores de la Europa, y el alto grado de teniente coronel sobre el campo de batalla es condigno premio de su pericia y de su denuedo.

La inmortal revolución de 1810 estalla entretanto á orillas del majestuoso Plata y repercute eléctricamente por todos los ámbitos de la América latina. Un duelo á muerte se traba al instante entre españoles y americanos: los únos para perpetuar su antigua dominación, los ótros para romper sus cadenas de tres siglos.

El fragor de los primeros combates estremece á *San Martín*, despedaza sus compromisos hacia España y lo arrastra á prodigar la vida en aras de la independencia de su patria, y más que de su patria, de la América toda; *San Lorenzo*, *Chacabuco*, *Maipú*, *Lima* y *Callao* son las etapas gloriosas que marcan sus huellas indelebles al través de valles y de montañas, de pampas y de mares.

La gratitud oficial lo condecora con el triple título de generalísimo del Perú, capitán general de Chile y brigadier general de la República Argentina. La gratitud popular lo aclama emancipador del Perú, libertador de Chile y salvador de la revolución argentina. Improvisador de ejércitos, dominador de la naturaleza, hijo predilecto de la victoria, redentor de pueblos y

creador de naciones, trepa á la cima de la escala militar y á la cúspide de la grandeza humana.

Semejante á un torrente impetuoso, parece que nadie pudiera detenerle en el desenvolvimiento final de su augusta misión y, sin embargo, apenas celebrada la histórica entrevista de Guayaquil, el coloso vencedor de todos y de sí mismo, en la plenitud de una vida tan noblemente consagrada al culto de la patria y en el apoyo de una gloria tan heroicamente conquistada en epopeya sin igual, desciende espontáneamente de la eminencia que ocupa y se retira con serena majestad del vasto campo de una lucha que tiene por palenque á Sud América y por espectador al mundo.

No lo impulsa la fatiga, ni el desencanto ni el egoísmo; se inmola patrióticamente en holocausto á su misión: deja su país, sale de América, traspone el Océano y, á tres mil leguas de distancia, se sepulta, viviente, en la más pavorosa soledad del que se siente aislado en medio de la animación de un mundo indiferente ó extraño.

Y despojado de su homérico *rol* en el momento supremo, calumniado en sus propósitos y desconocido en sus sacrificios, renegado por los suyos y perseguido por los extraños, siempre grande, siempre generoso, siempre digno, se envuelve en el manto de su conciencia inmaculada, convierte su pecho de granito en tumba de sus pasiones y, titán de la fortaleza y de la resignación, muere silenciosamente en tierra extranjera,

## LECTURAS

legando corazón tan magnánimo á tan olvidadizos contemporáneos.

Tal es, trazado á grandes rasgos, el pálido bosquejo del héroe en cuyo nombre y en cuyo honor nos llamamos todos congregados.

Tan puro como Belgrano, más abnegado que Bolívar y primer capitán de su época, nadie puede ostentar títulos más acrisolados al reconocimiento de los pueblos que redimiera por el esfuerzo aunado de su genio y de su audacia.

Menos afortunado que Wáshington, careció de la oportunidad de mostrar, en el gobierno tranquilo de las sociedades, las elevadas dotes y las austeras virtudes que revela en el comando de sus ejércitos; pero, á semejanza del héroe norteamericano, el fallo justiciero de la posteridad le proclama en alta voz el primero en la paz, el primero en la guerra y el primero en el amor de sus conciudadanos.

Y puesto que la hora de la reparación nacional ha llegado, espléndida y solemne, para el más ilustre de todos los argentinos en la víspera de su primer centenario, inclinémonos respetuosamente ante su sombra veneranda, esperando el día no remoto en que nuestra gratitud y nuestra admiración osarán tallar su colosal estatua en la cresta más elevada de los gigantescos Andes, pedestal eterno de su grandiosa inmortalidad.

MANUEL QUINTANA.

## JUVENILIA

**B**UENA, sana, alegre, vibrante aquella vida de campo! Nos levantábamos al alba; la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles frescos y contentos, el espacio abierto á todos rumbos, nos hacían recordar con horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos, el invencible fastidio de la clase del estudio. En la Chacarita estudiábamos poco, como era natural; podíamos leer novelas libremente, dormir la siesta, salir en busca de *camuatis* y, sobre todo, organizar con una estrategia científica las expediciones contra los *Vascos*.

Los *Vascos* eran nuestros vecinos hacia el norte, precisamente en la dirección en que los dominios colegiales eran más limitados.—Separaba las jurisdicciones respectivas un ancho foso, siempre lleno de agua y de bordes cubiertos de una espesa planta baja y

## LECTURAS

bravía. Pasada la zanja, se extendía un álfalfar de una media cuadra de ancho, pintorescamente manchado por dos ó tres pequeñas parvas de pasto seco. ¡Más allá, el jardín de las Hespérides, los campos Elíseos, el Edén, la Tierra prometida! Allí, en pasmosa abundancia, crecían las sandías robustas, enormes, cuyo solo aspecto apartaba la idea de la *caladura* previsoras; la sandía ajena, velada, de carne roja como el lacre, el *cucúrbita citrullus* famoso, cuya reputación ha persistido en el tiempo y el espacio; allí doraba el sol esos melones de origen exótico, redondos, incitantes en su forma ingénita de tajadas, los melones exquisitos, de suave pasta perfumada y de exterior caprichoso, grabado como un papiro egipcio! No tenían rivales en la comarca, y es de esperar que nuestra autoridad sea reconocida en esa materia. Las excursiones á otras chacras nos habían siempre producido desengaños; la nostalgia de la fruta de los vascos nos perseguía á todo momento, y jamás vibró en oído humano, en sentido menos figurado, el famoso verso de Garcilaso de la Vega.

Pero debo confesar que los *Vascos* no eran lo que en el lenguaje del mundo se llama personajes de trato agradable. Robustos los tres, ágiles, vigorosos y de una musculatura capaz de ablandar el coraje más probado, eternamente armados con sus horquillas de lucientes puntas, levantando una tonelada de pasto en cada movimiento de sus brazos ciclópeos, aquellos

hombres, como todos los mortales, tenían una debilidad suprema: ¡amaban sus sandías, adoraban sus melones! Dos veces ya los hados propicios nos habían permitido hacer con éxito una *razzia* en el cercado ajeno, cuando un día...

Eran las tres de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta é inflamada, cuando, saltando subrepticamente por una ventana del dormitorio donde más tarde debía alojarse el 1.º de caballería de línea, nos pusimos tres compañeros en marcha silenciosa hacia la región feliz de las frescas sandías. Llegados al foso, lo costeamos hasta encontrar el vado conocido, allí donde habíamos tendido una angosta tabla, puente de campaña no descubierto aún por el enemigo. Lanzamos una mirada investigadora: ¡ni un *vasco* en el horizonte! Nos dividimos, y mientras uno se dirigía á la izquierda, donde florecía el *cantaloup*, dos nos inclinamos á la derecha, ocultando el furtivo paso por entre el alfalfar en flor. Llegamos, y rápidos buscamos dos enormes sandías que en la pasada visita habíamos resuelto dejar madurar algunos días aun. La mía era inmensa, pero su mismo peso me auguraba indecibles delicias.

Cargué con ella y cuando bajé los ojos para buscar otra pequeña con que saciar la sed sobre el terreno... un grito, uno solo, intenso, terrible, como el de Telémaco que petrificó el ejército de Adrasto, rasgó mis oídos.—Tendí la mirada al campo de batalla; ya la

izquierda, representada por el compañero de los melones, batía presurosa retirada. De pronto, detrás de una parva, un vasco horrible, inflamado, sale en mi dirección, mientras otro pone la proa sobre mi compañero, armados ambos del pastoril instrumento cuyo solo aspecto comunica la ingrata impresión de encontrarse en los aires, sentado incómodamente sobre dos puntas aceradas que penetran...

¡Cómo corría, abrazado tenazmente á mi sandía! ¡Qué indiferencia suprema por la gorra ingrata que me abandonó en el momento terrible, quedando como trofeo sobre el campo enemigo! Y, sobre todo, ¡cuán veloz me parecía aquel vasco, cuyo respirar de fuelle de herrería creía sentir rozarme los cabellos! Volábamos sobre la alfalfa: ¡qué larga es media cuadra!

Un momento cruzó mi espíritu la idea de abandonar mi presa á aquella fiera para aplacarla.—Los recuerdos clásicos me autorizaban; pensé en Medea, en Atalanta, pensé en los jefes de caballería que regaban el camino de la *retirada* con las prendas de su aperc; pensé... ¡No! ¡Era una ignominia! Llegar al dormitorio y decir: «¡Me ha corrido el vasco y me ha quitado la sandía!» ¡Jamás! Era mi escudo lacedemonio: ¡vuelve con él ó sobre él!

Instintivamente había tomado la dirección del vado; pero el vasco de mi compañero, por medio de una diagonal, habría llegado antes que yo, y debo declarar que, á pesar de la persecución personal del mío, los

tres vascos me eran igualmente antipáticos. — ¡Marché de cara al sol! como el Byron de Núñez de Arce. Mi agilidad proverbial, aumentada por las fatigas diarias del *rescate*, había brillado en aquella ocasión; así, cincuenta pasos antes de llegar al foso, mi partido estaba tomado. Puse el corazón en Dios, redoblé de ligereza y salté... ¡Una desagradable impresión de espinas me reveló que había salvado el obstáculo; pero ¡oh dolor! en el trayecto se me había caído la sandía, que yacía entre las aguas cenagosas del foso!

Me detuve y observé á mi vasco: ¿daría el salto? Lo deseaba, en la seguridad de que iría á hacer compañía á la sandía. Pero aquel hombre terrible meditó, y plantándose del otro lado de la zanja, apoyado en su tridente, empezó á injuriarme de una manera que revelaba su educación sumamente descuidada. Escapa á mi memoria si mi actitud en aquellas circunstancias fué digna; sólo recuerdo que en el momento en que tomaba un cascote, sin duda para darle un destino contrario á los intereses positivos de mi vasco, vi á mis dos compañeros correr en dirección á *las casas* y al vasco de los melones despuntar por el vado y dirigirse á mí. — ¡De nuevo en marcha precipitada, pero seguro ya del triunfo!...

Eran las tres y media de la tarde y el sol de enero partía la tierra sedienta é inflamada, cuando con la cara incandescente, los ojos saltados, sin gorra, las manos ensangrentadas por los zarzales hostiles, salta-

## LECTURAS

mos por la ventana del dormitorio. Me tendí en la cama y, mientras el cuerpo reposaba con delicia, reflexioné profundamente en la velocidad inicial que se adquiere cuando se tiene un vasco irritado á retaguardia, armado de una horquilla.

\*\*\*

Viene á mi memoria, envuelto entre los recuerdos de la Chacarita, el de uno de mis condiscípulos, tipo curiosísimo que en aquellos tiempos felices, ignorantes aun de los encuentros grotescos que nos proporcionaría el mundo, clasificábamos alternativamente con los nombres de «el loco Larrea» ó «el loro Larrea». Queda entendido que he alterado su verdadero apellido, pues ignoro si vive aún, en cuyo caso tal vez no le sería grato figurar en estas páginas, á la manera de un coleóptero de museo. — Era riojano; aunque de gran estatura, su cuerpo, sea por falta de armonía ingénita, sea por el corte de sus *jaquets* amplios, sin la menor curva en la espalda, presentando una línea recta geométrica desde el cuello hasta el ribete del faldón, ofrecía un conjunto tan desgraciado como insípido. La cara de Larrea era una obra maestra. En primer lugar, aquel rostro sólo se conservaba á costa de incesante lucha contra la cabellera, tupida y alborotada, pero eminentemente

invasora. No puedo recordar la fisonomía de Larrea sin el arco verdozo que coronaba su frente estrecha, precisamente en la línea divisoria del pelo y el cutis libre. Era un depilatorio espeso, de insoportable olor, que Larrea se aplicaba, con una constancia benedictina, todas las noches, á fin de evitar los avances capilares de que he hecho mención. Pero Larrea sostenía que esa pasta era completamente ineficaz, á lo que alguno de los compañeros replicaba que era natural no ejerciera influencia sobre sus pelos de calabrote, habiendo sido fabricada para hacer desaparecer el ligerísimo *duvet* del brazo de las damas, según cantaba el prospecto. ¿Se echa acaso abajo un bosque de *ñandubays* con la ligera hoz que derriba los trigales? — La nariz de Larrea presentaba esa forma arquitectónica que la envidia humana ha clasificado de *ñata*<sup>1</sup>; más abajo, de este á oeste, abarcando los límites visibles, se desenvolvía la boca de Larrea, siempre entreabierta, sin duda para dar ventilación á sus dientes como teclas de piano viejo, en color y dimensión.

Larrea hablaba sin reposo, á todas horas, con todo motivo, lo que le había valido el ya mencionado calificativo de *loro*. Pero cuando llegó á la Chacarita, notamos, alarmados, que aquella facundia inagotable había cesado, y que Larrea, hosco, huraño, evitaba los

<sup>1</sup> Dickens.

juegos, los placeres comunes, no comía y pasaba todo el día tendido en su cama, en la que nos parecía oír durante la noche suspiros enormes como resoplidos de buey.

¡Larrea amaba! Una tarde me confió que había entregado su corazón á una beldad cruel que no quería apercibirse del fuego que le consumía. Me pidió que no me burlara de él, porque era un asunto serio, que le tocaba de cerca lo más íntimo del alma. Alentado por mi cara de confidente de tragedia, de aquellos únicamente admitidos en la escena para dar la réplica corta y hábil que motiva una nueva tirada del héroe, Larrea llegó hasta leerme versos. — Por fin, supe que el objeto de su pasión era una niña, hija de una *modesta* familia que habitaba á veinte cuabras de la Chacarita. ¡Ya lo creo! Era una chinita deliciosa, de diez y ocho años, de carita fresca y morena, de grandes ojos negros como el pelo, sin más defecto que aquel pescuezo angosto y flaquito que parece ser el rasgo distintivo de nuestra raza indígena. Todos la conocíamos y más de uno hacía frecuentes pasadas á pie y á caballo, por delante de aquel rancho, alentado por locas esperanzas.

Animé á Larrea cuanto pude, le dí mis consejos (porque los porteños éramos *censés* ser tenorios consumados) y por fin, me anunció un día que había hecho relación con la familia y que habían organizado, de acuerdo, un baile para el sábado próximo, baile al que debíamos concurrir siete ú ocho de nosotros, siempre

que nos hiciéramos preceder por algunas libras de hierba y azúcar, algunas botellas de cerveza y ginebra, etc. Larrea me abandonaba la elección de los convidados y me pedía los acompañara al sitio de la fiesta, donde él se encontraría desde la primera hora.

Como se comprende, era necesario escaparse.

Comuniqué la nueva á Eyzaguirre, candidato nato á una partida semejante; avisé también al cojo Videla, uno de los muchachos más buenos y traviosos que he conocido; y, como habíamos tenido tiempo de prepararnos, el sábado, á las nueve de la noche, dejando cada uno en la cama respectiva (felizmente no estaban todas en el mismo cuarto) un muñeco con una peluca de crin, nos pusimos silenciosamente en marcha á través de los potreros, llenos de un loco entusiasmo y forjando conquistas á millares.

\*\*\*

Larrea estaba ya allí. Ebrio de gozo, radiante dentro de su *jaquet* rectilíneo, había tomado la dirección de la fiesta y servía de bastonero con toda gravedad. Fuímos introducidos, agasajados, y pronto, al compás de la orquesta, limitada á una guitarra y un acordeón (los esfuerzos para obtener un órgano habían sido vanos), nos hundimos en un océano de valsés, polcas y mazurcas; pues las damas se negaban á una segunda

edición de la primera cuadrilla, que, á lá verdad, había permitido al cojo Videla desplegar calidades coreográficas desconocidas, y que después supimos habían sido inspiradas por una representación de *Orfeo* con que se había regalado en una noche de escapada.

Después de cada pieza obsequiábamos, naturalmente á las damas con un vaso de cerveza, acompañándolas con una frecuencia alarmante para el porvenir.—Larrea irradiaba de contento; había recitado sus versos, prometido ótros y nos dejaba entrever que una cita flotaba en lo posible. Un gaucho viejo (¡le veo aún!), con una larga barba canosa, el sombrero en una mano y un vaso en la ótra, gozaba como un bienaventurado desde la puerta donde se apoyaba.—De tiempo en tiempo, cuando nos lanzábamos á un vals ó una polca y que, obedeciendo á las necesidades de la armonía, llevábamos oprimidas á las compañeras, oíamos la voz alegre del viejo que repetía varias veces:

— ¡Que se vea luz, caballeros!

La fiesta estaba en su apogeo y el italiano del acordeón, despreciando profundamente á su acompañante de la guitarra, hacía maravillas de ejecución, bajo ritmos caprichosos y excéntricos que llegaban vagamente á nuestros oídos, pues hacía rato que bailábamos al compás de una música interior, cuando, después de haber oído el galope de un caballo, vimos aparecer á uno de los discípulos de la Chacarita en la puerta del rancho, con la fisonomía pálida que debía

de tener Daniel al entrar de una manera tan intempestiva en la sala del festín de Baltasar.

— ¡Muchachos, los han pillado! El celador me ha dicho que los busque y que, si dentro de media hora no están en el dormitorio, va á dar cuenta al vicerrector.

Todo esto, entrecortado por la fatigosa respiración. El buen compañero había *robado* uno de los caballos del quintero, y por hacernos un servicio, se había puesto en camino por entre barriales espantosos, pues los últimos días había llovido copiosamente. No había tiempo que perder y era necesario ponernos en marcha sin demora. El viejo nos ofreció su caballo, cuyas formas aéreas revelaban una dieta de treinta y seis horas por lo menos: se lo aceptamos, agradecidos, y tratamos de organizar la partida. Éramos siete en todo; dos treparon en ancas del compañero que nos había traído el aviso, después de darle tiempo á que absorbiera una botella de cerveza íntegra; y los otros cuatro procuramos arreglarnos sobre el caballo del viejo que á todo trance pedía luz, como Goethe moribundo. Larrea, por darse tono delante de la *chinita* y sosteniendo que conocía una senda por donde nos llevaría sin embarrarnos, tomó la dirección, colocándose gravemente en la cruz. Detrás de él, un condiscípulo sumamente grueso, en seguida Eyzaguirre, y allá, al fondo, en el remoto extremo, precisamente en aquel plano inclinado que parece una invitación á

## LECTURAS

resbalarse por la cola, yo, prendido de Eyzaguirre, como un mono de una reja.

Cuando emprendimos la marcha, el dueño de la casa, la novia de Larrea, las niñas todas, el gaucho viejo, hasta el italiano del acordeón, reían á carcajadas. Contestamos alegremente y fué en ese momento cuando hice dos descubrimientos, de orden diferente, que me alarmaron: aquel caballo no tenía anca, sino un techo de media agua por lomo, de filoso *mojinete*, y Larrea poseía una *mona* gigantesca!

\*\*\*

La noche era oscura y amenazaba llover: encandilados aún, no sabíamos dónde estábamos, ni qué dirección habíamos tomado. Si nuestro raciocinio no hubiera sido alterado por causas conocidas, la seguridad impasible con que Larrea dirigía la bestia, nos habría estremecido. Se me había encargado *castigar*, pues, según las tradiciones recibidas, el *foguista* era siempre el del anca; hice presente que no había sujeto pasivo, por cuanto mis golpes se perdían en el aire y propuse nos limitáramos en las circunstancias, al sistema del talón.

Aceptado el procedimiento, seguimos la marcha en las tinieblas; yo me sentía resbalar, resbalar sin descanso; aquel animal tenía en la punta de la cola algo que me atraía. En mi desesperación, me aterraba

á Eyzaguirre, quien me observaba á menudo que debía limitarme á agarrarle de la ropa, no encontrando plausible, como me lo declaró terminantemente, que mis dedos apretaran, á guisa de género, una sección de la parte carnosa que la naturaleza había previsora-mente superpuesto á su costillas. El compañero gordo bufaba, oprimido entre Eyzaguirre y Larrea, y éste, sin cesar de hablar, protestando que nadie conocía el camino como él, aventuraba una que otra queja sobre la osteología de aquel animal.

No veíamos á dos dedos de distancia y los compañeros del otro grupo habían desaparecido, sin duda por la sencilla razón de haber tomado el buen camino. Habíamos conseguido — ¡el cielo sabe á costa de qué esfuerzos y sufrimientos! — hacer tomar el trote á nuestra montura, cuando de pronto me sentí en el suelo, con todo el volumen de Eyzaguirre encima. Un choque se había producido, y jinetes y caballo habían venido por tierra.

— ¡No es nada, es un alambrado!

Era la voz de Larrea, que estaba ya montado y nos invitaba á hacer otro tanto. Tratamos duramente al pobre conductor, que nos anunció estar *ahora* seguro del camino, y, un tanto mohinos y maltrechos, emprendimos de nuevo la marcha.

No habíamos andado media cuadra, cuando un grito sofocado de Larrea me hizo percibir que me encontraba literalmente á *babuchas* de Eyzaguirre, quien, á

## LECTURAS

su vez, aplastaba al gordo, que, entre gemidos, estaba tendido á lo largo sobre algo informe que se debatía en el barro y que un ligero examen posterior reveló ser el cuerpo de Larrea. Habíamos caído en una zanja; el caballo, perdiendo pie, se fué de boca; Larrea salió por sobre las orejas como una flecha del canal de una ballesta; el gordo siguió la ley de la atracción, y Eyzaguirre, no menos rápido en el descenso, me arrastró á la confusa masa. Había, por lo menos, dos pies de barro; cuando salí, Eyzaguirre y el gordo se pusieron en pie, nos precipitamos todos á sacar á Larrea, que no hablaba. Todas las soluciones de continuidad de su cara estaban revocadas por un lodo espeso y negro. Fué necesario sacudirle, lavarle el rostro con la última botella de cerveza que el gordo no había soltado en la catástrofe, y sacarle el *jaquet* rectilíneo que pesaba dos arrobas.

Entonces emprendimos á tanteo, á pie y en el horror de la profunda noche, aquella marcha legendaria, inaudita, en las que las zanjas eran endriagos, las tunas vestiglos y los ruidos de los insectos nocturnos coros de Korríganos y Kobolds. Puck andaba por allí; nos parecía oír su risa silenciosa entre las brumas, confundiéndonos los rumbos y gozando á cada traspiés de la errante caravana... El caballo había quedado en la zanja para siempre. ¡Adiós las largas y melancólicas estadias en el *palenque* de la *pulpería*! ¡Adiós la marcha vacilante de la noche, cuando su dueño osci-

## ARGENTINAS

laba como un péndulo sobre el *recado!* ¡Una ligera perturbación en la línea del pescuezo le había hecho encontrar el reposo eterno! ¡Sea leve su recuerdo á la conciencia de Larrea!

Por fin, á las primeras claridades del alba, al canto de los gallos matinales, el cuerpo exhausto y rendido, el alma agriada contra la pasión dantesca de Larrea, penetramos en nuestros cuartos y nos ayudamos fraternalmente á sacarnos la ropa. Sólo una bota de Eyzaguirre, con una tenacidad irritante, se resistió al empuje colectivo; y es fama que diez horas más tarde solamente, soltó su presa, vencida, por la operación cesárea.

MIGUEL CANÉ.



## LA LLANURA

LA contemplación simple de la llanura es, sin duda, monótona, pero la vida, en medio de sus accidentes, está llena de emociones singulares. Su influencia no deriva de una pura sugestión visual prolongada, sino de la combinación de particulares incidentes en los que ella concurre con cierta pasiva expectación no desprovista de trascendencia. Es un vasto teatro en el que son actores, el viento, los animales innúmeros, el fuego, la indiada y la tormenta con su temperamento genuinamente pampeano. Cada cual con su papel en dramas rápidos, en los cuales la imaginación ligeramente estimulada, podría hasta sentir algo así como diálogos entre ellos, juego de pasiones impulsivas, combinaciones dramáticas en las que creería percibir la intención de un agente inteligente combinando las escenas y haciendo el drama en el cual hablan sus actores con su lenguaje *sui generis*. Así

## LECTURAS

que terminan, diríamos que se alejan precipitadamente, como llamados por otro drama que va á tener lugar quinientas leguas más allá. Cuando han desaparecido, la escena queda muda de nuevo, la superficie desierta torna á su silencio y apenas si en las horas de la tarde el viento encrespa ligeramente la superficie de la mansa laguna, que parece cobrar alma bajo su rápido paso y, como serenado el ánimo, una vez restablecida la calma.

En el espíritu de sus habitantes, todo tenía que tomar dimensiones fuera de la común apreciación: la desproporción estaba en el alma de las cosas. La jornada regular era de treinta leguas, los rodeos de quince á veinte mil cabezas, y el límite de la propiedad allí donde alcanzara la vista ó dejaran de pacer sus animales. Las distancias perdían su valor ordinario: el gaucho decía *allicito* para fijar una extensión de muchas leguas; las carreras, que más que de rapidez eran de resistencia, prolongábanse de sol á sol, porque las *partidas* que las precedían, aquellas proverbiales partidas de los gauchos de antaño, duraban tres ó cuatro días. No parecían tener tampoco la noción común del tiempo; necesitaban un mes para hacer lo que otros hacen en un día, no por falta de vigor ó natural poltronería, sino porque en todo *cortan grande*: porque su idiosincrasia es la desproporción, la grandeza en el sentido de latitud; yo diría más bien, de hipertrofia. Los hombres son grandes, altos, tal vez

enjutos pero vigorosos. Don Juan Manuel, era en su tiempo, de un cuerpo excepcional, pero más por su belleza que por su talla. Todos la tenían bien espigada y poseían una musculatura recia, una grande ho-satura<sup>1</sup>, un pecho ancho y generoso. El hábito de mirar lejos, de llevar el cuerpo recto para dominar la distancia, los hacía garbosos y empinados; la columna vertebral no tenía vicios de conformación; obligada á una perpetua rigidez se lanza sin estorbos hacia arriba llevando la talla á las alturas. Por eso parecen, en todo, hechos á imagen y semejanza de aquella madre común tan pródiga de fuerzas é impulsos.

Tan singular naturaleza tuvo también impresiones grandiosas para la imaginación en los dramas á que me refería hace un momento; dramas cuyas emociones hacían condigno *pendant* á las que inspiraba Montegudo y los procedimientos judiciales y políticos de la época, de los cuales él fué un instrumento dócil. Únos y ótros poseyeron un terrorismo propio y peculiar. La nota trágica tuvo entonces su *moda* en el ambiente; fué el temperamento de la sociedad.

No tenéis sino recordar uno de los más terribles. En aquellos tiempos, una *invasión de indios* afectaba en efecto las dimensiones de una tragedia emocionante por lo cruenta y accidentada. El vasto escenario se llenaba de actores y comparsas en proporciones enor-

<sup>1</sup> Palabra, tomada del francés, *ossature*, que significa *osamenta*.—(Nota del Editor).

mes. La noticia corría llevada ¡qué sé yo! por qué agente misterioso de la naturaleza, del viento; á tal punto era de rápida su difusión y de tal manera contagiosa y difusible la profunda emoción que, en doscientas leguas á la redonda, conmovía á todo el mundo. La imaginación popular exaltada por el terror, creía hasta en modificaciones atmosféricas prodrómicas, que el sentido, alucinado, percibía distintamente. Y como algunas veces la colosal cabalgata abarcaba en su marcha muchas leguas de extensión lineal, inmensas nubes de polvo levantaban los cascos de los caballos, las patas del ganado que huía en direcciones caprichosas, dando al horizonte el terrible aspecto de esas colosales tormentas de tierra, que en los veranos muy secos, se alzan amenazadoras en la llanura sedienta. Á esto se agregaba el concurso de colorido que prestan al cuadro ciertos pequeños incidentes del drama. Las precipitadas recogidas que los estancieros, con sus peonadas numerosas, iban haciendo al primer anuncio de invasión, alborotaban la campaña y llevaban el desorden á todas partes. Las haciendas y yeguas, más bulliciosas que nadie, las tropillas y los grandes rebaños confundidos en la precipitada fuga, con los niños y las mujeres á caballo, hacían aún más trágica la escena. En un momento dado, el número de animales llega á una cifra colosal, y el ruido de los cascos de cincuenta ó cien mil de ellos, castigando el suelo en el vértigo de la salvación, levantan un rumor

inmenso y lleno del más profundo horror. El que en la fuga se extraviaba dentro de la infinita extensión, tenía por delante la perspectiva del hambre y del abandono, cuando no de la muerte; porque el desierto sentido así, nunca lo era más intensamente que en ese movimiento de su desolada latitud. Entonces venía la suprema prueba para la voluntad: sin más caballo que el montado, rodeado por todas partes de la muerte á manos de los indios, entre las llamas del incendio ó la asfixia del humo que lo envolvía. No podía irse más lejos en la sensación del horror que con la visión de aquel espectáculo complejo, que sometía la sensibilidad moral á tan fuertes endurecimientos y flagelaciones. La voluntad fustigada así por tales influencias depresivas y vigorizantes alternativamente, que dimanaban de la lucha y resistencia contra tantos agentes hostiles, tenía allí su gimnasia estimuladora; como el hierro y el granito, brotaba chispas al golpe recio de la acción. El carácter se formaba, como si dijéramos, á martillazos, repujado sobre un molde de inflexible firmeza...

De repente, un extenso horizonte de humo y llamas hería la vista. Era que los indios incendiaban los campos. Los pajonales llenos de espadaña y duraznillo ardían como el papel; y como los pastos duros, crecidos en largas espigas, estaban resecaos por la falta de

lluvia, el incendio tomaba muy pronto extensas proporciones, y pocas horas después leguas enteras, envueltas en densas nubes de humo y de fuego, presentaban el más raro y siniestro espectáculo que podía ofrecerse á la imaginación. Cuando el *malón* terminaba y la indiada se había retirado, el inmenso mar ardiendo quedaba dueño del campo, que sólo era recorrido por las llamas; apuradas viajeras que según el viento que soplabá y los accidentes del terreno, tomaban los raros aspectos de grupos humanos ó de fantásticas figuras, que apresuradamente buscaran seres ú objetos preciosos extraviados en la singular batalla.

Otras veces, el incendio éra un hecho voluntario, pero no menos impresionante, porque según la preocupación popular atajaba la invasión y desempeñaba una función de benéfico influjo en la fisiología de los prados. El fuego quemaba los pastos duros, las pajas y *durazmillales* abundantes, cuyas cenizas, aprovechadas por el terreno, modificaban las condiciones germinativas. Montes extensísimos de arbustos y de *talas* especialmente, que ocupaban muchas leguas en las riberas de los ríos, han desaparecido por este extraño sistema de bonificación. En las noches oscuras, se percibía desde largas distancias el imponente y peculiar espectáculo; los incendios se propagaban rápidamente, imponiendo grandes movilizaciones de gente para limitarlos; y era singular observar, no ya los

## ARGENTINAS

hombres que acababan por habituarse, sino los animales mismos en ese momento domesticados por las fascinaciones del fuego y que, reunidos en grupos, pasaban largos ratos mirando con singular curiosidad el ardiente horizonte. Verificada por la indiada, la enorme colecta de animales de todo género, incendiados los campos y saqueadas las poblaciones á cuyo efecto se dispersaban en grupos numerosos, venía la dramática retirada; los unos por recuperar su grande ó pequeña fortuna arrebatada, los otros por defenderla como botín legítimo; quién iba iracundo y desesperado tras la familia cautiva, quién tras la venganza ó arrebatado por el vértigo del miedo á precipitarse en el peligro mismo. Entretanto, el grito que partía de miles de bocas en aquellos coros extravagantes que forman los indios de lanza y las *chusmas* respectivas, al arrear el *vacaje* despavorido ó celebrar el triunfo, agregado á los demás incidentes de la escena, daban al cuadro aquel toque final del maestro, con el cual en un instante de inspiración le infunde de golpe toda la vida que le falta.

Esta nota tan general de violencia y de vigor, la tenían hasta los mismos fenómenos atmosféricos.

Las sequías solían prolongarse hasta un grado de verdadera desolación<sup>1</sup>, y cuando venían las lluvias, el

<sup>1</sup> Las de los años 1830 y 31 son un ejemplo entre otros muchos. Véase el *Mensaje de Rozas* á la Legislatura del año 1832. *Registro Oficial*, año 1832.

## LECTURAS

agua, en furiosas avenidas, desbordaba los arroyos, atorraba las lagunas y cubría de blanco manto enormes extensiones. Durante las sequías grandes, una sensación de ruina y de horror cundía por todas partes, despertando los instintos bravíos del campesino y del indio, irritados por el hambre y la miseria en perspectiva. Y había que sujetarlos á fuerza de sobrehumanas energías. Colosales tormentas de tierra se levantaban tan imponentes, que aun puede uno recoger en la tradición los rastros dejados en la memoria. Era el *pampeiro* que atravesaba airado la llanura en su viaje hacia los trópicos; cuando soplaba así, parecíale á uno que irritado y sediento escarbaba la tierra levantando esos enormes torbellinos que arrasaban con todo. El *pampeiro* toma también de la región su temperamento; es violento é impulsivo, dominador como toda la naturaleza que él vivifica con sus alientos leoninos. Cuando el gaucho, en medio del campo lo siente arrebatado, dícese que se lo imagina como á un anciano robusto y varonil, la mano armada de grueso bastón que tiene del báculo y del caduceo, más para los perros cimarrones del camino que por la decrepitud de sus miembros. Andariego é impaciente, todo salud y nobleza, porque si bien á veces camina huracanado y delirante, también trae lluvias y bendiciones, cuando precedido de un cendal de nubes, viene limpiando la pesada humedad. El calor y la vaga sensación de asfixia, difundidos por el noroeste y el norte en toda la

## ARGENTINAS

cuenca del Plata, se disipan con sus contactos. La naturaleza, fatigada por los efluvios eléctricos que aquellos vientos traen de las planicies ecuatoriales, reacciona enérgicamente y se reanima al sentir la voluptuosa violencia de aquel brazo.

JOSÉ MARÍA RAMOS MEJÍA.

*Del libro Rozas y su Tiempo.*



## "EL GAUCHO"

### I

Viejas selvas seculares  
De mi tierra americana  
Donde en hamacas de liana  
Se amodorrán los jaguares;  
Viejos bosques, familiares  
Sólo al gaucho y á las fieras;  
Intrincadas madrigueras  
Siempre sumidas en sombra,  
Con jazmines por alfombra  
Y techo de enredaderas;

### II

Selvas, en cuyo ramaje  
Palpita aún dolorido  
El estridente alarido

## LECTURAS

Con que del blanco al ultraje,  
Revolcándose, el salvaje  
Agonizaba en las brañas;  
Gritos que vuestras marañas  
Guardaron, como un materno  
Labio, el adiós eterno  
Del hijo de sus entrañas;

### III

Florestas que el corazón  
De mi América alza al cielo  
Como símbolo de anhelo  
Y perpetua adoración;  
Mística, viva oración  
De un misterioso rito,  
Que entre el perfume exquisito  
Que exhalan los incensarios  
De millones de nectarios,  
Se eleva hasta el Infinito;

### IV

Patrios ríos, rumorosos,  
De turbulento caudal,  
Raras sierpes de cristal,  
Que con giros perezosos  
Hendís los bosques frondosos,

## ARGENTINAS

Lastimando entre sus ramas  
Vuestras corazas de escamas;  
Hervidero de centellas,  
Cuando el sol lanza sobre ellas  
La irradiación de sus llamas;

### V

Patrios ríos, que al azote  
Del huracán os airáis,  
Y huís y huyendo arrancáis  
De la costa al camalote,  
Fatal, fantástico bote  
Do el tigre, incauto, se embarca,  
Desventurado monarca  
De la inviolada pradera,  
Que corre á muerte certera  
En tan veleidosa barca;

### VI

Ríos que el Ande desata  
Sobre sus múltiples zonas  
Y engendráis el Amazonas  
El Misisipí y el Plata;  
Los que viendo en catarata  
Vuestra oleada agigantar,

## LECTURAS

Ansias cobráis de luchar,  
Y salís, venciendo tierra,  
Á dar un grito de guerra  
En los dominios del mar;

### VII

Montañas inaccesibles  
Que escala el cóndor tan sólo,  
Y de un polo al otro polo  
Os tendéis inconmovibles;  
Peñascos indestructibles  
Que en desfile sin segundo  
Dobláis al cierzo iracundo,  
Que ante vosotros se arredra,  
Y sois vértebras de piedra  
Del espinazo de un mundo;

### VIII

Montañas que un cataclismo  
De las terráqueas entrañas  
Dió á luz; soberbias montañas  
Que del submarino abismo  
Alzasteis á un tiempo mismo  
Las cabezas altaneras

## ARGENTINAS

Empenachadas de hogueras;  
Audaz legión de titanes  
Que con fuego de volcanes  
Adornaba sus cimeras;

### IX

Andes, que así que crecisteis  
Apagasteis vuestro fuego  
Y nívea clámide luego  
Majestuosos revestisteis;  
Vetustos Andes, que fuisteis  
Asombro de nuestra edad,  
Cuando en vuestra soledad  
Surgió, entre murallas rotas  
Y despojos de patriotas,  
Radiante la Libertad;

### X

Pampero, monstruo en furor,  
Coloso alado y sin ley  
Que del espacio eres rey  
Y de los vientos señor;  
Gigante dominador,  
Que en soberbio desenfreno,

## LECTURAS

Huellas la nube en el seno  
Y al peso de tal afrenta  
La nube airada revienta  
Y te insulta con su trueno;

### XI

Pampero, rudo titán,  
Primogénito de América,  
Que en audaz carrera homérica  
Esparces terror y afán,  
Tal, que corvándose van  
Á tu capricho tirano  
Sabana, pampa y océano;  
Que doquiera que se muestra  
Tu noble frente siniestra  
Se te aclama soberano;

### XII

Pampero, Inca Pampero,  
Legendario compatriota  
Que siempre viste en derrota  
Al mar, al mar altanero  
Y al rayo rápido y fiero;  
Tú que fuiste en el pasado  
El tenaz heraldo alado

## ARGENTINAS

Que gritaba á la conciencia  
De América: ¡Independencia!  
De independencia embriagado;

### XIII

Selvas, ríos, montes, viento,  
Mi alegría y mis amores,  
Desatad vuestros fragores  
Para eco de mi acento;  
Den las aves el concento  
De las hojas y los nidos;  
Los ríos den sus quejidos,  
Y las cúspides glaciales  
Den sus ritmos torrenciales,  
Y el pampero sus bramidos!

### XIV

Y entre el sublime concierto  
De vuestras voces viriles,  
Lejos del mundo y sus viles  
Hervores de cuerpo muerto,  
En el dintel del desierto,  
Agigantado y de pie  
Mi poema cantaré,

## LECTURAS

Selva, ríos, viento y montes,  
Y á lejanos horizontes  
Su música arrojare.

### XV

Moved las arpas, florestas,  
Mirad de quien son los ruegos,  
De aquél, que ya con sus juegos  
Infantiles y sus fiestas,  
Desterró de vuestras siestas  
El triste zumbido eterno;  
De aquél cuyo afecto tierno  
No vió jamás sin congojas  
Revolotear vuestras hojas  
Entre los pies del invierno.

### XVI

Ríos, cantad! Yo os lo pido;  
Yo, que enlacé mis primeras  
Trovas de amor lisonjeras  
Á vuestro dulce sonido.  
Yo, ríos, yo que os he sido  
No amigo—que es poco!—hermano;  
Yo, á quien al surcar ufano  
Vuestras nítidas corrientes,  
Besos de espumas nacientes  
Acariciaban la mano.

XVII

Y vosotros, bardos blancos,  
 Que acordáis vuestro laúd  
 Al diapasón del alud,  
 Que despeñáis por los flancos  
 Á estallar en los barrancos;  
 Vibrad sus cuerdas potentes,  
 Sacudid vuestros torrentes,  
 Viejos Andes! Lo desea  
 Quien remonta con la idea  
 Más allá de vuestras frentes!

XVIII

Y tú, ¿podrás olvidar  
 La añeja amistad, Pampero?  
 Tú que fuiste compañero  
 En la tierra y en el mar  
 De mi continuo girar  
 Tras un fantástico bien;  
 Tú que mi pálida sien  
 Cariñoso desgredñaste;  
 Tú que mi llanto secaste,  
 ¡Canta, Pampero, también!

## LECTURAS

### XIX

Y entre el solemne concierto  
De vuestras voces viriles,  
Lejos del mundo y sus viles  
Hervores de cuerpo muerto,  
De pie en el dintel abierto  
De la Pampa solitaria,  
Canción, endecha y plegaria,  
Haré que mi lira vibre  
El himno del hombre libre  
Y el alarido del paria.

### XX

Canto al gaucho. Es hora ya;  
Que el indómito heredero  
Del indio, el bravo guerrero,  
El noble gaucho, se va.  
Mañana... de él quedará  
Sólo un fantasma sin vida,  
Una sombra desvaída  
Que en la leyenda se oculta,  
Porque la historia le insulta  
Porque la patria le olvida!

### XXI

Ah, cantad! Si Dios ha dado  
El porvenir al profeta,

## ARGENTINAS

Dióle á su vez al poeta  
El dominio del pasado.  
Cantad, cantad! Yo he soñado  
En las alas de la fama!  
Lo grande mi mente inflama!  
Y sé de llanto y cariño  
Todo un mundo, y desde niño  
Sé que la gloria me ama!

### XXII

Soy el bardo! Y me levanto  
Á cumplir el ministerio  
Del bardo, con el misterio  
Indefinible del canto!  
Vibrad vosotros, en tanto,  
Sin cesar. El Dios que adoro,  
Al darme la lira de oro,  
Sembró en mi mente esta idea.  
Cantemos, pues, y que sea  
Mío el himno y vuestro el coro.

### XXIII

Oh! y si á través de la historia  
Gime una sombra quimérica;  
—¡La que en el drama de América  
Fué la carne de la gloria!—

LECTURAS

Si hoy, sin premio ni memoria,  
La pobre sombra se pierde...  
Si no hay quien de ti se acuerde...  
Noble patria! ahí va el poeta  
Á coronar tu silueta  
Con el laurel siempre verde.

RAFAEL FRAGUEIRO.

Prólogo del poema dramático.

## LA EMBOSCADA

LAS líneas atrincheradas de los paraguayos quedaban muy cerca de donde yo estaba acampado con mi batallón, haciendo un servicio de avanzada permanente.

Aquí, á la inversa de lo que sucedía en Tuyutí, el 12 de línea cubría y vigilaba el flanco izquierdo del ejército.

Nos faltaba solamente la guerrilla franca de Ayala, tan experto para batirse en orden abierto, como sereno cuando se trata de hacer «pata ancha» en orden cerrado.

En vez de ella — ¡cuánto la echábamos de menos! aunque no nos permitiera dormir sino con un ojo — teníamos un *estero* estrecho; pero profundo y traidor, lleno de plantas acuáticas enmarañadas, que hacían difícil y peligrosa su vigilancia, siendo, como eran, un escondite seguro.

## LECTURAS

El estero ese, arrancaba de la derecha del enemigo, la envolvía, serpenteaba, y luego corría hacia el fondo, ó sea la retaguardia, siempre por nuestra izquierda.

Cuando llovía mucho, se desbordaba; pero, generalmente, tenía aproches accesibles, formados por una lonja de tierra sólida, paralela á su curso, que la tropa llamaba el «albardón.»

De aquel lado, del lado de Tuyutí, el servicio de vigilancia era diurno.

Por la noche, las grandes guardias se retiraban; así es que, todas las mañanas, había guerrillas, tan fuertes á veces, que eran verdaderos combates.

Nosotros—brasileños y argentinos—teníamos que triunfar, y triunfábamos siempre.

Verdad es que el enemigo no comprometía nunca muchas fuerzas.

En dos palabras, todos los días, al rayar la aurora, había que disputar palmo á palmo el terreno abandonado la víspera, al ponerse el sol.

Ya se sabía que, al amanecer, tenía que haber tiros por la izquierda.

Se había hecho una costumbre pelear por allí.

Esos buenos días, á balazos, era la briosa caballería argentina ó río-grandense la que se los daba al enemigo.

Éste, hambriento, salía casi todas las noches de sus líneas, para merodear por el terreno ocupado durante el día por nosotros—limpiándolo de cuanto

desperdicio dejaban nuestros soldados — á punto que ni los huesos pelados despreciaban. ¡Cómo estarían de famélicos, cuando hasta nuestras heces podían servirles de alimento

Á veces, *pillaban* alguna *pava*, olla, ó asador que adrede dejaban nuestros soldados, calculando, que, si al día siguiente habían de almorzar allí, no valía la pena llevarse todos aquellos trebejos á sus reales.

Mi vigilancia, como se concibe, tenía que ser grande durante la noche.

Colocaba, pues, á lo largo del estero, en el albarcón, en cuanto no se veía luz, un cordón de centinelas, distantes únos de ótros lo bastante para que se oyeran sus señas: las palmaditas de ordenanza.

Así se deslizaban los días, sin que pudiera decirse no que eran iguales ni que se parecían.

Las inquietudes eran en el centro, en el flanco derecho del ejército y por Tuyutí — todo ello debido á la topografía de las posiciones respectivas.

No quiere esto decir que nosotros durmiéramos sobre un lecho de rosas.

Peligro grande no había, pero estábamos muy cerca y la imaginación nos trabajaba, haciéndonos pensar en una sorpresa posible.

Por la noche, se sentían en el estero extraños ruidos. Algunos veían fantasmas.

Cada centinela contaba al día siguiente, en el fo-

gón, lo que había visto y oído, y lo que no había visto ni oído.

Los ejércitos están llenos de leyendas, y es por eso que una de las cosas más difíciles de escribir es la historia de una guerra. Á corta distancia, como dice el general Thoumás, las diferentes relaciones de un mismo hecho, referido por varios testigos oculares, son casi siempre contradictorias.

El soldado A, había visto un tigre, entre las malezas del estero; el soldado B, un *lampalagua*; éste, una víbora de cascabel; aquél, un lobo; el otro, un carpincho; varios, una porción de cabezas humanas flotando sobre las aguas. Eran las almas de algunos paraguayos ahogados en el misterioso estero... decían.

Yo recorría todas las noches, personalmente y solo, mi cordón de centinelas, montando un *petizo en pelos*.

Una de esas noches, recuerdo que hacía mucho frío y que el cielo estaba encapotado, tomé una botella de caña y me fuí á hacer lo de costumbre.

Siendo reconocido, pasé sin dificultad por delante del primer centinela, callado, y así sucesivamente llegué hasta el último. Hablé con él de broma, era mi estilo; le dí á beber un buen trago, volví sobre mis pasos, hice lo mismo con el otro centinela, y seguí *taloneando duro al petizo* que era muy lerdo, pues no llevaba látigo, ni espada, arma alguna. (!!)

En la guerra acaba uno por familiarizarse con todo—hasta con el peligro. Es un juego como cual-

quier otro. El valor mismo suele ser, más que real, teatral.

Cuando me hallaba á la mitad del intervalo entre un centinela y otro, de repente, y simultáneamente, oí un tiro de fusil y un grito: ¡los paraguayos!

La obscuridad era casi completa; se había levantado una niebla espesa.

Tiro acá, tiro allá, ¡los paraguayos! nada más se oyó, y todo pasó como un relámpago...

Un momento después, un grupo de centinelas rodeaba mi *petizo*, y como todo había quedado en profundo silencio, no se me ocurría qué podía haber sido aquello.

Hablo con los centinelas, mientras me apresuraba á hacer con un haz de pasto seco, teniendo fósforos en el bolsillo, una antorcha para iluminar un poco el horizonte, y, antes de que estuviera hecha, llega otro centinela que me saca de dudas.

Los paraguayos habían venido por el estero, con el agua hasta las narices, como anfibios; se habían quedado quietos *aguaitando*, frente á uno de mis hombres, y, saliendo de improviso, un instante después de haber pasado yo de regreso, por delante de él, de haberle hablado y dado de beber, se lo habían materialmente robado, huyendo á la otra banda del estero, donde, sin más que pasar, estaban salvos.

Era un soldado catamarqueño, llamado Ahumada. Volví al campamento, en el que se había produ-

## LECTURAS

cido una pequeña alarma; pero, un momento después, habiendo relevado á los centinelas, sin más novedad, todo el mundo roncaba.

¿Ó se imaginan ustedes que en los ejércitos, frente al enemigo, porque se está cerca de él, se acuesta úno con el Jesús en la boca, y no es posible pegar los ojos?

No; se duerme perfectamente, mejor que en blanda cama. Los lechos duros tienen esa virtud. Por otra parte, el soldado duerme á caballo, y hasta caminando, llueva ó no. El sueño, es, sin duda, despótico; pero es más eficaz que gritarle á un soldado que duerme después de sus fatigas:—¡Eh! levántese pronto que ahí está el enemigo! decirle:—¡Eh! levántese pronto, amigo, que lo llama el mayor.

El temor de la muerte puede menos que la disciplina. Así, los ejércitos disciplinados se baten siempre bien. Por eso, ya lo he dicho en otra parte: el valor colectivo es la disciplina.

Al día siguiente, en los fogones, no se hablaba sino del pobre catamarqueño, robado por los paraguayos y de mi escapada; y los soldados que decían haber visto algunas veces, sin ser creídos, cabezas humanas flotando en el estero, murmuraban: «Y mientras tanto se reían de nosotros. No eran malas almas las que por ahí andaban. ¡Pobre! *ño* fulano. Mirá, ché, si se lo llevan al comendante ¡qué barullo!»

Racedo era mi mayor, y yo tenía plena confianza en él. Ya revelaba entonces las dos cualidades de hombre de guerra que lo distinguen: una intrepidez serena y un ojo seguro sobre el terreno, es decir, una especie de doble vista para calcular, en presencia de lo que está pasando, lo que debe suceder.

Á más de la confianza que me inspiraban esas dos cualidades, nuestras relaciones privadas eran cordiales: podía, pues, sin inconveniente alguno, manifestarle lo que me contrariaba la pérdida de aquel centinela, así arrebatado, y el deseo que tenía de que los paraguayos cayeran, á su vez, en una trampa mía.

Hablé con él, y concertamos la *revancha*.

¿Quién lo había observado? No lo sabré decir ahora. Hay en toda asociación humana, en un cuerpo militar sobre todo, un ojo anónimo á cuya perspicacia nada escapa. Pero el hecho es que un día se dijo: los paraguayos vienen á *pilchar* siempre que la luna nueva los favorece. Así era en efecto. Racedo lo sabía.

Le ordené que pasara á la otra banda del estero y que inspeccionara bien el terreno.

Así lo hizo.

Elegió un descampado circular, en cuyo centro había un árbol corpulento, de copa muy esparcida. De aquel anfiteatro, flanqueada de arbustos de todo género, partía una senda, que se ensanchaba á medida

que iba al enemigo, formando la figura de un ángulo agudo ó de triángulo, cuya base estuviera en las fortificaciones paraguayas.

Al pie de ese árbol resolví que se colocara una mina.

Racedo la colocó ingeniosamente, yendo con él Mauricio Máyer.

Un hilo la ponía en comunicación con un cuarto de carne, que pendía, al parecer, de una rama. Por la noche, la ilusión tenía que ser completa. El cuarto de carne parecería enganchado en una horqueta...

El menor tirón para descolgarlo, era la muerte de los paraguayos que se agruparan alrededor del árbol.

La tropa, mandada por Racedo, á quien como mayor no debía privarle de los honores de la empresa, pasaba en silencio á cierta hora de la noche, sin hacer más ruido que el inevitable para vadear el estero.

Iban sólo con capote, cada vez una compañía, y no llevaban cartuchos.

*Á la bayoneta!* debía ser el golpe, una vez que estallara la mina...

Ningún paraguayo podía escapar, si entraba en el círculo fatal.

Mis soldados, no, nuestros soldados, estaban apostados en cuclillas entre las malezas, empuñando sus fusiles. Racedo y los oficiales, sus espadas. No se oía más que el canto de las aves agoreras, el susurro de

## ARGENTINAS

la brisa y el zumbido de los insectos rastreros y voladores.

Los emboscados, silenciosos, alzaban la vista al cielo, como interrogando sus misterios; las bayonetas y las espadas brillaban tanto como las estrellas. Cada cual apretaba nerviosamente sus armas, y se decía en su interior, conteniendo la respiración al más leve ruido: ¡ya vienen!

¡Qué momentos aquéllos!

LUCIO V. MANSILLA.



## LA MINA

USTEDES, caballeros, los que no conocen á los militares sino de vista ó de lejos, en una palabra, los que no los conocen (¿ó conocer de vista ó de lejos es conocer?), ignoran que un soldado es un *homo duplex*, que bajo esta máscara, que imprime arrugas prematuras, y estos galones, esta casaca, que obliga á caminar de un modo, al parecer aita-nero — modo, que llega á ser como una segunda naturaleza — se oculta tanta sensibilidad, tanta ternura, tanta *bonhomía* y tanto sentimiento estético, que hay como para dar y prestar á esa falange presuntuosa, que todo lo juzga por las exterioridades, que en su vida, sabrá lo que es una idealidad!

Yo he visto en los campamentos, en las marchas, en las batallas, escenas de amor, rasgos de ternura, actos generosos, como no los he visto en los salones, en el hogar, en la sociedad.

## LECTURAS

La vida pública, la vida doméstica, la vida íntima, de la gran familia militar, cuando se vive en ella honradamente, aspirando, realiza en la práctica la poesía de deber.

Los ejércitos reflejan así, toda la civilización y toda la cultura del pueblo que los organiza. Tienen su fisonomía y su alma. Son más ó menos disciplinados, más ó menos instruídos ó técnicos, más ó menos morales.

Pero siempre son una escuela en la que el hombre aprende á respetar las virtudes fuertes, la integridad y el desinterés, la hidalguía y el valor... la abnegación.

Más aun, los ejércitos son una especie de asociación de socorro mutuo, en la que « lo tuyo y lo mío » se confunden, en la que el *altruismo* es la regla, el egoísmo la excepción.

Porque, para decirlo todo de una vez:

«... La milicia no es más que una  
religión de hombres armados.»

Y ¡oh poder de la disciplina! dentro de esa religión, el hombre es alternativamente hermano, hijo y padre, según los progresos de la carrera, y la aspiración de ascender no despierta en el alma del soldado sino nobles estímulos, siendo excepcionales las envidias ruines.

Ved cuánta belleza moral hay en esto. La orden del día os declara, después de la batalla «héroe», y os asciende, y el que ayer os mandaba tiene que obedeceros y os obedece y os respeta, nada se altera.

Naturalmente, como en todo lo que es humano, hay en la familia militar pequeñeces y miserias, desalientos y tristezas, y la injusticia suele conmoverta hasta la indignación. El eslabón parece expuesto á romperse. Pero qué! el deber, es vínculo misterioso, cuya liga es la disciplina, lo mantendrá intacto. «Marchad», os dirá el que no ha reconocido vuestros méritos; «obedeced», y marcharéis y obedeceréis, y marchando y obedeciendo... buscando la muerte, hallaréis la inmortalidad en la memoria de vuestros conciudadanos.

En la gran epopeya de la humanidad, los primeros han sido siempre soldados. ¡Cómo no amar y admirar entonces al ejército! ¡Cómo no interesarse en su suerte! ¡Cómo no anhelar que su condición mejore cada día, y que si el país camina... él progrese también!

¿No es él, el que permanentemente tiene empuñada la bandera de la patria?

¡Qué feliz es úno, cuando se encuentra bajo las banderas! Los mejores días de mi vida, los he pasado en el campamento. Soy un pecador empedernido. Allí vivía como un santo... allí comprendí al pueblo-

rey, esa gloria que tanto amaban los romanos, esa causa de su grandeza temporal, ese *vicio*, que, como dice San Agustín, domina vicios mayores.

En la época á que me refiero, Racedo era mi subalterno—y esto, si lo queréis entender bien—será preciso que os toméis la molestia de echar una mirada retrospectiva hacia la última *Causerie* que os dirigí, denominándola «La emboscada».

Racedo dormía, yo velaba. Era necesario que él descansara, porque á cierta hora, yo vendría del cuartel general, donde pasaba largas horas hablando... de todo, y dirigiéndome á su hamaca, le diría en voz baja, moviéndolo cariñosamente, para que no se despertara sobresaltado:

—Racedo, ya es hora.

Racedo tenía entonces el sueño liviano; como que no era ministro, aunque lo hubiera soñado. Pero era como un sonámbulo inconsciente, porque aunque estuviera de pie, no estaba despierto del todo. Yo lo sabía; así es que lo manipulaba bien, antes de decirle lo que había que hacer.

Aquí me acuerdo de algo muy cómico que pasó un domingo, no estando el oficial de servicio familiarizado con los fenómenos del sueño del *Mayor*.

Era la diana. Le piden órdenes. Hacía un frío del diablo. Las da. Un momento después, dando diente con diente, va á presidir la lista, y viendo blanquear la tropa, entre las sombras del crepúsculo, pregunta:

—¿Qué es eso medio blanco que se ve?

—Son las compañías.

—¡Cómo las compañías!

—Sí, señor.

—¡Pero y qué! ¿están con uniforme de verano?

—Sí, señor.

—Pero, ¿quién ha ordenado eso? responde con fastidio.

—Usted, señor.

—¡Yo!

—Sí, señor.

—Pero, ¿cuándo...?

—Hace un momento; cuando le pedí á usted órdenes, señor.

Racedo comprendió, y repuso:

—Bueno, señor oficial; otra vez, cuando usted me pida órdenes, me las pedirá tres veces, y no cumplirá sino la última.

.....

La mina estaba preparada, como ya lo expliqué. Pero los paraguayos no venían. ¿Vendrían? ¡Cómo saberlo! El que espera, desespera, y desesperábamos; pero era necesario pasar todas las noches de aquel lado del estero, y Racedo pasaba con el agua á la cintura.

Antes tenía que llegar yo, y llegaba.

—¡Racedo!

—¡Eh!

— ¡Ya!

— ¡Eh! eh!

— Ya es hora... son las doce. Y lo movía y lo removía.

Y él ya estaba de pie y me miraba.

— ¿Está despierto?

— ¡Eh!

— ¿Si está despierto?— le pregunto.

¿Fruncía el ceño, como cuando se expresa que se ha entendido? no lo sé todavía, porque no lo veía bien en la obscuridad. Pero tenía mi indicante, y era que se ciñera la espada y que dejara de dar vueltas maquinalmente.

Entonces le repetía:

— Le pregunto si está despierto.

— ¿Cómo no? sí, ahora sí.

— Bueno; ¿cómo siempre, no?... son las doce.

Él iba á las cuerdas y daba sus órdenes, turnándose las compañías.

Reinaba un profundo silencio. No se oían, de intervalo en intervalo, más que las palmas de los centinelas, y uno que otro rumor lejano. No se veía más que tal cual fogón, medio tapado, de los cuerpos de guardia, avanzados, tanto en nuestro campo como en el del enemigo. Todo el mundo dormía..

.....

Aquellos bultos grises desfilaron.

—¡Que les vaya bien! mucho silencio— les dije—  
y me quedé en expectativa lleno de emoción.

Pasaron sigilosamente.

Estaban del otro lado. Sentía que apartaban las malezas, y con el pensamiento los vi llegar é instalarse alrededor de la mina.

.....

.....

Imaginaos un círculo y un punto en el centro. El círculo es la tropa, el punto es la mina.

Todavía tenéis que imaginaros algo más; dos radios que se abren á medida que se prolongan, en dirección al enemigo. Es el camino, y no otro, por donde han de venir los paraguayos.

Nadie habla. Todos sienten. Todos se dicen: «ahí vienen.» La sangre redobla su circulación, y el corazón late con más fuerza.

La luna comienza á dejar ver su disco de plata, y un fulgor tenue ilumina el cuadro.

Los paraguayos vienen, en efecto. Es un pelotón. Conforme avanzan, entrando en la senda, para mero-dear, el pelotón se organiza, y afecta por grados la forma de un triángulo, de un embudo, de una cuña, como queráis, cuyo vértice es la mina, ó sea el centro del círculo.

Un perro los acompaña, haciendo con el olfato la descubierta; de cuando en cuando se detiene, y los paraguayos, también. Husmea, poniendo el rabo de-

recho. Sigue. Los paraguayos siguen. Llega y se detiene una vez más, sorprendido. Un soldado nuestro está ahí, á la entrada del círculo.

—¡Pichicho, pichicho!— le dice.

El perro mueve el rabo, y se lanza á todo correr sobre el cuarto de carne, que pende del hilo que debe hacer reventar la mina.

Momento solemne.

El fusil estalla.

La mina, humedecida por los días que hacía estaba cargada, se *chinga*.

Un tiro.

Una de tiros del demonio, que se cruzan, saliendo de todos los puntos del círculo. Racedo se salva milagrosamente. Los paraguayos no entran en el círculo, huyen. No hay más que un muerto y una lección.

El muerto es el perro.

La lección; que en la guerra, las órdenes deben repetirse siempre, y asegurarse de que no fallarán por esas desinteligencias, que suelen ser efecto del convencimiento que se tiene de que se ha hecho lo prevenido.

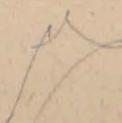
Lo prevenido era, en este caso, que no se pasaría el estero con municiones; que todo había de ser al arma blanca. Pero la tropa, aunque no llevaba municiones, tenía los fusiles cargados; y cuando se oyó el estallido del fusil de la mina, sin que nadie man-

ARGENTINAS

dara «fuego» todo el mundo hizo fuego; y todo el mundo corrió el mismo peligro, por la formación en que se encontraban, y todos salieron, por fortuna, ilesos; pero con este convencimiento, que una emboscada y una mina no se deben eternizar.

.....

LUCIO V. MANSILLA. 2760

  
Con la Recuerdo madra...



## QUIROGA

EN las creencias populares, con respecto á Quiroga, hallé un enemigo fuerte á quién combatir; cuando digo populares, hablo de la campaña, donde esas creencias habían echado raíces en algunas partes, y no sólo afectaban á la última clase de la sociedad. Quiroga era tenido por un hombre inspirado; tenía espíritus familiares que penetraban en todas partes, y obedecían sus mandatos; tenía un célebre *caballo moro* (así llamaban al caballo de un color gris), que á semejanza de la sierva de Lertorio, le revelaba las cosas más ocultas, y le daba los más saludables consejos; tenía escuadrones de hombres, que cuando los ordenaba se convertían en fieras, y otros mil absurdos de este género. Citaré algunos hechos ligeramente, que prueban lo que he indicado.

Conversando un día con un paisano de la campaña, y queriendo disuadirlo de su error, me dijo: *Señor, piense usted lo que quiera, pero la experiencia de años nos enseña, que el señor Quiroga es invencible en la gue-*

*rra, en el juego, y bajando la voz, añadió, en el amor.*

.....

Como era consiguiente, me eché á reir con muy buenas ganas; pero el paisano ni perdió su seriedad, ni cedió un punto de su creencia.

Cuando me preparaba para esperar á Quiroga, antes de la Tablada, ordené al comandante don Camilo Isleño, de quien ya he hecho mención, que trajese un escuadrón á reunirse al ejército, que se hallaba á la sazón en Ojo de Agua, porque por esa parte amagaba el enemigo. Á muy corta distancia, y la noche antes de incorporármeme, se desertaron ciento veinte hombres de él, quedando solamente treinta, con los que se me incorporó al otro día. Cuando le pregunté la causa de un proceder tan extraño, lo atribuyó á miedo de los milicianos, á las tropas de Quiroga. Habiéndole dicho que de qué provenía ese miedo, siendo así que los cordobeses tenían dos brazos y un corazón como los riojanos, balbuceó algunas expresiones, cuya explicación quería absolutamente saber. Me contestó que habían hecho concebir á los paisanos, que Quiroga traía entre sus tropas cuatrocientos *Capiangos*, lo que no podía menos que hacer temblar á aquéllos. Nuevo asombro por mi parte, nuevo embarazo por la suya, otra vez exigencia por la mía, y, finalmente, la explicación que le pedía. Los *Capiangos*, según él, ó según lo entendían los milicianos, eran unos hombres que tenían la so-

brehumana facultad de convertirse, cuando lo querían, en ferocísimos tigres, y *ya ve usted*, añadía el candoroso comandante, *que cuatrocientas fieras lanzadas de noche á un campamento, acabarán con él irremediabilmente*. Tan solemne y grosero desatino no tenía más contestación que el desprecio, ó el ridículo; ambas cosas empleé, pero Isleño conservó su impasibilidad, sin que pudiese conjeturar si él participaba de la creencia de sus soldados, ó si sólo manifestaba dar algún valor á la especie, para disimular la participación que pudo haber tenido en su deserción: todo pudo ser.

Un sujeto de los principales de la Sierra, comandante de milicias, Güemes Campero, había hecho toda la campaña que precedió á la acción de la Tablada, con Bustos y Quiroga; vencidos éstos, se había retirado á su departamento, y después de algún tiempo que se conservó en rebeldía, fué hecho prisionero y cayó en mi poder. No tuvo más prisión que mi casa, donde se le dió alojamiento, sin más restricción, que no salir á la calle; por lo demás, asistía á mi mesa; y comunicaba con todo el mundo. Un día, estando comiendo, algunos oficiales tocaron el punto de la pretendida inteligencia de Quiroga con seres sobrehumanos, que le revelaban las cosas secretas, y vaticinaban lo futuro. Todos se reían, tanto más, cuanto Güemes Campero, callaba, evitando decir su modo de pensar. Rodando la conver-

sación, en que yo también tomé parte, vino á caer en el célebre *caballo moro*, confidente, consejero, y adivino de dicho general. Entonces fué general la carcajada y la mofa, en términos, que picó á Güemes Campero, que ya no pudo continuar con su estudiada reserva; se revistió, pues, de toda la formalidad de que era capaz, y tomando el tono más solemne, dijo: *Señores, digan ustedes lo que quieran, rían cuanto se les antoje, pero lo que yo puedo asegurar, es que el CABALLO MORO se indispuso terriblemente con su amo, el día de la acción de la Tablada, porque no siguió el consejo que le dió, de evitar la batalla ese día; y en prueba de ello, soy testigo ocular, que habiendo querido poco después del combate, mudar caballo y montarlo (el general Quiroga no cabalgó el «moro» en esa batalla), no permitió que lo enfrenasen por más esfuerzos que se hicieron, siendo yo mismo uno de los que procuré hacerlo, y todo esto, era para manifestar su irritación por el desprecio que el general hizo de sus avisos. Traté de aumentar algunas palabras para desengañar aquel buen hombre, pero estaba tan preocupado, que me persuadí que era, por entonces, imposible.*

En vista de lo que acabo de decir, y de mucho más que pudiera añadir, fácil es comprender cuanto se hubiera robustecido el prestigio de este hombre no común, si hubiese sido vencedor en la Tablada. Las creencias vulgares, se hubieran fortificado hasta tal

punto, que hubiera podido erigirse en un sectario, ser un nuevo Mahoma, y en unos países tan católicos, ser el fundador de una nueva religión, ó abolir la que profesamos. Á tanto, sin duda, hubiera llegado su poder, poder ya fundado con el terror, cimentado sobre la ignorancia crasa de las masas, y robustecido con la superstición, una ó dos victorias más, y ese poder era omnipotente, irresistible. Adviértase que esa victoria que no obtuvo, le hubiera dado una gran extensión á su influencia, y que si antes, además de la Rioja, la ejercía en algunas provincias solamente, entonces hubiera sido general en todo el interior de la República.

La derrota de la Tablada quebró de un modo muy notable ese prestigio, que le daba la más bárbara superstición. Cuando volvió para ser otra vez derrotado en Oncativo, ya no se habló más del *caballo moro*, ni de espíritus familiares; pienso también que los jugadores y el bello sexo, pudieron creerse á cubierto de su irresistible poder. Por estas razones, he creído siempre, que la victoria de la Tablada fué de una importancia política, que jamás se ha apreciado bastante. Mediante élla, dieron aquellos pueblos un paso muy avanzado hacia la civilización, cuando sin élla hubieran retrocedido á la más estúpida barbarie, y al despotismo más tenebroso.

JOSÉ MARÍA PAZ.



## BLANCO, ROJO Y NEGRO

QUIROGA estaba una mañana en su campamento en las inmediaciones de Córdoba, cuando una de sus partidas exploradoras llevó á su presencia prisionero al sargento Pedro Rosales, «bombero» ó explorador también del general Paz, que lo había enviado, conociendo por experiencia su astucia y sagacidad para que observara los movimientos del enemigo y se los comunicara.

Pero el sargento Rosales tuvo la desdicha de caer en manos de los exploradores del terrible caudillo riojano, quien al verle, increpóle furioso, de este modo:

— Conque *vos sos* uno de los espías traidores que tiene conchabados *el manco salvaje*? Y luego, dirigiéndose á su gente, prosiguió: Llévelo no más y degüello para que aprendan los otros pícaros como él.

Rosales no pudo contener la indignación al verse insultar en tal guisa, y repuso altivamente:

## LECTURAS

— General, usted puede mandarme matar si le da la gana, pero he de decirle que yo no soy un espía infame como usted dice, sino su enemigo y que he tratado de aventajarlo en cuanto he podido.

Aí oír esta severa contestación, alzó Quiroga su rebenque para descargarlo sobre la cabeza de Rosales, pero, éste, antes que el golpe le llegara, sacó un facón que llevaba en una bota, y dió con alma y vida un planazo en el pecho del caudillo, exclamando:

— *Tomá* canalla, yo no sé matar cobardes!

Dominado Quiroga por tanto valor y audacia, replicó á su vez:

— Y yo no sé matar valientes; llévense á ese hombre, denle de comer, y después que se vaya donde quiera!

\* \* \*

No fué esta la única vez que el valor y la sangre fría de un adversario le tocaba el corazón. Cuéntase que entrando en Río IV, cayó en su poder el famoso y leal coronel Barcala, héroe negro, pero más pun-donoroso y valiente que muchos blancos. Llamado por Quiroga se presentó tranquilo. El vencedor le preguntó:

— ¿Y qué haré yo ahora con usted?

El bizarro moreno no despegó los labios, y el *Ti-*

## ARGENTINAS

*gre de los Llanos*, como le llamaban entonces, volvió á interrogarle así:

— Vamos á ver: ¿qué habría hecho usted conmigo si me hubiera tomado prisionero?

Á lo que el intrépido Barcala contestó inmediatamente:

— Yo, fusilarlo.

Sorprendido y admirado Quiroga por tal franqueza, le perdonó también la vida y lo hizo poner en libertad.

Del tomo II *El Alma Argentina*, en preparacion.



## EL NIDO DE BOYEROS

Yo conozco en las islas un arroyo  
Eternamente límpido y sereno,  
Que parece, tendido entre los sauces,  
Larga cinta de acero.

Sonríen al pasar todas sus aguas  
Del *camalote* azul bajo el reflejo,  
Y del rosal silvestre se iluminan  
Al cárdeno destello.

En la vecina estancia hay una niña  
De trece años lo más, quizá de menos,  
Muy dada á pasear por el arroyo  
Tranquilo de mi cuento.

Se le ve en la canoa (una canoa  
Pequeña y blanca, con filetes negros),  
Reclinada en la popa, y con la pala  
Que le sirve de remo.

## LECTURAS

Unas veces, bogando lentamente  
Por la margen, la lleva su deseo  
Á elegir una flor, y va regando  
Las aguas con sus pétalos;

Ótras, impulsa con vigor la pala,  
Quedan detrás girando mil hoyuelos,  
Y al aire se desatan en manojos,  
Sus lúcidos cabellos.

Perturban el silencio de las islas  
Sus gritos y sus risas, que los ecos  
Con musical cadencia desparraman  
Vibrantes á lo lejos.

Fatigada abandona, destilando,  
Sobre la falda atravesado el remo;  
Y tal, semeja un cisne que dispone  
Las alas para el vuelo.

Suele verme al pasar, y me amenaza,  
Fingiéndose enojada, con el dedo;  
Del recodo inmediato, vuelve el rostro  
Y me grita: «¡hasta luego!»

Pero ayer sucedió que, mientras iba  
Buscando sombras para el sol de enero,  
Vió colgado á un laurel, sobre las aguas,  
Un nido de *boyeros*.

ARGENTINAS

Era hermoso, en verdad: resplandecían  
Las fibras del cardón en largo cesto,  
Y al rumor del laurel se columpiaba  
Con la igualdad de un péndulo.

La niña, puesta en pie sobre la popa,  
Tendió los brazos á bajarlo en ellos,  
Pero desvióle el nido una imprevista  
Trepidación del viento.

Ya las mangas caídas, los desnudos  
Mórbidos brazos levantó de nuevo,  
Y, balanceada entonces la canoa,  
La derribó en su asiento.

Irguióse al punto, en actitud airada,  
Golpeóla fuerte el corazón el pecho,  
Y alzó la pala á derribar el nido,  
Con implacable ceño.

Sobre la copa del laurel, un ave  
Negra y brillante, reposó su vuelo;  
Y por todas las islas resonaron  
Los cantos del boyero.

Llevó la joven al cantor los ojos,  
Bajó la pala y escuchó en silencio...  
¡Qué intensas van las amorosas notas  
De las niñas al seno!

## LÉCTURAS

Oyó después, cuando callada el ave,  
Embebecida se quedó un momento,  
Salir del nido un delicioso y blando  
Susurro de polluelos.

— «¡Ah, no duermen!» se dijo, y con la pala  
Ingenuamente se entregó á mecerlos..  
Pero vióme de pronto y encendida  
Abandonó su empeño.

Sucede desde ayer que mi vecina,  
Al volver lentamente de regreso,  
No me quiere mirar, ni me amenaza,  
Como antes, con el dedo.

Es inútil negarme tus miradas,  
Valiente remadora de ojos negros,  
No dormirás ya en paz, porque conoces  
El nido de *boyeros*.

RAFAEL OBLIGADO.

## LOS GEMELOS DE LA GLORIA

**A**MBOS nacieron en Buenos Aires en 1801. No se conocían, pero en 1814, á los trece años de edad, sentaron plaza á un mismo tiempo como cadetes en el famoso escuadrón de Granaderos á Caballo, formado con tanto genio y disciplina por el general San Martín. Con él pasaron á Tucumán, y en la vida de patria que se hacía entonces se hicieron hermanos, sin sospechar que la gloria los cobijaba maternalmente. Juntos escalaron la épica muralla de los Andes, juntos combatieron en las mismas batallas, desde Chacabuco hasta la independenciam total de nuestra América; contribuyendo con su heroísmo á nuestra libertad, así como á la de Chile, Perú, Ecuador, Colombia y Bolivia. Juntos pelearon en la tremenda batalla de Junín, y el úno rescató al ótro de las garras de los realistas que lo tenían prisionero, haciendo, para conseguirlo, prodigios de audacia y de

valor. Llegaron al mismo grado militar. La desconfianza de Bolívar los desterró á un mismo tiempo del Perú. Volvieron á la patria pobres y descorazonados, pero dispuestos á servirla. Lucharon por élla contra el Brasil. Lucharon por élla contra Rozas, y cuando su tiranía se entronizó incontrastablemente, juntos emigraron á Montevideo.

Allí, por varios años sufrieron las penurias propias de la emigración, y en 1845 el úno y en 1846 el ótro, sin llegar á un año de distancia, fallecieron los dos. En una misma tumba fueron enterrados. Durmieron así, hermanados, aún en el sepulcro, el sueño de la paz y del olvido durante treinta y tres años, hasta que en 1879, por iniciativa del Presidente Avellaneda, fueron reimpatriados sus restos. El gobierno oriental les tributó, al embarcarlos en la nave argentina, los mismos honores.

El Poder Ejecutivo nacional, el ejército, y el pueblo entero, fueron á recibir al muelle aquellos despojos, y juntos fueron conducidos al último hogar del hombre y albergados en el seno de su tierra natal, ya consagrados héroes por la historia y defendidos de la corrupción de la ingratitud humana por las alas de lumbre de la gloria.

Uno de ellos se llamaba Isidoro Suárez, y el otro José de Olavarría.

## DISCURSO

**E**L respeto de una República, grande por sus antecedentes históricos y por los destinos que le ha señalado la Providencia; nobles expansiones y melancólico recogimiento; recuerdos de gloria militar y reflexiones filosóficas: todas estas impresiones diversas se condensan sobre una urna que guarda los restos de dos héroes. De las cenizas que ella encierra sólo puede desprenderse materialmente polvo; pero de aquella generación que el tiempo ha reducido á polvo, nacieron las repúblicas americanas con las condiciones necesarias para incorporarse al movimiento de la humanidad.

La gloria de San Martín y de Belgrano, de Suárez, Olavarría y Necochea, de los bravos guerreros de la emancipación, sólo puede calcularse por la extensión del continente que libertaron. La altura de sus proezas militares, sólo puede medirse por la ele-

## LECTURAS

vación de los volcanes en cuyos fuegos templaban el filo de sus espadas. Grandes en sus designios, arrancaron á las restricciones coloniales los territorios, los ríos y los mares de la América Meridional, para entregarlos á los progresos de la civilización y á todas las simpáticas amplitudes de la libertad.

¡He ahí las expansiones que se producen cuando la figura ó los despojos mortales de algunos de aquellos héroes desfilan á la vista de los pueblos emancipados!

Las jornadas de Chacabuco y Maipo, pedestales de la libertad americana, no pueden evocarse sin que vengan á la mente las evoluciones en que Suárez y Olavarría hicieron sus primeros esfuerzos de intrepidez y de arrogancia.

Las ásperas campañas que devolvieron la independencia al Perú, no podrán despejarse sin exhibirlas valientemente en los risueños valles de aquella tierra, en la soledad de sus desiertos ó sobre los escabrosos desfiladeros que sirvieron de atrinchamientos á los obstinados defensores de la monarquía.

En las inmortales batallas de Junín y de Ayacucho contribuyeron á fijar los destinos de la América independiente, brillando como relámpagos de valor y de fuerza en todos los puntos en que parecía incierta la victoria.

Y en los campos de Ituzaingó, incommovibles mientras subsistan las condiciones físicas del mundo,

quedarán señaladas las líneas de fuego que Suárez y Olavarría recorrieron. Sin embargo, aquellos días pasaron. No se conmueven ya los Andes al paso de las legiones que resueltamente los escalaban para descender, después de combates sangrientos, cubiertos con los laureles de la victoria. No se precipitan hoy los hombres y los pueblos como en las horas ardientes de la revolución para saludar á los que trozaban sus cadenas: y al ruido y á la gloria militar en que vivieron envueltos Suárez y Olavarría, ha seguido el misterioso silencio de la tumba en que descansan. Los héroes de la emancipación han desaparecido, y el corazón experimenta melancólico recogimiento al encontrar desprendidos de su espíritu inmortal y convertidos en tierra á los que fueron en un tiempo expresión ingenua de la voluntad y de la grandeza nacional.

La acción de los hombres y sus triunfos son fugaces cuando nada grande y benéfico fundan. El valor militar es estéril y suscita el reproche de las sociedades modernas cuando sólo sirve para derribar y para destruir, aumentando los dolorosos sacudimientos de la humanidad. Pero el valor y los esfuerzos militares son inmortales cuando impulsan esos sentimientos generosos que aproximan los pueblos á sus destinos. Entonces las figuras de los héroes, lejos de eclipsarse entre las densas nieblas del pasado, se levantan más simpáticas y poderosas, porque la

posteridad recoge enternecida los grandes beneficios de aquellas proezas.

Nueve Repúblicas soberanas, ensayando las formas de gobierno más perfectas que se conocen hasta el presente, la libertad humana ostentando sus amplias manifestaciones donde el terror y la inquisición reinaban, el comercio y la industria vivificando los bosques seculares y las desiertas llanuras del Continente, y la América independiente abriendo las riquezas de su suelo á los hombres de todas las latitudes del Globo: esa es la gloria militar que perpetuará los nombres de los guerreros de la emancipación en la memoria de las generaciones venideras.

Fué después de un siglo que los romanos derramaron lágrimas sobre la tumba de los Gracos.

Más felices que ellos, no necesitamos que corran tantos años para inclinarnos entusiasmados y conmovidos ante los restos de nuestros héroes. Las urnas en que se encierran han sido hasta ahora monumentos del sentimiento, de la constancia y del denuedo de la revolución.

¡Que sean también en las situaciones críticas y agitadas de la nación, altares de olvido para todo lo que divide y de estímulo para todo lo que engrandece!

Quedan ya en el suelo de la República los únicos despojos que existen en la tierra de los coroneles Suárez y Olavarría.

## ARGENTINAS

Soldados leales y generosos, vuelven, después de larga ausencia, al pie de la bandera que juraron.

La Patria los recibe enternecida y la Legislatura de la Provincia se asocia á la solemne manifestación del sentimiento nacional.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

Pronunciado en el año 1879, al inhumarse los restos de los coroneles Suárez y Olavarría.



## LOS HÚSARES DE JUNÍN

LA guerra sin cuartel de Bolívar había bajado como una ménade antigua á los campos del Perú, en los que aun estaba viva la memoria de la guerra caballeresca y noble de José de San Martín.

La dominación española en América tocaba á su fin. Estamos en 1824. El general Canterac acampa el 6 de agosto con 9.000 hombres en la árida pampa de Junín; los patriotas argentinos, bolivianos, uruguayos y peruanos al mando del general Bolívar los avistan, y éste, que tenía por costumbre, enviar á la vanguardia á los jefes argentinos, ya porque confiaba en su valor, ó porque desease arrojarlos al fracaso — lo que no logró jamás — ordenó al general don Mariano de Necochea que avanzase con la caballería que mandaba y le saliera al encuentro.

Casi se tarda más en relatar las peripecias heroicas de esta batalla que lo que duró ella misma. En

el término de una hora fué iniciada por un argentino y rematado su triunfo por ótro.

Inicia la carga Necochea al arma blanca; los españoles, superiores en número, envuelven á sus jinetes, empapan la tierra de sangre, no sin mezclarla con la suya, catorce heridas de lanza y sable recibe Necochea; Olavarría, que era su segundo, cae al suelo también. Los españoles, al parecer triunfantes, arrebatan sus cuerpos y los llevan á sus filas.

Entretanto, Bolívar llega con sus tropas colombianas. Vuelven al ataque los españoles y los arrojan y dispersan.

Entonces el coronel don Isidoro Suárez, hijo de Buenos Aires y jefe del escuadrón de húsares, se lanza denodadamente sobre las victoriosas fuerzas realistas, es seguido por los célebres Granaderos á Caballo y otro escuadrón de Colombia, que no había quedado deshecho.

Relampaguea el sol en las hojas de los sables y las lanzas, corre la sangre, ruedan las cabezas, caen los jinetes bajo los muertos potros, pero Suárez se abre camino entre las filas del enemigo sin retroceder un punto, siembra el terror y el espanto en ellos, penetra en su grueso y arrebatada con un grito de patriótico triunfo los casi moribundos cuerpos de sus dos hermanos de patria y armas, Necochea y Olavarría, del poder de los españoles.

## ARGENTINAS

Salvos ellos, remata la acción con una terrible carga decisiva y los derrota por completo.

Bolívar, á pesar de su prevención por los argentinos no puede menos que reconocer públicamente su heroísmo, y proclamando á Suárez héroe de la gloriosa jornada en el memorable parte del día de aquella penúltima batalla de la Independencia, á la que no faltaba más que la coronación de Ayacucho, otorgó á los húsares de Suárez el derecho de llamarse, desde entonces en adelante, los *Húsares de Junín*.

Del tomo II *El Alma Argentina*, en preparación.



## LAS HERAS

---

LAS Heras formó en las avanzadas de la falange incontrastable que los pensadores de Mayo lanzaron á todos los rumbos de América á lidiar por su libertad y soberanía; fué soldado de la primera hora y de la primera fila y cúpole en suerte dar á la causa sagrada á cuyo servicio se puso, victorias que aun celebran y celebrarán por siempre los pueblos que, entonces oprimidos, son hoy libres y soberanos. Chile y el Perú le vieron vencer gallardamente, como subalterno y como general, doquiera que la suerte le puso al frente de sus enemigos en otrora, hermanos hoy, por fortuna, en las lides del trabajo y en el concierto de la civilización y del progreso; y le vieron vencer hasta en sus mismas derrotas en que su varonil entereza y talentos militares preparaban la victoria futura de sus armas. Bien alto y bien honrosamente para

todos lo proclaman así los campos de Cancha Rayada, las vegas de Talcahuano y los muros inexpugnables del Callao, que únos y ótros, argentinos, chilenos, peruanos y españoles, hemos incluido á justo título en nuestras glorias militares del pasado, porque fueron palenques en que la raza lidió sus talentos, su coraje, su abnegación y patriotismo con igualdad de esfuerzos y proezas y con igual honor para padres é hijos que defendían con fe y decisión la causa de sus amores; y que les convirtió en rivales para disputarse en ensangrentados campos quién rendía mejor y más bravío tributo á esas virtudes que hacen, en su momento, de cada hombre un apóstol y de cada apóstol un mártir.

Por ello, y permitidme, señor, esta justicia á todos, los valerosos soldados del gualda y rojo, sin quebrantar jamás sus más nobles altiveces, se descubrieron ante sus vencedores en Chacabuco y en Maipú; y los férreos veteranos de la América guerrera de aquellos tiempos saludaron con hidalgo respeto á los heroicos vencidos, cuando ellos se llamaban José Ordóñez, el brioso debelador de nuestros más gallardos guerreros; Jerónimo Valdés, de geniales condiciones, que después de batallar catorce años por el honor y la soberanía de España en América, apostrofaba á Fernando VII al pie de su trono, diciéndole: «soy uno de vuestros generales que fuí al Nuevo Mundo con una camisa y he vuelto sin ninguna»; ó José Ramón

Rodil que, el primero en la pelea, fué el postrero en entregar su espada en los castillos del real Felipe, dos años después de atronar los ámbitos del mundo el último cañonazo de Ayacucho. Dignos eran los únos de los ótros; y por ello la bandera de la madre España y las rebeldes de entonces, tan soberanas hoy como élla, saludan en concierto estos venerables restos mortales, y con las banderas el alma toda de sus hijos. Es que los hijos somos dignos de los padres, y los leones españoles procrearon leones en América!

La contienda guerrera, la esforzada y heroica, terminó; y Las Heras volvió á la tierra de su cuna, en vainado ya por siempre el sable legendario, para entregarse á la faena menos fulgurante, pero no menos fatigosa y ardua, de la organización política de la patria que librara de opresores extraños.

El soldado se tornaba en estadista, el guerrero en político, el hombre de armas en campeón de la idea y del pensamiento organizador y constitutivo de una nacionalidad á que había echado cimientos perdurables en los campos de batalla, cavándolos con el sable de Cancha Rayada y de Maipú, amasándolos en barro heroico con la sangre de abnegados hermanos; el militar adusto y severo en gobernante ecuánime y sagaz, el guiador de ejércitos libertadores en conductor de pueblos en formación.

En nuestro concepto, señor, esta transfiguración constituye el mérito más recomendable de este patri-

## LECTURAS

cio ilustre, que fué, primero, ejemplo de soldado, y modelo después, de ciudadano demócrata y consciente. En este concepto, su vida es para nosotros un símbolo y una enseñanza; y declarándolo bien alto, recibimos de vuestras manos sus sagradas cenizas para conducir las al pie del más glorioso de los monumentos argentinos y entregarlos á la veneración del pueblo para que lo admire, y, sobre todo, para que lo imite.

La madre de los argentinos, esta amada y noble patria que es nuestro más legítimo orgullo, estaba convertida por el desborde de las pasiones en un caos político y social.

Sus hijos, perdido el rumbo por falta de serenidad y sobra de impaciencias, obcecado su espíritu hasta lo inconcebible, pretendían fundar el orden por la anarquía, los principios por la razón de la fuerza encarnada en la chuzca del caudillo ó en la bayoneta del soldado rebelde, la organización por el desorden, confundiendo la libertad y el derecho con la demagogia y el desenfreno. Las Heras, incapaz, como debe ser el ciudadano fiel á sus deberes y principios, de inclinarse servilmente ante los desbordes del poder ó de encenagarse en la adulación á las masas, puso dique al torrente, y, continuador de la obra meritísima de Rodríguez, dió todas sus fuerzas, abnegación y lealtad, al servicio de los más altos y legítimos intereses morales y materiales de la asociación política que so-

fiaran y anhelaran los próceres de Mayo. Gobernador de Buenos Aires «cumplió la ley, administró bien las rentas, hizo prosperar el país, dióle respetabilidad dentro y fuera, y trabajó con éxito por la reunión de un Congreso Nacional que se verificó en 1824.» Encargado después del Poder Ejecutivo de la Nación se intentó bajo sus auspicios la ansiada unión nacional, que se realizaría definitivamente en 1861, después de dolores, vergüenzas y sacrificios que hoy parecen increíbles, por el esfuerzo de otro ilustre varón, el general don Bartolomé Mitre, poderosamente ayudado por la patriótica voluntad del pueblo, rudamente aleccionado en la escuela de la adversidad.

Fracasado por entonces el nobilísimo intento, no queriendo autorizar ni aun indirectamente con su presencia el desenfreno y anarquía de las pasiones, dió por terminada su misión en la patria de sus amores y se impuso el ostracismo, no por voluntario menos penoso. Sin desviar de la tierra querida su mirada y sus pensamientos, pidió á Chile refugio para sus cansados miembros y un poco de paz para su alma de predilecto. Allí ha reposado cerca de medio siglo á la sombra de los Andes y arrullado por el Pacífico, dos colosos de la naturaleza, cuyas altiveces domó en su gloriosa cruzada de libertador. Vuelve, señor, en la hora de la justiciara apoteosis á descansar en el seno de los suyos, de aquellos a quienes dió patria libre y pretendió darles ley soberana que rigiera su

presente, asegurara su felicidad y prosperidad y afianzara sus destinos hasta en los más remotos tiempos; vuelve, señor, en hora propicia, porque todos los que habitamos esta tierra bendecida que cubre con sus gloriosos pliegues la bandera immaculada que ostentáis sobre vuestro pecho, todos, quiero y debo creerlo, pensamos y sentimos que es ya llegada la hora de fundar indestructiblemente la felicidad y la grandeza moral y material de la patria, levantando en nuestros corazones un altar en cuyas aras solamente se sacrifique en nombre del austero deber que nos impone el civismo.

Pongamos, señor, el oído en esta urna, cuyo bronce ha fundido el calor de la gratitud y admiración chilena al héroe cuyos despojos guarda. Una voz misteriosa, la voz de la patria, la voz de Las Heras, murmura cariñosamente una lección y un consejo que debe recoger y meditar la conciencia de los argentinos. Si dentro de un momento golpeáramos otro bronce heroico, el de la estatua del vencedor de los Andes, sus vibraciones nos repetirían la consigna; y si un poco más allá, en la plaza de Mayo, interrogáramos al monolito que levantaron con sus manos los fundadores de nuestra soberanía, esa voz misteriosa é imperativa resonaría otra vez para decirnos: *¡Argentinos! ¡Paz y fraternidad por hoy y por siempre jamás! Conservad fría la mente y el corazón honrado para trabajar lealmente vuestros destinos. Respetad mis*

## ARGENTINAS

*leyes para respetaros á vosotros mismos; y si alguna vez el estampido de vuestros cañones turba el sueño de los héroes legendarios que pregonaron mi decálogo y llevaron mi gloria por la extensión de América, sea solamente para defender mi honor de ultraje extranjero ó para celebrar, como hoy, mis más grandes alegrías.*

JOSÉ JUAN BIEDMA.

Entregamos al maestro fervoroso este elocuente discurso del señor Presidente de la Comisión Popular en la recepción de las venerandas reliquias del ilustre prócer, para que, inspirado en sus conceptos patrióticos, desarrolle ante los alumnos una brillante conferencia histórica. —  
(N. del E.)



## LOS ANDES

### I

Como astro despeñado  
De un cielo de borrascas,  
Allá va ese Titán! Sigue su huella,  
Cual ronca tempestad legión sagrada!  
Y al cruzar por las crestas de los Andes,  
En fuego el alma y la pupila en llamas  
Parecen peregrinos de los Cielos,  
Bajando con un Sol en sus banderas,  
Que es el Dios vengador de sus abuelos!

Jinetes en tropel siguiendo al héroe,  
Gemelo de los Andes en el alma,  
Se dirían los genios del abismo,  
Escoltando al Señor de la Montaña!  
Y él, el Gigante!... la inspirada frente

## LECTURAS

Coronada de rayos y de palmas;  
Recuerda un semidiós nadando en gloria,  
Que audaz se lanza á redimir un mundo,  
Llevando en sus banderas, la Victoria!

¿Quién alienta á esos bravos? ¿De qué cielo  
Ese raudal pujante se desata,  
Desbordándose en triunfo en las llanuras,  
Como un torrente de grandeza humana?  
¿Dónde van como en alas de relámpagos,  
Resplandeciendo al brillo de sus armas?  
Ah! que reviente en flores su sendero!  
Van á ser libres! libres en la tumba,  
Ó libres como el soplo del Pampero!

## II

Oid! oid! estruendo formidable,  
Entre nubes de incendio se levanta,  
Algo como el desplome de los Andes,  
Rodando entre el fragor de sus borrascas!  
Se diría las almas de dos mundos,  
Que chocándose estallan,  
Y abrasadas en cóleras sangrientas,  
Con gritos de huracán y voz de trueno,  
Despiertan en su seno á las tormentas!

## ARGENTINAS

Ellos son! los verdugos y las víctimas,  
Que en carnicera rabia  
Producen el estrépito grandioso,  
Revolviéndose en noches de metralla!  
Salvajes en sus iras se arremeten,  
Con el empuje de olas inflamadas,  
Y al estrellarse en bárbaro delirio,  
*Chacabuco* se alumbra con los fuegos,  
Con sus cuadros de heroísmo y de martirio.

### III

Paso al Libertador! paso á los héroes!  
Que en saltos de cascada,  
Torbellino de acero, se derrumban,  
Sobre la hueste hispana,  
Van siguiendo al Titán, que en triunfo lleva  
La bandera sagrada,  
Y que abrazado al sol de sus desvelos,  
Aparece tronando en la batalla,  
Como el Dios vengador de sus abuelos!

Ciegos de su furor, rugiendo locos,  
Se arrojan sobre llamas  
Á sofocar en boca de los bronce  
El rayo matador de sus entrañas!  
De lo alto de las cumbres con algúnos,

## LECTURAS

Como tronchadas palmas!  
Y abatiendo pendones castellanos,  
Trombas de libertad cruzan los ótros,  
Arrebatando esclavos y tiranos!

### IV

Himnos al vencedor! vertiendo sangre  
Palpita el corazón de la montaña,  
Y tres siglos cautivos allí expiran,  
Dando un grito supremo de venganzas!  
Cachorros de león despavoridos,  
Al abismo se lanzan,  
Y el carnicero Rey de sus pendones  
Abatida la crin, descoronado,  
Espera entre sangrientas maldiciones!

Sagrada Libertad! triunfos tan bellos,  
Hubieron de anegarse en una lágrima!  
Lágrima inmensa de traidora, noble,  
Que entre gemidos recogiera el alba!  
Pero bajó el coloso á la llanura  
Y obtuvo en Maipú tan brillante hazaña,  
Que heridos en su base de diamante,  
Orgullosos los Andes se empinaron  
Para aplaudir la gloria del Gigante.

## ARGENTINAS

### V

¡Salve sombra de luz! Cóndor que vuelves  
Á tu nido de palmas!  
Argentino relámpago de gloria,  
Que aun brillas al través de tu mortaja!<sup>1</sup>  
Como guardia de honor, sobre las olas,  
La libertad te aguarda,  
Y envuelto en la bandera que lo escuda,  
Con la potente voz de sus cascadas,  
Inclinándose un mundo te saluda!

Llega espíritu audaz! Fénix glorioso  
Que venciendo á la Nada,  
De tu noche de polvo te despiertas,  
É inmortal resplandeces en el Plata.  
Ah! llega peregrino de ultratumba,  
Como un Sol de esperanzas!  
Y centinela de tu propia gloria  
Álzate aún sobre los altos Andes  
*Y allí vele contigo la Victoria.*

JUAN CRUZ VARELA.

<sup>1</sup> Se refiere al general San Martín.



## LA ESCUELA

**E**RA tiempo de abrir las cartillas abandonadas tantas veces á medio deletrear: la escuela nos llamaba á aprovechar la tranquilidad y la paz en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco, pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjambre inculto, pues no éramos otra cosa los flautísimos escolares.

Á medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo á quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces á dormir el último sueño, sentado en el umbral del aula, mucho antes de amanecer, esperando que se abriera la puerta. Aguijoneábamos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro á mi padre, los elo-

## LECTURAS

gios tributados en la clase y la esperanza de tener pronto en nuestras manos unos libros con láminas de color en que leían los más adelantados; y sentíame rebotante de orgullo cuando por encima de sus hombros podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío.

.....

Era de verse la clase de lectura, — nuestro desahogo, — porque el profesor nos señalaba largas páginas de *La conciencia de un niño*, para tener tiempo de almorzar cómodamente en las piezas interiores donde vivía. Quedábamos solos, entregados á nosotros mismos, sin rey ni Roque, sin miramientos y sin respetos para nadie, ni siquiera para los bancos del gobierno, que pagaban la fiesta. Tan pronto conveníamos en leer todos á un tiempo la misma cosa, como á quién gritaba más fuerte. La lectura comenzaba en tono moderado, pero iba aumentando en intensidad y rapidez hasta que hacíamos un solo borrón, sin que el diablo pudiera entendernos; allá saltaba uno sobre una banca para dominar desde arriba, por lo menos, á los otros, ya que no pudiera con la voz; aquí se encaramaba otro sobre la mesa del maestro, y revistiendo su autoridad *motu proprio*, é imitando su gesto, gritaba como un clarinete destemplado:

— ¡Sileeeencioooo!...

El entusiasmo, el vértigo, mejor dicho, subían de punto, y ya volaban cuadernos, libros, puñados de pa-

pel, lápices, tinteros llenos y vacíos, sobre el usurpador osado que se permitía representar, siquiera fuese en caricatura, la menor idea de orden en aquella asamblea de demonios sueltos. Ótros se trababan en pugilato sobre los asientos, y rodaban trenzados como Aniel y la serpiente, por el suelo polvoriento y *aventadizo* de la clase, pisoteado todos los días por más de cien muchachos; ótros mal inclinados abrían el *hoyito* en el piso y se ocupaban de jugar á la *quema* con bolitas de cristal pintorreadas por dentro, ó de piedra, que eran las más estimadas porque con éstas se rompían las ótras; y de repente salía bramando un trompo, que luego su diestro lo hacía bailar en la palma de la mano, ó lo tiraba sobre la cátedra, muda é impávida ante tamaños ultrajes, para que *escribiera* sobre los papeles del maestro. La baraúnda era diabólica, de golpes, risotadas, carreras y gritos de orden y de respeto, que eran los más sensatos que se oían. De pronto, llegaba un muchacho despavorido y con los ojos por reventársele, y gritaba en la puerta:—El maestro!!—y entonces era un encanto el vernos á todos quietecitos en nuestras bancas, leyendo en voz baja, pero sin advertir que los despojos dispersos, las roturas, la tinta derramada y las caras encendidas y empapadas en sudor, estaban delatando el infernal barullo.

.....

Pero debo decir quién era el maestro: algunos han

## LECTURAS

de leer estos recuerdos, y quiero que ésoş sepan que debo á ese hombre una gratitud inmensa. Me enseñó mucho, me hizo comprender cuál era el destino del hombre que estudia, y eso basta, aunque de su escuela hubiese salido sin saber siquiera cuánto hacen 3 más 2. Tenía,—tiene, porque aun vive,—unos ojos pequeños, movedizos y chispeantes, frente abultada, labios gruesos y barba escasa, alta estatura, delgado de cuerpo, temperamento nervioso, signo casi siempre de viveza intelectual; hablaba rápido, medio confuso, con voz aguda y estriada como la de una flauta rota. Ejercía dominio sobre nosotros, porque nos gritaba fuerte y no se equivocaba en las explicaciones; amaba nuestra tierra hospitalaria, y cada 25 de Mayo y 9 de Julio nos hacía fiestas que nunca he de olvidar.

Tenía este hombre la facultad extraordinaria de entusiasrnarnos por todo, y las fiestas patrias celebrábanse con ardor, aun en medio del más riguroso invierno. Con algún tiempo de anticipación nos ordenaba mandar coser nuestros trajes de chaqueta celeste y pantalón blanco, para asistir á la plaza á saludar el sol naciente. Ensayábamos todos los días en coro el Hímnó Nacional, preparábamos discursos, y algunas veces nos ejercitaba en el manejo de las armas. La víspera nadie dormía; pasábamos la noche en claro, revolviendo la ropa de la fiesta, y por temor de dormirnos y faltar á la llamada del cuartel general,—la plaza de la escuela. Ya estamos de pie, el agua está

## ARGENTINAS

congelada, hace un frío «de cortar las carnes», no amanece y están cayendo gruesos capullos de nieve. No importa, vamos: ya ha sonado la llamada y no podemos ser los últimos.

Al asomar á la calle, el suelo está alfombrado de tapiz blanco, terso, finísimo, como que está cayendo del cielo, y nuestros pies se hunden en él, mientras corremos á la formación y mientras nuestros corazones laten con la ansiedad de la expectativa. El tambor toca asamblea sin cesar, hasta que el último soldado ocupa su claro en la fila, y entonces la llamada termina con un redoble vigoroso, digno del veterano que sólo empuña los palillos los días de la patria. Ya estamos todos: la guardia nacional armada de fusiles grandes, de chispa, ocupa la cabecera de la columna, en seguida nosotros, el batalloncito blanco y celeste, alineado correctamente, de manera que nuestros trajes uniformes parecen una bandera estirada, tiritando de frío y dando diente con diente, las manos insensibles y los pies como si fuesen de hielo. No importa, el pequeño batallón no defecciona; está firme, rectificando la línea de formación y atento á la voz del jefe, el maestro, que también tiritita como nosotros, y por eso le queremos y le obedecemos.

— «¡Armas al hombro! Media vuelta! Paso redoblando! Mar...!»

Una banda de músicos aficionados nos precede, tocando trozos marciales que nos encienden en bélico

## LECTURAS

entusiasmo; las piernas se mueven con perfecta simultaneidad; no se altera la formación por el frío, ni por tropiezos; de todas las bocas salen columnas de vapor como de calderas hirvientes, mientras á marchas forzadas el ejército se dirige á la plaza. El sol del invierno, después de una noche de intenso frío, se levanta con sus lumbreras apagadas, dejando ver solamente un inmenso globo rojo, como masa de hierro encandecida, y se anuncia con un leve destello que va á dorar la cúspide del Famatina. Las nubecillas madrugadoras que han ido á agruparse por verle salir, se tiñen de oro pálido y se ribetean de fuego. Ellas nos anuncian la aparición majestuosa, cuando su tinte se convierte en llama; nuestros pechos se agitan como fraguas; ya aparece el punto rojizo sobre la sierra que lo vela á nuestra vista; el viejo tambor siente correr una lágrima por las mejillas y ahoga el llanto con un redoble frenético, una diana que conmueve y electriza á la tropa; la banda de música empieza la introducción solemne, y nuestras cien gargantas le envían el saludo armonioso, al mismo tiempo que las descargas de la fusilería recuerdan las primeras de la Independencia.

¡Oh, sol de mi patria, con cuánta grandeza y sublimidad apareces sobre las altas cumbres de la América, de cuyos habitantes primitivos fuiste Dios y Genio protector, fuente purísima de sacrificios, de heroísmos y de amores inmortales! ¡Cuán imponente y avasalla-

dora es tu presencia, allí donde reina la madre naturaleza, donde son templos las selvas vírgenes, donde los cóndores parecen símbolos de destinos ideales, oscurecidos por nubes sangrientas! Te he visto tantas veces asomar la faz centelleante al rumor de los himnos infantiles, sobre el valle humilde y el hogar bendito de mis padres, que hoy núblanse mis pupilas recordando que en todo aquel cuadro que iluminabas entonces, sólo hay un lugar vacío, como nido abandonado, y es la casa paterna donde aprendí á amarte, donde ensayé mis cantos de Mayo, donde me vestía de blanco y celeste para correr á arrodillarme á tu salida. Núblanse, sí, mis ojos, cuando en medio de días amargos te he visto aparecer sobre una tierra muda é indiferente á tu belleza y á tu historia, pero saludado por los acordes de la montaña y de la llanura, de armonías, de palabras y de sentimientos eternos. Seá-me dado volver á descubrir mi cabeza sobre la cima de la montaña que sombrea mi terruño nativo, ante tu aparición fantástica, el día de la gloria argentina! Y pueda también tu luz colorear el follaje del sauce que cubra mis huesos, en el pobre cementerio de mi aldea!

Es imposible borrar de la memoria aquel cuadro: el viejo tambor al frente, al lado del jefe; el maestro delante de nosotros; el pueblo rodeándonos; centenares de cabezas descubiertas y de rostros bañados de sol naciente, mientras el redoblante, la música y nues-

## LECTURAS

tras gargantas entonaban, cada uno en su lenguaje, la estrofa gloriosa:

Oid, mortales, el grito sagrado:  
¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!  
¡Oid el ruido de rotas cadenas!...

Cuando la canción concluía, y el viejo tambor seguía bordando flores en el parche con sus manos rejuvenecidas, el sol ya empezaba á templar la atmósfera, á derretir la nieve de las calles y de los árboles, y sentíamos restaurado nuestro calor normal. Había que hacer callar al veterano, porque era hombre de redoblar todo el día 25, hasta ponerse el astro de la patria. Entonces se daba la voz de marcha y de vuelta á la escuela, donde el maestro nos obsequiaba con chocolate, ó cuando los tiempos eran malos, nos enviaba á tomarlo en nuestras casas y á descansar hasta la hora de las fiestas escolares y de la despedida del sol, que se hacía repitiendo el canto y las descargas. ¡Qué hermosa era la fatiga de aquel día! Nuestros padres no podían conseguir que cambiásemos de ropa; queríamos seguir vestidos de Mayo los tres días que duraban en las casas, en los ranchos y en los árboles las banderas de la fiesta, flotando incesantemente como bandadas de aves azules que revoloteasen sobre la villa.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

(DE MIS MONTAÑAS.)

## EL VIEJO GENERAL

PODÍA Wágner haber vencido con su genio las escuelas italianas. Podía atar en la barquilla de su gloria la ciencia inspirada, como atara en la de Lohengrín el cisne, y ver en ella su estatua, como la imagen del caballero, con la vista hundida en lo infinito. ¡Qué le importaba al viejo general! Y aun podía su nieta, una rubia no muy linda, pero de ojos admirables, estar esperando, como en la leyenda, á un caballero también; y podía el país del caballero estar esmaltado de lagos y follajes, éstos con ruiseñores divinos, y aquéllos cubiertos de cisnes maravillosos. A él ¡qué le importaba, ni qué sabía!

Cuando la nieta tocaba el piano, con el cuaderno del *alemán*, abierto, llamando al joven vestido de lumbre misteriosa, ardía en impaciencia. La canción del gentil custodio del Graal; el asombro del pueblo trastornado por el prodigio; todo le daba en los fatigados nervios y gritaba, moviendo una pierna de palo:

## LECTURAS

— Basta, muchacha, basta de canturria!

La nieta volvía al cuartito de las modestas colgaduras blancas, de las piedras y petrificaciones del Chaco, como quien dice *bibelots* y porcelanas de Saxe, y allí, con un estallido de risa, desarrugaba el ceño del anciano.

— ¿Á que no sabe, abuelito — preguntó aquel día — por qué me río con tantas ganas?

Y como el viejo nada contestara, sino: — loca, loca; — ella se puso á tararear:

Para dispersar, señor,  
del viaje de mis ensueños  
los perfumes de las flores  
que extrañas traigo en el pelo.

-- ¡Ah, romántica insoportable!; dichoso el que te pierda! — gritó una voz de fiera enjaulada; y cayó de las manos de misia Pepa el cajón de las costuras.

La muchacha rió del apóstrofe, corrió al piano de nuevo, y atacó con brioso empuje la marcha de Ituzaingó.

Airosos los arpegios con bélicos rumores, sonaron entre las piedras de micas relumbrosas, conmovieron los cristales, saltaron entre las blancas colgaduras, mientras el viejo, ante el retrato de un joven capitán que lucía su pechera roja entre fotografías amarillentas, llevaba el compás con la mano, sonriente como un niño dichoso.

## ARGENTINAS

¡Y no era para menos! Qué Wágner, ni qué musiquitas! La música patriótica, ésa, como decía el viejo general. ¡Qué! ¿las banderas de cien naciones, desplegadas, nada decían al paseante de las calles? Y los que contemplaban los edificios orgullosos con tanta tela, ¿nada sentían al sentir los nativos vientos jugar en sus pliegues que crujían, extender sus colores que brillaban?

Era uno de los días de mal humor de Buenos Aires. El sol se velaba á través de una nube, con tristeza, y de pronto volvía á salir radiante. Los árboles de las plazas cobraban más verdor; chispeaban las pizarras de los techos, las piedras de las calles; los faroles lucían *solcitos* que irradiaban contentos, y las ráfagas azotaban más suavemente los toldos protectores de las tiendas.—Se compone—decía el general, mirando el cielo por los cristales; y nueva nube extendía la luz gris enfriando más el aire al apagar los rientes [fulgores.

Y así corrían las horas, cuando, de repente, estremecidos por atambores, temblaron los cristales con vibración estrepitosa. Nina dejó el piano y acudió á la ventana. Una ráfaga fría sacudió las colgaduras y fué á levantar los cuatro pelos de nieve que coronaban la calva del viejo general. Calóse éste su elástico, y con ayuda del bastón asomóse á la calle, que llenaban chicos zaparrastrosos y perros de varios tamaños, envueltos en el aire marcial que parecían tomar hasta los objetos fijos, al influjo de la música vibrante.

## LECTURAS

El sol rompió una nube; su primer rayo, pálido, adquirió repentinamente fulgor, y al culebrear entre las bayonetas, transformóse en deslumbrante relámpago. La calle se animaba con sacudimiento de vida briosa y bella. La multitud se estrujaba en las aceras; y las esquinas vomitaban sobre sus lienzos nuevas avalanchas.

Aquellos batallones, con sus *chinos* altos, robustos, al frente, pasaban como marcando con su ritmo marcial el latir de los corazones, en las ventanas, las azoteas y las calles. El entusiasmo se transformaba nerviosamente en alegría, y las gentes sentían impulsos de gritar, de arrojar flores; y la imagen de la patria, convertida en sonido, en idea, en color, era algo intenso que hacía soñar con las batallas, luminosas en sus victorias, terribles en sus duelos y siempre grandes en su salvaje hermosura.

Nuestro viejo amigo, ya á punto de desplomarse, recibía el saludo de los jefes y oficiales del último batallón. Pero de pronto rasgaron el aire, con el poder de flechas de sonido, los clamores del clarín de su caballería. Fué aquello como una creciente de savia en los miembros del anciano, y erguido, con apostura arrogante, contempló el escarceo de los caballos y el flamear de los gallardetes rojos.

Los nobles veteranos, al divisarle, redoblaron el soplar de sus pulmones, y los clarines más sonantes lanzaron el grito que le recordaba los campos de batalla.

Ah! sus sonos en los tiempos evocados! Ellos eran la voz de la esperanza y el lamento de los pueblos oprimidos. Ellos, el empuje ardiente del brazo en la carga; la voz del presentimiento en la emboscada, la inspiración del genio en el mando. Ellos, en las noches de largas marchas, el recuerdo de la familia; en sus notas sonaban la voz del hijo, el beso de la esposa. Ellos, la plegaria en el dolor, y la diana marcial en la victoria, pues con ellos se moría ó se triunfaba, percibiéndose en sus tonos la tristeza del crepúsculo ó los ruidos triunfales de la aurora.

Y siguió el desfile, y todos los oficiales saludaban al viejo general. Una palabra, como chispa eléctrica, recorría los escuadrones anunciándole. Los soldados alzaban la vista para mirarle, y más de un estremecimiento rápido de emoción, iluminaba el bronce de los rostros. Nina, conmovida, presenciaba lo que era una apoteosis sin aparatos; quiso dar apoyo á su abuelo, pero él la rechazó, erguido como una columna, con las medallas de cien combates sobre el pecho.

Y pasaron los últimos escuadrones y se oyeron los últimos largos toques de los clarines. Aquellos sonidos tenían el clamor de una eterna despedida. El anciano miró la realidad, y antes de que una lágrima la turbara, volvióse pesadamente á su asiento. Allí, se acurrucó cansado, triste y silencioso. Nina, sin atreverse á hablar, le miraba por un espejo. Se dió orden de encender la estufa, y al chisporrotear la leña, vió el sol-

## LECTURAS

dado el fogón del campamento. Oh! cuántas sombras le abrumaron! Pensaba en el ardor de los combates, en las ovaciones de los pueblos al pasar; y achacoso, impotente, sentía el dolor de las nostalgias juveniles. Y siguió pensando en cosas que se esfumaban como sueños ó visiones, cuando Rodolfo, muchacho de diez años, entró en el cuarto, aturdiendo con su corneta.

Ataviado con un traje militar de fantasía, arrastraba su correspondiente sable, y después de hacer la venia al general, exclamó con voz chillona:

«Ya tremolando por el aire, veo»... y siguió el bélico canto. La rruusa de Varela salía por los labios del muchacho, llegando al alma del soldado, como un clamor de guerra, envuelto en una caricia de ternura.

Ya no más tristezas ni amargos pensamientos; la fisonomía del anciano se iluminaba con una sonrisa que era una bendición. Y la espada de hoja de lata se enredó con la suya de acero, en el instante en que un recién llegado abrazaba la escena con inteligentes ojos.

Ardía el fuego, templando el ambiente hasta hacerlo cariñoso. La terrible misia Pepa aun no acababa de secarse una lágrima, arrancada por el diablo del muchacho, que aprendió aquello sin ella saberlo. Y Nina decía con una sonrisa al recién llegado:— Mira. Y él, que si no era Lohengrín, iba á ser su dueño: Ah! pensó: ¿no fué el animoso joven á luchar por defen-

## ARGENTINAS

der hogares? ¡Feliz el buen viejo que sonríe en medio de su obra!... Su voz era la posteridad que discierne la gloria y el cariño.

Y el sol, queriendo quizás ungir su pensamiento, lanzó un nuevo rayo, que hirió los vidrios y puso una misma aureola en las cabezas del niño y del abuelo!

ANGEL DE ESTRADA (HIJO.)



## ESTRENO

---

ALLÁ, sobre la cumbre (el capitán) ya desmontado, abrazaba al grupo en el centelleo de sus ojos.

Propendía, sin duda, á un desagrado, mas como notara la ausencia de un hombre, encaró al sargento, y las cejas se le subieron por la frente, interrogando.

Moviéronse apenas los labios de aquél en un estu-  
por de angustia. Los rocines derrengados, la escuálida  
tropa, pregonaban el contraste; y escarnecido por su  
evidencia, afligíale la luz como un rubor.

La soledad amplificaba rumores. Un relincho salu-  
dó el despertar de las lejanas dehesas. Jefe y sargento  
aproximáronse silenciosos al desfiladero en cuyo fondo  
negreaban los cóndores. A poco trecho aquél señaló  
un cadáver y más allá un trozo de lanza con su bande-  
rola. La montonera discutía más lejos, refunfuñando.

El subalterno, animándose un poco, exponía el per-  
cance en secreto, como avergonzado de oirse.

... Oscuridad!... Sorpresa!... Noche!...

... Encovó á los godos en la encrucijada... Setenta, más ó menos... No los embistió, porque llevaban infantería... no se usaba... Operó mal con la noche... Una descarga... Otra en respuesta... Y cada grupo se desbandó por su lado...

Él pujó solo. Trucidó algo de un mandoble...

La narración se encadenaba.

... Mucho trabajo para no rezagar la gente. Esforzóse toda la noche en esto, y despistado, calló por no deprimirse ante sus hombres. El resto lo presumía. Dios le asistiese... y que le fusilaran...

El capitán difería con malos modos.

¡Lindo espectáculo ante la vanguardia chapetonal!

Ya lo supuso cuando se retardaron la víspera, rastreándolos, en consecuencia, desde el amanecer.

De sus gauchos, bisoños al fin, no lo extrañaba.

Pero de ese sargentón!... ..cha con los célebres *Infernales!*

Y á su vez como quien derrumbaba bloques en frívola catástrofe, aludía con los nombres heroicos: Tupiza, Las Piedras, Tucumán, Salta, Potosí, Vilcapugio, Ayohuma, Venta y Media, Yaví...

Las pupilas del sargento achicáronse en chispas.

Esos nombres componían su historia, sus ocho años de pelea. Cada uno le dolía en una parte, pues si no le condecoraron por algúnos, en todos le hirieron. Y

he aquí que la adversidad de un fracaso obscuro defraudaba semejante grandeza.

El capitán nada entendía. Las libaciones del chifle que le ofrecieran cuando llegó, amoscábanle torvamente. Su escarpado rostro se obscurecía. El chambergó, el poncho de vicuña tapándole hasta las botas, sólo descubrían un matorral de barbas, y entre ellas los ojos amarillos, la nariz ensanchada como un rastro de león, la pulpa cárdena de los labios. Amonestaba golpeándose la bota con el rebenque, y á cada tranco la cumbre disminuía entre sus espuelas.

Detúvose por fin impartiendo una orden que refrenó los murmullos con un laconismo de cintarazo. Su dedo indicaba la banderola en el plan del derrumbadero. Los de la partida, arrimándose, comentaban.

— Es un pedazo de lanza.

— Cortada de un hachazo.

Las miradas se dirigieron al sable del dragón.

— Qué tajo!

Mientras, éste afianzado en el arma, iniciaba su descenso por el talud. Cierta solemnidad trágica subyugó las cabezas como un viento. Preveían la cosa. El caudillo lanzaba su hombre á la muerte por esa rampa de vértigos y pedrones.

Casi vertical, no afrontaría sus llambrias gigantes. Alguien reflexionó en voz alta que, sin descalzarse, resbalaría tal vez...

El dragón rehuyendo toda charla, levantó una pier-

na. Amarilleó por debajo el pie desnudo, sin rastro de suelas. La ordenanza exigía botas, y como lo exigía...

Nadie se sorprendió, pues ese pie valía un argumento en las circunstancias.

El sargento descendía.

Cada paso duplicaba un riesgo de muerte. Desprendíanse grandes rocas rodando con rebotes inmensos al fondo de la quebrada.

Aguzado el ojo por la ansiedad, detallaban con precisión anómala los accidentes del terreno bajo las plantas del caminante.

Piedras crispadas de lunares multicolores ó bañadas de gris ferruginoso; farallones tremendos; riñonadas de cuarzo. Las yaretas, hinchándose en verrugones de musgo amarillento, lubricaban traidoramente su cojín. Cardones salteados con esbeltez guerrera flanqueaban el declive en una dispersión de asalto.

El imponente peregrino arrostraba los riesgos empuñando su morrión y sable en mano. Ese matorral, aquel tronco, salváronle de inminentes tabaladas.

Un airecillo de puna retozó peligroso punzando jaquecas y nauseando mareos. Supremas anhelaciones enervaban al militar. De cuando en cuando, torcido por violenta apoyatura, llameaba un lampo en el sable. Manos y piernas se crispaban entonces...

Un chispeo de mica espolvoreaba las peñas. Profundos follajes, en conos de choza ó en platitude de acamados céspedes, escondían precipicios bajo sus felpas. Un

molle, un aroma de anaranjadas motas, cubrían por momentos al dragón.

Arriba, apretados sobre la cornisa del abismo, los montoneros, respirando apenas, enmudecían.

El jefe secó en dos gorgoritos las escurriduras del chifle. Cuánto duraría eso? Un siglo y un minuto equivalían.

El sargento bajaba siempre.

Á trechos dudaba un poco, enjugándose la frente con el puño. La partida resollaba entonces, enormemente. Vaciló una vez, y bajo el titubeo de sus pantorrillas, cerro y corazones se bambolearon. Un esguince le equilibró.

Descendía siempre. A reculones ahora, pues el dolor le ceñía los tobillos. Adivinábase crujidos, calambres bárbaros en la armazón de aquellas vértebras.

Recuperóse un momento después, blandió el acero y fué á alcanzar con las últimas zancadas el fondo del precipicio, cuando el pie le falló.

Claudicó un instante aun, y tropezando definitivamente, saltó al abismo.

Chocando contra árboles y peñas, su cuerpo desataba enormes argayos, zangoloteábase en golpes horribles. De pronto una rama le encajó.

Revolvióse un momento con manos y piernas como un insecto panza arriba, mas las piedras que consigo deleznable forzaron descargándosele encima aquel conato de resistencia...

Un rumoreo excitó sordamente al grupo.

—Silencio!

Las cabezas se inclinaron.

Desligándose penosamente del alud que le trituraba, el demolido reo se incorporó sobre los codos. Demoró un momento como ratificándose; procuró salvar después el trecho que mediaba entre él y la banderola. Una sobrehumana decisión prestábale ánimo para intentar semejante esfuerzo. Reparaban desde arriba, bien que vagamente, sus piernas quebradas, su cuerpo estrujado como una odre, las desgarraduras atroces que le lastimaban.

Sobresalía bien visible una costilla rota por debajo de la chaqueta. Ni se indignaban ni compadecían, tanto estupor les causaba aquello, tanto dominio ejercía sobre su voluntad el temido jefe.

Por fin, dislocándose en contorsiones, siempre á la rastra con sus piernas, sobre los codos que sangraban sin duda hasta el hueso, el hombre no distaba ya más que un paso de su preseña. Un silbido de viento atravesó el grupo. Crujieron distintamente las tascadas coscojas. La banderola palpitaba allá abajo sobre el verdegal como un ala de mariposa.

Cuando el herido la aseguró en sus manos, irguió el busto ante la partida que le observaba, empavesado de arambeles, tan pálido que lo advertían á pesar de la altura.

Pero mientras sacudía el trofeo, un gesto de victoria

## ARGENTINAS

le transfiguró. Vieron en su boca el grito que hasta ellos no ascendía, sintieronlo en el corazón, y en un eco de sollozante clarinada se lo devolvieron:

— ¡ *Viva la Patria!*

Y el capitán con el pecho como una fogata de alcohol, transportado por el alma que irrumpía en ese grito; fatal de entusiasmo, tremendo de justicia, devorando en su crueldad un frenesí de remordimiento y de orgullo, atrajo uno de los hombres al azar, estrechóle entre sus brazos, y sobre aquellas crines épicas, ante el pueblo de montes, en presencia del sol—lloró de gloria.

LEOPOLDO LUGONES.

Fragmento de *Guerra Gaucha*.



## PATRIA

Brota la planta, y del fecundo suelo  
Ser, impulso y vigor tierna recibe,  
Y en la sonrisa del nativo cielo  
Acariciada del ambiente vive;  
Y aunque la tierra que la nutre, el vuelo  
De su suave existencia circunscribe,  
Gallarda crece, y recibiendo amores,  
Espléndida se cubre en fruto y flores.

Así al hombre también, cuando aparece  
En esta de la vida infausta escena,  
Celosa, la región do nace y crece  
Con poderosos lazos encadena:  
Ella á su vista hermosa resplandece,  
Ella su alma de perfumes llena,  
Y pidiéndole culto, amor, radiosa  
Se alza ante él con majestad de Diosa.

## LECTURAS

¡Sacro nombre de Patria! En él fulgura  
Cuanto de grande y dulce el mundo encierra:  
Del casto hogar la íntima ventura,  
La gloria conquistada en santa guerra,  
Fe y costumbres, artística hermosura,  
La ley severa que al malvado aterra,  
El monte, el río, el ave en libre vuelo,  
El campo inmenso, el esplendor del cielo.

¡Oh tú, entre todas las que el mundo ostenta,  
Rica, joven, hermosa, patria mía,  
Que al gran rumor del Porvenir atenta,  
Himnos entonas al naciente día!  
¡Tú en cuyo noble rostro la opulenta  
Llama del sol gozosa se extasía,  
Y altiva llevas, con vigor sereno,  
Toda el alma de América en tu seno!

¡Qué limpio y claro resplandor de gloria  
Bañó, entre estruendos bélicos, tu oriente,  
Para anunciar el sol de la victoria,  
Que alzaba en los espacios su áurea frente!  
Sol cuya lumbre, á engrandecer tu historia,  
De San Martín la espada hiriendo ardiente,  
Desde las amplias márgenes del Plata  
Al imperio del Inca se dilata.

## ARGENTINAS

Digno heroísmo, á fe, de los tesoros  
Que derramó en tus ámbitos Natura,  
Tus grandes ríos al rodar sonoros  
Cantan tu gloria y copian tu hermosura.  
Manan riquezas tus abiertos poros,  
Todo, fulgente, tu destino augura,  
Que Dios en ti arrojó, al trazarte en grande,  
La Pampa, el Guaira, el Paraná y el Ande.

Tu suelo hospitalario, abierto al mundo,  
Á noble lid la humanidad convida,  
Y de las razas al hervor profundo,  
Más amplia actividad brilla encendida;  
Al raudal de tu espíritu, el fecundo  
Torrente universal da ímpetu y vida,  
Brindas al mundo hogar, estadio abierto,  
Y él te recibe en su inmortal concierto.

¡Feliz si logras en tan gran torneo  
Incólume salvar tu íntima esencia!  
Tu tradición gloriosa es el trofeo  
Mayor de tu ventura y tu opulencia.  
Fe y amor de tu raza, alto deseo,  
Iluminen por siempre tu existencia,  
Y cuanto engarce en ti, ser y destino,  
Ciña luciente nimbo de argentino.

## LECTURAS

Ya á coronar tu frente vencedora,  
La nueva edad resplandeciendo viene,  
Y á recoger la herencia que atesora  
La gloriosa Europa, te previene.  
Tu harás que fresca en ti, fecundadora,  
La inmensa fuente de la vida suene,  
Y que el puro pensar, que hoy muerde el suelo,  
Flote otra vez en el azul del cielo.

¡Oh Patria! ¡Oh Madre! Tu visión radiante  
De respeto y de amor. mi alma llena,  
Y en estrechar me gozo en todo instante  
La que me enlaza á ti dulce cadena.  
¡Pueda mi vida en tu regazo amante,  
Consagrada á tu bien, pasar serena,  
Y al recibirme al fin la muerte amiga,  
Tu sol contemple y tu esplendor bendiga.

CALIXTO OYUELA.

## LA ESCUELA DEL RASTREADOR

V ADEAMOS la cuenca ancha y reseca del Chorrillo por una de cuyas márgenes se deslizaba culebreando entre cantos rodados y areniscas rojizas, un hilo de agua cristalina como si fuera huyendo del arenal sediento.

Blanqueaba á nuestra espalda en la diáfana claridad matutina el caserío de San Luis; á la izquierda, recorriendo el horizonte, se escalonaban los picachos de la sierra bañados por el sol, y al pie, semejante á una cinta amarillenta arrojada sobre los verdes del gramínel de la vega, corría un camino hasta perderse en las sombras del monte.

Á paso lento, en medio de una gasa polvorienta, venía avanzando una árrea de burritos cargados de ramas secas, y detrás, meneándoles chicotazos, cuatro ó cinco muchachos á pie, con grandes sombreros de esparto en forma de embudo encajados hasta los ojos

saltones, de renegrida pupila y el rostro de color de bronce.

Risueños y felices con esa alegría sana y confiada de los niños, pasaron pregonando su mercancía y se alejaron, dejando en el silencio del campo los ecos de su voz, tiernos y cadenciosos como gemidos de vidalita: «ara leña, ara la leña...á...á...»

— Son vendedores de leña — dijo mi acompañante, vienen de la sierra donde van á buscarla diariamente y á educar la vista para el oficio de rastreadores en la escuela del monte.

— Es muy curioso eso, explíquemelo. Los hijos de la llanura no conocemos al rastreador sino de oídas, aunque tenemos al gaucho baquiano tan original y característico como aquél, por la manera sorprendente con que sabe orientarse en las tinieblas de la noche, en las escabrosidades de la selva ó en la inmensidad de la pampa para seguir el rumbo que confió á su memoria y á su tino.

— Curioso y simple á la vez, porque se trata de un conocimiento vulgar y casero entre las gentes campesinas. El instinto atávico, la costumbre, la necesidad de valerse á sí mismos en su desamparo, sin más libro ni maestro que la naturaleza que les rodea; por espíritu de observación paciente, de educación del órgano visual en yo no sé qué misteriosas relaciones con la memoria, lo cierto es que llegan á



## LECTURAS

— Recuerdo el retrato admirable que hace Sarmiento de Calíbar, el legendario rastreador que, después de dos años de haber observado la pisada del ladrón de una montura, encontró el rastro perdido y descubrió al raptor y á su montura ya inutilizada por el uso, pero siempre creí exagerado el relato...

— ¡Absolutamente! Calíbar era puntano y fué un insigne rastreador cuya fama salvó los límites de la provincia. Pero no ha sido el único. Vive en la ciudad un viejecito que ha ejercido el oficio durante muchos años prestando muy buenos servicios. Es hijo de un soldado de la Independencia, se llama Benito Lucero y todavía, cuando se quiere poner á prueba su habilidad, sabe distinguir sobre la arena movediza de la calle por donde acaba de pasar una árrea de mulas, cuántas son, el número de hembras y machos, si van cargadas ó de vacío, al tranco ó al trote, añadiendo de yapa, como dato ilustrativo, si se trata de animales chúcaros ó mansos, si alguno va acollarado y hasta el nombre del propietario muchas veces...

Lucero se inició como todos en la observación campera, en la escuela de la naturaleza. Se cuenta que una mañana, al ir á recoger la tropilla, notó la falta de un malacara braceador, el caballo de más estima de su padre. Recorrió el campo en todas direcciones inútilmente, hasta que al fin encontró un portillo recientemente abierto en el potrero.

El malacara había pasado por allí. Junto á los

rastros del vaso se veían pisadas humanas. Volvió entonces á las casas con la noticia del robo, asegurando que el ladrón era un peón chileno á quien habían despedido hacía varios años, sin que se tuviera noticia de que hubiera vuelto al pago.

La afirmación era audaz; otros diestros comprobaron que las huellas eran en realidad del caballo, sin que ninguno reconociera, empero, de quién eran aquellas pisadas; pero siguieron el rastro y á las pocas leguas alcanzaron al chileno que iba tranquilamente camino de la Cordillera con el malacara de tiro.

El rastreador había surgido.

Desde entonces son numerosas las hazañas que han cimentado su fama. Siendo jefe de policía en la capital, tuve ocasión de comprobar la pericia verdaderamente extraordinaria de este hombre.

En uno de los caminos de la sierra se cometió un crimen atroz. Un pulpero, su mujer y una criatura habían sido degollados para saquear la pulpería. Al recibir la noticia, hice buscar á Lucero y nos dirigimos al lugar del suceso.

Al acercarnos, desmontó pidiéndonos que le dejáramos solo un momento a fin de orientarse y para evitar, sin duda, que nuestras pisadas pudieran borrar los rastros del asesino.

Caminando despacio, con la mirada reconcentrada, entraba y salía de las habitaciones observando el suelo sin decir palabra: fué hasta la ramada, escudriñó la

tierra pisoteada del palenque, volvió á examinar el piso de las habitaciones, salió de nuevo al patio, encorvado siempre, hasta que al fin se enderezó y dirigiéndose á unas matas de saúco á cuya sombra estaba un barril con agua, sacó de entre las ramas un trapo ensangrentado.

— El ladrón está herido; aquí se ha estado lavando y se ha curado — exclamó gravemente, señalándome sobre un pequeño charco formado por el agua derramada, una pisada humana casi invisible: — Aquí asentó el pie izquierdo; tiene las piernas *cambadas* y usa alpargatas — aseguró entonces con la plena certidumbre del hecho « visto » á través de aquellos leves rastros.

Cubrió después con unas tablas el sitio señalado, y volviendo hacia nosotros el rostro trigueño iluminado de orgullosa satisfacción, añadió:

— Es al ñudo buscarlo por los montes de los alrededores, va con la plata robada, y *á la fija* se ha ido al pueblo á gastarla.

Regresamos á la ciudad. La víspera, con motivo de unas carreras, el comisario sorprendió una jugada de taba y arreó con los jugadores á la policía. Cuando llegamos, hacía varias horas que habían sido puestos en libertad. En la calle donde estuvieron formados antes de soltarlos, había transitado mucha gente á caballo y algunas carretas de bueyes, pues las pisadas estaban borradas ó confundidas por los surcos de las llantas y los vasos de las cabalgaduras.

## ARGENTINAS

Sin embargo, Lucero que tenía el presentimiento de que el ladrón debía ser de los de la volteada, como decía, sin inquietarse por el contratiempo, encendida al contrario su vanidad de profesional acostumbrado á vencer mayores dificultades, ganoso de afirmar una vez más su mentada fama, se puso á recorrer la calle en todas direcciones, andando y desandando camino, en busca de la huella que traía impresa en la misteriosa retina.

De pronto se detuvo y observó breve rato; las pupilas agudas reconcentraron todo su poder en aquel retazo de arena pulverizada en el cual iba á leer tal vez la condena de un hombre.

Los circunstantes seguíamos sus movimientos sin perder detalle, en medio del mayor silencio.

La cabeza se inclinó de nuevo hasta casi rozar el suelo; pasó un minuto de ansiosa expectativa...

El rastreador, grave, impenetrable, seguía mirando la arena sin cambiar de posición. De cuando en cuando hacía un inconsciente ademán, como si reflexionara, comparando la huella buscada con algo que tenía delante de los ojos.

Al fin se irguió y lanzando una escupida, dijo pausadamente con la tonada de la tierra, al señalar el rastro que acababa de encontrar:

— ¡Aquí va!... Y como si hubiese encontrado la punta de un hilo invisible echó á andar, cruzó varias cuadras en dirección á los arrabales sin detenerse ya

## LECTURAS

hasta llegar á un terreno baldío cubierta de biznagas.

— Por aquí ha entrado — afirmó otra vez; y penetrando al biznagal descubrimos oculto, entre los escombros de una tapera, á un paisano, que se entregó sin hacer resistencia.

Una vez registrado, se le encontró en el tirador cierta cantidad de dinero cuya procedencia no supo explicar, lo mismo que una herida en el brazo izquierdo, y, como prueba concluyente, comprobamos asombrados que aquel hombre tenía las piernas cambadas y calzaba alpargatas. ¡Era el asesino!...

Han corrido los años. Las hojas de la cartera de viaje donde consignamos los apuntes que nos han servido para el presente relato, empiezan á ponerse descoloridas. Pero la impresión fué tan intensa que, al evocar su recuerdo, he sentido animarse la escena cual si ayer hubiera sido presenciada, y he creído ver erguirse y pasar la visión del viejo rastreador ya ido para siempre, como se van todas las cosas que hablan al alma de nuestro pasado.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

## MÉDANOS Y RECUERDOS

---

### II

LA abuela de abolengo, la abuela de cabellos blancos, que fueron negros, los más negros y hermosos, estaba, todas las tardes de verano, con sus hijos y sus nietos, en el corredor de la quinta de San Isidro. Con la visión serena de la muerte próxima, en la plenitud de la mente tan clara, sus ojos azules parecían más hermosos todavía. Sus manos pulidas, fueron siempre leales y cada movimiento esbozaba una bendición. Había en ella el alma de Isabel, que dió sus joyas para descubrir este mundo; el alma de las que dieron sus alhajas para libertarlo. Ponía quietud en todos. Tenía en los hijos la realidad y, en los nietos, la esperanza. Contaba, rápidamente, su vida, y caían de cuando en cuando, sobre ella, algunas

## LECTURAS

flores de la enredadera. Cantaba primero, animándose, el idilio: vieja historia siempre igual. «Depositada», por la oposición indomable del padre español, salió, para casarse, de la vieja casa patricia, en la esquina hoy de Victoria y Perú, con el oficial subalterno que le daba su nombre de señora, dulce y buena señora! Interrumpiendo el idilio, el modesto oficial partió á campañas, sin sueldo; y, no muy largos años después, al morir, le dejó muchos hijos, que tampoco ablandaron al español inflexible. Empezaba el hondo y sencillo drama. Sola, y con los niños enfermos, Rojas y Argerich le dieron el consuelo de la ciencia de entonces, que Pirovano estimaba como admirable y genial. Hubo muertos, hubo dolores. Las aristocráticas manos elaboraron dulces y tiradores, para vivir. Las niñas se formaron, como en un templo; los hijos, en el trabajo modesto, únos á la Universidad, ótros al campo. Por aquella casa, San Martín, Belgrano, Rivadavía y Paz, amigos del esposo, habían pasado con sus grandes ambiciones contagiosas. Más tarde, Echeverría depositaba, como una ofrenda para otra hermana, los versos populares de la *Diamela*. — Una mañana, el hijo mayor, oyó gritar: «Durazos colorados»; y al salir, codicioso, á la calle, el carrero le dijo: «No se acerque, niño, que son cabezas!». ¡Qué años aquéllos! Hasta que un día vió pasar por frente á su casa, con rumbo al Fuerte, los primeros dispersos de la caída de Rozas! Empezó el florecer urbano, en

una gran avidez de saber; y los hogares respiraron.

Dos de los hijos, en Chivilcoy, que es ciudad, habían fundado su estancia. Alegre la caravana, salió en carreta, á pasar allí horas de descanso, cual hoy se va, después de andar en tren centenares y centenares de kilómetros, á los puntos más distantes de la Cordillera, desde la capital del Neuquén. En la primera noche, se oyeron los ruidos del *malón*; y, aunque batidos, los indios dejaron arruinada la estancia. Sólo la ciudad tenía amparos, en aquel momento. En esa casa argentina, vibró el choque recio de la formación definitiva. Urquiza, Mitre, Mármol, Vélez Sarsfield, Rawson y tantos otros, con su gran voz casi profética, anunciaban, á pesar de los enconos personales, la hora de la unidad. Lo mismo que Sarmiento, cuando con el sombrero de paja y las mejores frutas que traía de Carapachay, la llenaba con su palabra portentosa. De sobremesa, anunció Eduardo Costa, un día, su resolución de suprimir, en los cementerios, las disidencias religiosas. Contra aquel hogar se precipitó cierta vez el odio partidista;—se lució el *guasó* coraje triunfal, que corría á elecciones sin cuartel. Allí se conoció la larga espera de las noches de revolución;—allí llegó el hijo herido en la Verde; y un día salió de ahí el mayor, para volver al ministerio, llevado á la Casa de Gobierno por una política de concordia, con el respeto de todos; y la que había formado su hogar entre rencores, la que

codeó todas las luchas y conjuraciones, la que vió pasar, por frente á su balcón central, al pueblo, ya como un mar sacudido, ya como un río sin viento, sin que jamás tolerara un comentario acre ó un solo epíteto desconsiderado; la que culta y fina, era más que un símbolo porque era una vida, pudo poco antes de morir, ir á la iglesia de San Telmo, donde se rinde culto al San Rafael, traído de España, por el antepasado, á dar las gracias á Dios, porque venían horas de paz y de amor para el núcleo social que forma los nuevos hogares, por contacto ó imantación de aquellos viejos hogares de la «Atenas del Plata», que ojalá conserve en los siglos el culto «de los días de Mayo» de que algunos se sonríen...

## III

Murió tranquila y feliz, y su imagen puede ser evocada sin vanagloria: porque entonces, como ahora, había en el país miles y miles de abuelas cual ella, de antecedentes y hábitos arraigados y abolengos conocidos, mujeres buenas, firmes y cultísimas... No es exacto que sólo haya un médano nacional, con las condiciones del primer grano de arena depositado en las hojas del cardo; ó, mejor dicho, del pasto duro, desde que la primera suposición del cardo no es la exacta. El que sepa de médanos, dirá que ha corrido — ¡hace días! — el tiempo que media entre

## ARGENTINAS

aquella hora y la definitiva en que puede ser campo de labranza; y dirá también que ninguna tierra como la del médano, para recibir la semilla y devolverla en pastos y cosechas de bendición. Así nosotros ya. En esta hora histórica, con el legado de los abuelos y el capital propio, los sanos hogares irradian en todas partes. En los puntos más apartados, cantan las glorias de un pueblo hecho y grande, con ideales de trabajo, ¡con un pasado, un presente y un porvenir! El país justifica la magnífica imagen de un escritor (sufra quien lo preguntase la vergüenza de ignorarlo!) — «¡nave argentina, nave capitana, nave del porvenir!» — que le presentaba, en pleno mar seguro, — bajo las condiciones de un sol de gloria. — ¡Por la vida presente, por el trabajo, las ideas, el libro y las cosechas, — contra el ideal arqueológico y la deficiente visión del ensueño desencantado!...

JUAN ANTONIO ARGERICH.

Brillante réplica á un artículo etnológico. — (N. del E.)



## ¡VIVA LA PATRIA!

ÉRASE un sabio anciano, padre de siete robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. Sintiendo cercana la hora de su muerte, un día los llamó. Presentóles un haz de siete varas sólidamente atado, y les dijo:

—Dejaré en herencia toda mi hacienda á aquel de vosotros que pueda quebrar este haz

Uno á uno ensayaron en vano, los siete mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia, doblando sobre el haz sus rodillas de salvajes. Y exclamaron:

—No podemos, padre.

Entonces el anciano desató el haz, y lo rompió sin esfuerzo, vara tras vara.

Observáronle sus hijos:

—Así, también podríamos haberlo hecho nosotros, padre.

Y el anciano les repuso:

## LECTURAS

—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os lego. Meditadla. Aislados, cualquiera os podrá quebrar, como yo quebré esas varas. Unidos todos por el amor de hermanos, seréis fuertes é invencibles como el haz.

Esto, que dijera aquel sabio anciano á sus hijos, debe repetirlo la patria á todos sus hombres. Porque un pueblo no es más que una familia. Una nación es sólo un numeroso grupo de hermanos.

Los pueblos cuyos hijos viven en la discordia y la indiferencia, desgastan sus fuerzas en estériles reyertas. La envidia siega las cabezas que sobresalen con la guadaña de la muerte. La nación mata sus mejores guías, como Saturno, que devoraba á sus hijos. La guerra civil desangra á la patria, y la difamación la envenena. Enróscase entonces en su cuerpo indolente la anarquía, una hidra feroz de dos cabezas: la mediocridad y el despotismo.

Los pueblos que fueron fuertes y gloriosos en la historia, lo fueron siempre porque sus hijos amaban á la patria. Y todos los hombres que fueron grandes cimentaron su grandeza en el desprecio á los intereses mezquinos y el amor á los hermosos ideales, especialmente al ideal de la patria.

Sólo en las sociedades decadentes y corrompidas, los hombres carecen de patriotismo. Esas sociedades están destinadas á debilitarse y perecer. Pues en la tierra hay muchas naciones, y las naciones fuertes son

naturales enemigos de las débiles. Codician sus riquezas y requieren sus territorios. Ningún pueblo puede relajar sus lazos de asociación, porque ningún pueblo está solo en el mundo.

Aunque se pertenezca á un pueblo de historia innoble y lamentable, debe amarse á la patria. Pero cuando se tiene la suerte de nacer en una patria invicta, libre y gloriosa como la República Argentina, entonces el amor á la patria no es ya forzado sacrificio sino legítimo orgullo. Pertener al pueblo de San Martín, Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, Avelleda, Mitre, es sentirse miembro de una familia de hombres ilustres. ¡Y ello nos obliga á ser dignos de nuestros padres!

Mas no ha de confundirse la gloria con la vanagloria, el patriotismo con el patrioterismo. Ésto, es la torpe jactancia de los débiles y los incapaces; aqué- llo, el esfuerzo callado y potente de los que trabajan y obran. Es lo úno, femenino apego al oropel y al fausto; lo ótro, fuerza de varón y pujanza de héroe. Cubríos de hierro como los caballeros de los siglos me- dios, y no de brocados y encajes como las damas. En la palestra de la vida, los fuertes no son espectadores, ¡son luchadores!

Se dice que el amor á la patria es un sentimiento «lírico», sin ningún valor en la vida práctica del indi- viduo... ¡Nunca error más torpe! La grandeza de la pa- tria es para el individuo la más pura y fecunda fuente de goces. Su derrota, principio de inagotables penas y

hasta de físicas penurias. Vivir en tiempos de derrota es vivir en la indigencia, la tristeza, la sombra. En cambio, los triunfos de la patria son la luz y el aire para las almas de los ciudadanos, buenos ó malos. ¡Seamos patriotas hasta por egoísmo!

La patria nos devuelve con creces nuestros servicios y homenajes. De su poder y su felicidad dependen el poder y la felicidad de cada uno. Seamos como los pámpanos, que cobijan y protegen amorosamente los opimos racimos de la madre vid.

Si el culto de la patria es el culto de lo mejor de nosotros mismos, el amor á la patria se funda en el conocimiento de nuestra historia. Es nuestro pasado lo que nos une para defender nuestro porvenir. Suprimid el recuerdo de nuestras glorias y nuestros hombres, y la nación se disgregará como las perlas de un collar cuyo hilo se desata ó se corta. Somos grandes por la memoria de lo que juntos hemos hecho, y fuertes por la esperanza de lo que juntos podemos hacer.

Querer á la patria es servirla. Y no hay más que un medio de servirla: el trabajo. Para que el trabajo sea armónico y congruente, no hay más que un sistema: que cada cual siga su línea, como los soldados, cuando marchan en formación hacia el campo de batalla. Si codeamos á nuestro vecino ó nos apartamos de nuestro puesto, el ejército perderá su formación y el enemigo puede sorprendernos en el desorden.

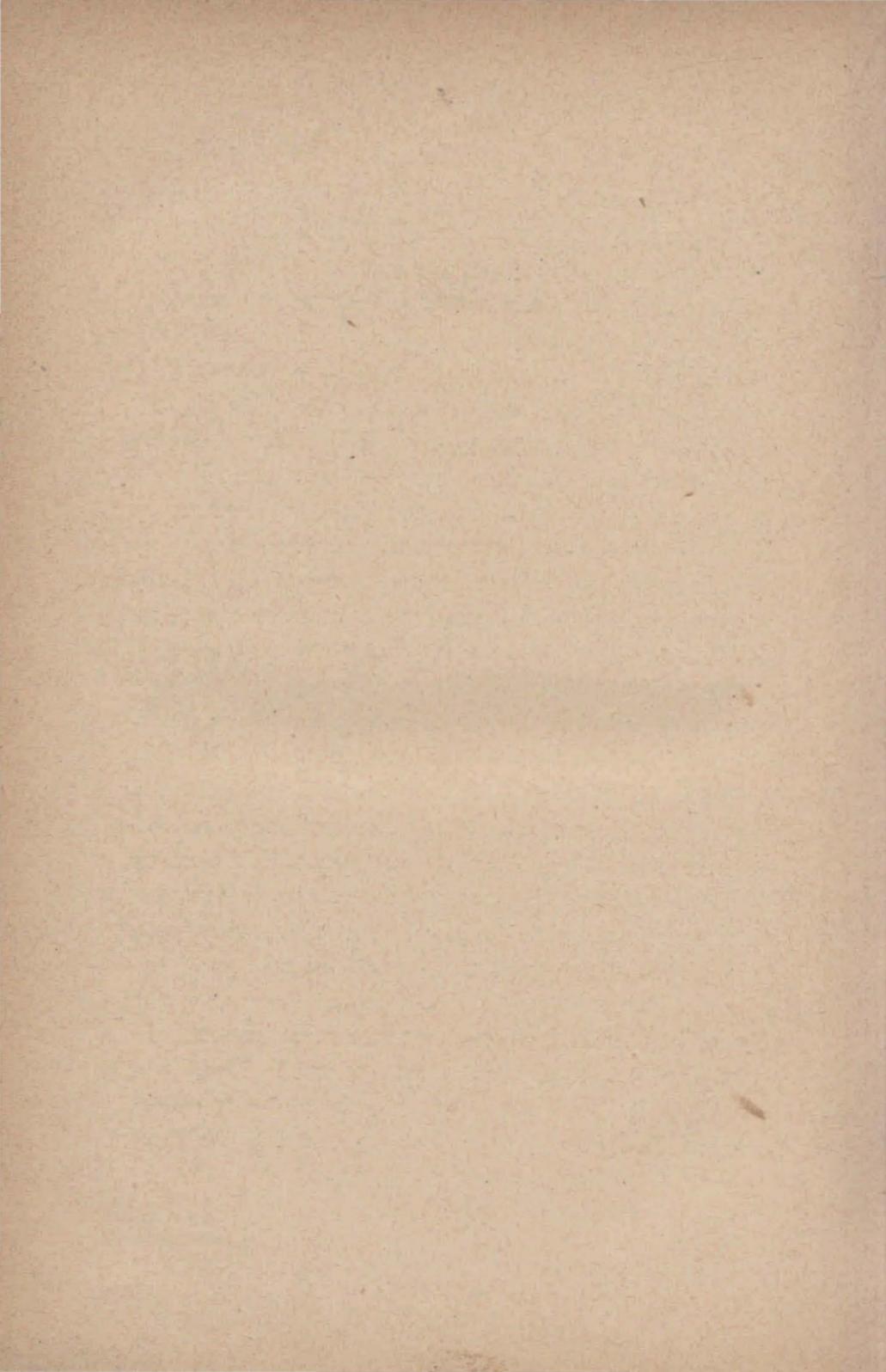
El trabajo con que sirvamos á la patria no será eli-

caz, si no se respeta á la ley. La ley dispone lo necesario para que cada ciudadano pueda realizar sus fines particulares y tiene por objeto la felicidad de todos. Quien falta á la ley, ataca á los demás. Si los ataca, no los ama. Y no amar á los conciudadanos es no amar á la patria.

La República Argentina es un país grande y rico. Pero el pueblo argentino, aunque el más noble y generoso de la tierra, es chico y pobre. Es chico, por su escasa población en relación á su vasto territorio. Es pobre, porque debe muchos millones de deuda externa, y sus empresas más lucrativas están explotadas por capitalistas extranjeros. ¡Hay, pues, que poblar el país y que pagar esa deuda externa y rescatar esos capitales! ¿Cómo? Por la dedicación al trabajo y el respeto á la ley.

No olvidemos ¡ah! no olvidemos la lección de aquel sabio anciano, padre de siete robustos mancebos que vivían en la indiferencia y la discordia. No olvidemos que desunidos seremos débiles y miserables, que unidos seremos fuertes y poderosos. No olvidemos que sólo un sentimiento podrá ligarnos y cohesionar nuestros esfuerzos: el patriotismo. Y así, en nuestras horas de lucha como en nuestras horas de triunfo, en los recuerdos como en las esperanzas, en la vida como en la muerte, elevemos siempre nuestros corazones para gritar todos en una sola voz: ¡Viva la patria!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.



## CÓMO SE FORMABAN LOS CAUDILLOS

TODOS los historiadores argentinos dicen, poco más ó menos, cuando hablan de Rozas, lo que el *Catecismo de Historia Argentina*, que sirve de texto en algunas escuelas: que ese célebre personaje descendía de una familia ilustre.

Y, en efecto, así era: mi abuela doña Agustina López de Osornio, mujer extraordinaria, bajo ciertos aspectos, tenía orgullo de su prosapia.

.....

Nobles ó no, los padres de Rozas eran estancieros; así es que esto basta y sobra para explicar, por qué causas el hijo mayor tomó el campo, en un ímpetu de independencia personal, disgustado por una punición, que le habían aplicado, según él decía, con injusticia... dejando, « hasta la ropa », pues quería buscarse la vida solo y probar que ya era hombre y no un niño, á quien se le pega, ó se le encierra en un cuarto obscuro.

## LECTURAS

Á dónde fué, qué hizo, cómo se desenvolvió, de qué manera se condujo, no son pinceladas para este cuadro...

.....

Estamos en la célebre *estancia* «del Pino»; Rozas es ya propietario, socio de los Anchorena y de Terrero, y más de cuatro, que después figurarán en nuestra Historia, bajo aspectos odiosos ó simpáticos, son peones suyos ó sus capataces.

Cuando el prolijo historiador quiera entretenerse en estas minuciosidades, entre los papeles de don Juan Manuel — que era como le llamaban, en muchas leguas á la redonda, por los pagos del Pino — hallará las cuentas de los salarios de esos peones y de esos capataces, su filiación, nombre y apellido. Todo ello existe actualmente en poder de Máximo Terrero.

Estamos, repito, en la *estancia*, «del Pino»; mejor dicho, están tomando el fresco bajo el árbol que le da su nombre á la *estancia*, don Juan Manuel y su amigo el señor don Mariano Miró.

.....

De repente — cuento lo que me contó el señor Miró, — don Juan Manuel interrumpe el coloquio, tiende la vista hacia el horizonte, la fija en una nubecilla de polvo, se levanta, corre, va al palenque donde estaba atado de la rienda su caballo, prontamente lo desata, monta de salto, y parte... diciéndole al señor Miró: dispense amigo, ya vuelvo.

Al trote rumbea en dirección á los polvos, galopa; los polvos parecen moverse al unisón de los movimientos de don Juan Manuel.

Miró mira; nada ve.

Don Juan Manuel apura su *flete*, que es de superior calidad; los polvos se apuran también.

Don Juan Manuel vuela; los polvos huyen, envolviendo á un jinete, que arrastra algo.

Don Juan Manuel, con su ojo experto, ayudado por la milicia gauchesca, tuvo la visión de lo que era la nubecilla de polvo aquélla, que le había hecho interrumpir la conversación: «un cuatrero», se dijo, y no titubeó.

Con efecto, un gaucho había pasado cerca de una majada, y sin detenerse había enlazado una oveja, y la arrastraba, robándola.

El gaucho vió desprenderse un jinete de las casas. Lo reconoció, se apuró. «Don Juan Manuel, se dijo!»

De ahí la escena.

Don Juan Manuel castiga su caballo...

El gaucho entonces suelta la oveja con lazo y todo, comprendiendo que, á pesar de la delantera que llevaba, no podía escaparse, por bien montado que fuera, si no largaba la presa.

Aquí ya están casi encima el úno del ótro. El gaucho mira para atrás, y rebenquea su *pingo*, á medida que don Juan Manuel apura el suyo, y corta el

campo, en diversas direcciones, con la esperanza de que se le aplaste el caballo á don Juan Manuel.

Entran ambos en un vizcacheral. Primero, el gaucho; después, don Juan Manuel; pero el obstáculo hace que don Juan Manuel pueda acercársele al gaucho.

Rueda éste; el caballo lo tapa.

Rueda don Juan Manuel; sale parado con las riendas en la mano izquierda, y con la derecha lo alcanza al gaucho, lo toma de una oreja, lo levanta, y le dice:

—Vea, paisano, para ser buen cuatrero, es necesario ser buen gaucho y tener buen *pingo*...

Y, montando, hace que el gaucho monte en ancas de su caballo, y se lo lleva, dejándolo á pie, por decirlo así; porque la rodada había sido tan feroz, que el caballo del gaucho no se podía mover.

La fuerza respeta á la fuerza: el cuatrero estaba dominado y no podía ocurrírsele, en ancas del caballo de don Juan Manuel, sino admirarlo, y de la admiración al miedo no hay más que un paso.

Don Juan Manuel volvió á las casas con su gaucho, sin que Miró, por más que mirara, hubiera visto cosa alguna discernible.

—Apéese, amigo, le dijo al gaucho, y en seguida se apeó él, llamando á un negrito que tenía.

El negrito vino, le habló al oído, y dirigiéndose en seguida al gaucho, le dijo:

—Vaya con ese hombre, amigo.

Luego volvió al señor Miró, y sin decir una palabra, respecto de lo que acababa de suceder, lo invitó á tomar el hilo de la conversación interrumpida, diciéndole:

— Bueno, usted decía...

.....

Salieron al rato á dar una vuelta, por una especie de jardín, y el señor Miró vió un hombre en cuatro estacas.

Notado por don Juan Manuel, le dijo, sonriéndose.

— Es el paisano ése...

Siguieron andando, conversando... La puesta del sol se acercaba; el señor Miró sintió unos como paños, aplicados en cosa blanda, algo parecido al ruido que produce un colchón enjuto, sacudido por una varilla, y miró en esa dirección.

Don Juan Manuel le dijo, entonces, volviéndose á sonreír, haciendo con la mano derecha ese movimiento de un lado á otro con la palma para arriba, que no dejaba duda:

— Es *al* paisano ése...

Un momento después se presentó el negrito, y dirigiéndose á su patrón, le dijo:

— Ya está, mi amo.

— ¿Cuántos?

— Cincuenta, señor.

— Bueno, amigo don Mariano, vamos á comer...

El sol se perdía en el horizonte, iluminado por un resplandor rojizo, y habría sido menester ser cuasi

adivino para sospechar que aquel hombre, que se hacía justicia por su propia mano, sería en un porvenir, no muy lejano, señor de vidas, famas y haciendas, y que en esa obra de predominio serían sus principales instrumentos, algunos de los mismos azotados por él.

Don Juan Manuel le habló al oído otra vez al negrito, que partió, y tras de él, muy lentamente, haciendo algunos rodeos, ambos huéspedes.

Llegan á las casas y entran en la pieza que servía de comedor. Ya era obscuro.

En el centro había una mesita con mantel limpio de lienzo y tres cubiertos, todo bien pulido.

El señor Miró pensó «¿quién será el ótro?»

No preguntó nada.

Se sentaron, y cuando don Juan Manuel empezaba á servir el caldo de una sopera de hoja de lata, le dijo al negrito, que había vuelto ya:

—Tráigalo, amigo.

Miró no entendió.

Á los pocos instantes entraba, todo entumido, el gaucho de la rodada.

—Siéntese, paisano, le dijo don Juan Manuel, en dilgándole la otra silla.

El gaucho hizo uno de esos movimientos, que revelan cortedad; pero don Juan Manuel lo ayudó á salir del paso, repitiéndole:

—Siéntese no más, paisano, siéntese y coma.

## ARGENTINAS

El gaucho obedeció y, entre bocado y bocado, hablaron así:

—¿Cómo se llama, amigo?

—Fulano de Tal.

—Y ¿dígame, es casado ó soltero...?

—... Soy casado!

—Vea, hombre, y... tiene muchos hijos?

—Cinco, señor.

—Y ¿qué tal moza es su mujer?

—Á mí me parece muy regular, señor.

—¿Y usted es pobre?

—Eh!, señor, los pobres somos pobres siempre...

—Y ¿en qué trabaja?

—En lo que cae, señor.

—Pero también es cuatrero, ¿no?

El gaucho se puso todo colorado y contestó:

—Ah!, señor, cuando úno tiene mucha familia suele andar medio apurado.

—Dígame, amigo, ¿no quiere que seamos compadres?

El gaucho no contestó.

Don Juan Manuel prosiguió:

—Vea, paisano; yo quiero ser padrino del primer hijo suyo, que tenga su mujer, y le voy á dar unas vacas y unas ovejas, y una manada y una tropilla, y un lugar, por ahí, en mi campo, y usted va á hacer un rancho, y vamos á ser socios á medias. ¿Qué le parece?

— Como usted diga, señor.

Y don Juan Manuel, dirigiéndose al señor Miró, le dijo:

— Bueno, amigo don Mariano, usted es testigo del trato, eh?

Y luego, dirigiéndose al gaucho, agregó:

— Pero aquí hay que andar derecho, ¿no?

— Sí, señor.

La comida tocaba á su término. Don Juan Manuel, dirigiéndose al negrito, y mirándolo al gaucho, prosiguió:

— Vaya, amigo, descanse; que se acomode este hombre en la barraca, y si está muy lastimado que le pongan salmuera. Mañana hablaremos; pero temprano, vaya y vea si campea ese matungo, para que no pierda sus pilchas... y degüéllelo... que eso no sirve sino para el cuero, y estaquélo bien, así como estuvo usted por zonzo y mal gaucho.

Y el paisano salió.

Y don Mariano Miró, encontrando aquella escena del terruño, propia de los fueros de un señor feudal de horca y cuchilla, muy natural, muy argentina, muy americana, nada vió.

Si hubiera visto, cuando volvió á Buenos Aires, habría quizá murmurado al oído alguna confidencia, como una amonestación:

Hay actos que son un pródromo...

## ARGENTINAS

Y si, lector dijeres, ser comento  
Como me lo contaron te lo cuento.

.....

Un párrafo más, y concluyo.

El cuatrero fué compadre de don Juan Manuel, su socio, su amigo, su servidor devoto, un federal en regla.

Llegó á ser rico y jefe de graduación. Sus hijos y sus hijas se casaron, se mezclaron bien, se refinaron, se educaron, se ilustraron... échense ustedes por la pista...

Por ahí andan, y gozando de no poca consideración social.

« No hay mal que por bien no venga », y queda una vez más probada la eficacia de la frase bíblica:

« No le escasees al muchacho los azotes, que la vara con que le dieres no ha de matarlo. »

Yo tengo para mí que al cuatrero lo que más bien le hizo, no fué el compadrazgo ni la habilitación, sino los *cincuenta*, pero creo que, en estos casos, es mejor recurrir á la justicia... del alcalde...

« Paz á los hombres! Gloria en las alturas  
Cantad en vuestra jaula, criaturas! »

LUCIO V. MANSILLA.



## MAIPÚ

Allí fué sobre el llano  
Que el río Maipú bautizó en la historia,  
Donde el primer soldado americano  
Dió á Chile redimido  
La libertad, diadema de su gloria;  
Allí fué donde el último tirano  
Oyó la nota que rasgó su oído  
Vivando en el clarín de la victoria.

¡Oh! *San Martín*, el genio de la guerra  
Te coronó en la cuna  
Para que fuera la argentina tierra  
Patria de redención... *Cancha Rayada*  
Vió disperso tu ejército ¿y podrías  
Retar con el derecho á la fortuna,  
Deidad venal que desdeñó tu espada  
En las horas sombrías  
De aquella noche de pavor colmada?

## LECTURAS

¡Sí! Maipú lo atestigua; Maipú dice  
Al universo entero  
Que el Dios de los ejércitos bendice  
La justicia en la frente del guerrero;  
Que el vencedor de Talca fué vencido  
Por la indomable hueste fugitiva,  
Y que oyó entre el fragor de su derrota  
El golpe sobre el suelo estremecido  
De la cadena, por el héroe rota,  
Que arrastró siglos la nación cautiva.

La aurora de aquel día,  
De aquel día inmortal, doró las cumbres  
De los egregios Andes. Frente á frente  
Estaban ya la torva tiranía,  
La España de las viejas servidumbres,  
Y el valeroso ejército en que hervía  
El alma de *Pichincha* incandescente.

Hermoso estaba el pabellón de *Mayo*  
Desplegado á los vientos del combate  
En la atmósfera azul de la mañana,  
Y fundiendo en su lanza el primer rayo  
De aquel sol precursor de tu rescate,  
Tierra de Arauco hermana!  
Ante él, como si el soplo del desmayo  
Recogiera las alas de su vida,  
No sabía flamear la enseña hispana,

## ARGENTINAS

¡La enseña de Pizarro, colorida  
Con el oro y la sangre americana!

.....

Con el ímpetu ciego  
Del valor argentino,  
Cruzaron la vorágine de fuego  
Tendida en su camino;  
Sus potros de batalla desbocados  
Llevaron hasta el pie de los cañones,  
Y pisando en la fúnebre carrera  
Los restos mutilados  
De las godas legiones,  
Abrieron una senda á su bandera  
Con sus sables forjados  
De *San Lorenzo* en la inmortal ribera.

En tanto, en el supremo desvarío,  
Osorio sus falanges agrupaba  
Y al flanco del ejército patriota,  
Con delirante brío,  
Con empuje feroz las arrojaba,  
Animadas del vértigo sombrío  
Que precede al pavor de la derrota.

Por el choque impetuoso conmovida,  
Vaciló nuestra izquierda; y hubo instante  
En que solos jugaron la partida

## LECTURAS

Los bravos cazadores de Alvarado,  
Y en que soñó el tirano amenazante  
Que era el valle de Otumba  
Aquel llano de Maipú consagrado  
Que cubría el abismo de su tumba.

¡Delirio nada más! Voló Quintana  
Y cargó al español: como un ariete  
Batió la libertad americana  
Las masas de la vieja tiranía,  
Y el sable del jinete  
Hendió los tercios que llamó famosos  
Y que laureó algún día  
La Europa del eterno despotismo,  
Porque ahogaron en sangre, victoriosos,  
Los derechos del pueblo y su heroísmo.

Las cargas á las cargas sucedieron  
Y con furioso embate  
Los cuerpos se chocaron;  
En el trueno y el rayo se envolvieron  
Las columnas jadeantes, desbordadas,  
Y aquella mole inmensa remesaron  
Las iras del combate  
En tres siglos de cólera templadas.

Dominando la escena  
El campeón de la América oprimida

## ARGENTINAS

Revolvía en la arena  
Su corcel de batalla. Sacudía  
Por todas las borrascas, evocaba  
Su alma en el delirio  
El pasado del pueblo, que luchaba  
Armado del recuerdo del martirio.

.....

Osorio, el paladín de los tiranos,  
Cobarde solitario de aquel día,  
Olvidando sus fieles veteranos,  
Tendida la carrera,  
En el lejano límite se hundía;  
Y Ordóñez el osado, el indomable,  
Al pie de su bandera  
Agrupaba sediento de esperanza  
Los restos de la hueste formidable  
Salvados del furor de la matanza.

Así, en masa compacta, los vencidos  
Amenazando aún retrogradaron,  
Y en su lúgubre marcha, de rugidos  
El espacio poblaron;  
Mas ¡ay! la fiera, acorralada, opresa,  
Llevaba ya la muerte en las entrañas,  
Y el Cóndor de los Andes hizo presa  
En el fiero León de las Españas.

## LECTURAS

Con el pecho del potro magullando  
Los flancos inmolados al destino  
De la hueste española,  
La siguieron frenéticos, girando  
Como tromba de muerte en su camino,  
Los jinetes de Freire y de Zapiola.

Por fin, atrincherada  
La falange enemiga en el recinto  
De la Hacienda de Espejo,  
Formó el último cuadro, y alzó airada  
El guerrero pendón, en sangre tinto,  
Que fué antorcha del fúnebre cortejo  
En su marcha á la tumba, y que sería  
Al hundirse aquel sol relampagueante  
Sudario de la roja tiranía  
Sobre el suelo de Arauco agonizante.

Los patriotas cercaron  
Aquel cuadro sombrío; los cañones  
Con pavoroso estrépito rodearon  
En torno del baluarte conmovido,  
Y empezó la hecatombe. Hechas jirones  
Embriagadas de muerte, bambolearon  
Las columnas iberas,  
Y sobre el cuello del León caído  
Puso América el pie de sus legiones  
En medio de las músicas guerreras.

## ARGENTINAS

Tal fué de Maipú la inmortal jornada,  
Que arrojó con empuje de torrente  
La libertad, del Andes despeñada,  
Hasta el confín del suelo mejicano,  
Agitando al pasar sobre la frente  
Del invasor hispano  
Sus alas de relámpago, y la espada  
Que *San Martín* arrebató al tirano.

Desde que Maipú centelleó en el seno  
De la nube sombría  
Que por tres siglos envolvió en crespones  
La estrella errante del pendón chileno,  
La América de pie, tendido el brazo  
Que á la victoria encaminó aquel día,  
Muestra altiva á los reyes  
Su sentencia de muerte en cada trazo  
Que ha grabado el valor de sus campeones  
En la tabla de bronce de sus leyes,  
Alzada al pedestal del Chimborazo.

MARTÍN CORONADO.



## LIBRO EXTRAÑO

(FRAGMENTO)

**P**ORQUE es necesario que el espíritu nacional sea altivo siempre y adornado de aristócrata cortesanía y para que sea eterna la vida de la Patria, yo os concito á la libertad intelectual, jóvenes artistas, sabios y filósofos!... en el nombre del Padre, que ha desatado en el Universo el estrépito de la creación; y del Hijo, que ha sintetizado en la cruz los largos quejumbres de la vida humana! Para que las alas de armiño del Espíritu Santo, que son el vínculo que une la tierra al cielo, cobijen en todo tiempo cabezas soberbias y varoniles de vida propia... Tenéis confines, historia y leyendas de honor; por el esfuerzo común y la sangre derramada habéis fundido para la

Patria el monumento de bronce imperecedero, sois pueblo de verdad, es menester ser intelectos, jóvenes artistas!

.....

Así haréis obra de caballeros esforzados y surgirán las personales efigies, que han de proseguir por los siglos las glorias del arte y de la ciencia y de la filosofía nacional... y cuando contempléis la horrenda lucha del siglo, entre la fuerza que mira al pasado y el sentimiento que pide ideales á grito herido, y cuando veáis la asonada contra el motín y la desesperación ferozmente erguida delante de la boca obscura del Krupp de labio chato y levantado, en el villano desprecio... ¡oh, entonces... apurad el tiempo, artistas, sabios y filósofos, puesto que sois vosotros los precursores del espíritu humano! Cada canto que salve una vida, cada descubrimiento que ahorre hambre y sed y crucifixiones, cada problema resuelto con la violencia del genio, que agregue algún ideal á la corona del siglo, que tantos ha conquistado, tejerá al rededor de vuestras frentes, la hoja de encina que pertenece á los fuertes!...

¡Apurad el tiempo, misioneros del porvenir! mientras este moribundo<sup>1</sup> que va á acostarse en su féretro, adora en las penumbras soñolientas de su última hora la melancólica é inmaculada semblanza de la

<sup>1</sup> El autor se refiere á uno de los principales personajes de su obra.

## ARGENTINAS

Patria íntegra y eterna, y cierra contra el corazón  
los lacrimosos é infinitos cariños por el Arte, bendice  
el martirio de los creadores y se arrodilla ante la at-  
lética falange en marcha de los precursores del espí-  
ritu humano!

FRANCISCO A. SICARDI.



## ÍNDICE

MARIANO DE VEDIA. Educación patriótica.....	7
Himno Nacional.....	IX

	Páginas
DOMINGO F. SARMIENTO.	
BARTOLOMÉ MITRE.	
JUAN M. GUTIÉRREZ.	
ESTEBAN ECHEVERRÍA.	
JUAN BAUTISTA ALBERDI.	
JOSÉ MÁRMOL.	
OLEGARIO V. ANDRADE.	
<i>El Alma Argentina</i> (II t. en prep.)	
FÉLIX FRÍAS.	
SARMIENTO ANECDÓTICO.	
OLEGARIO V. ANDRADE.	
GUILLELMO RAWSON.	
VICENTE F. LÓPEZ.	
RICARDO GUTIÉRREZ.	
NICOLÁS AVELLANEDA.	
JOSÉ MANUEL ESTRADA.	
ARISTÓBULO DEL VALLE.	
CARLOS GUIDO Y SPANO.	
SANTIAGO ESTRADA.	
EDUARDO WILDE.	
CARLOS PELLEGRINI.	
Recuerdos de Provincia.....	1
Sorteo de Matucana.....	9
Paso de los Andes—Chacabuco..	17
El Desierto (La Cautiva).....	23
El General San Martín.....	31
Traición!.....	43
● El Nido de Cóndores.....	59
Por la Patria y por la Paz.....	69
Lavalle y San Martín.....	71
La Empanada Nacional.....	79
Atlántida.....	83
Pidiendo la Paz.....	93
Astucia de Tirano.....	101
El Poeta y el Soldado.....	109
San Martín.....	115
Muerte de Dorrego.....	123
Anastasio el Pollo.....	129
At Home.....	147
El 25 de Mayo Antiguo.....	151
La Carta de Recomendación...	161
Sarmiento.....	171

## INDICE

	<u>Página</u>
RAFAEL OBLIGADO.	147
MANUEL QUINTANA.	185
MIGUEL CANÉ.	189
JOSÉ M. RAMOS MELÍA.	194
RAFAEL FRAGUEIRO.	205
LUCIO V. MANSILLA.	215
LUCIO V. MANSILLA.	227
JOSÉ MARÍA PAZ.	237
<i>El Alma Argentina</i> (II t. en prep.)	247
RAFAEL OBLIGADO.	253
<i>El Alma Argentina</i> (II t. en prep.)	257
BERNARDO DE IRIGOYEN.	261
<i>El Alma Argentina</i> (II t. en prep.)	263
JOSÉ JUAN BIEDMA.	269
JUAN CRUZ VARELA.	273
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.	281
ÁNGEL DE ESTRADA (hijo.)	287
LEOPOLDO LUGONES.	295
CALIXTO OYUELA.	303
MARTINIANO LEGUIZAMÓN.	311
JUAN ANTONIO ARGERICH.	315
CARLOS O. BUNGE.	323
LUCIO V. MANSILLA.	329
MARTÍN CORONADO.	335
FRANCISCO A. SICARDI.	345
El Himno del Payador.....	353
Discurso Patriótico.....	353
Juvenilia { Robo de Sandías....	189
{ El Loco Larrea.....	194
La Llanura.....	205
El Gaucho.....	215
La Emboscada.....	227
La Mina.....	237
Quiroga.....	247
Blanco, Rojo y Negro.....	253
El Nido de Boyeros.....	257
Los Gemelos de la Gloria.....	261
Suárez y Olavarria.....	263
Los Húsares de Junin.....	269
Las Heras.....	273
Los Andes.....	281
La Escuela.....	287
El Viejo General.....	295
Estreno.....	303
Patria.....	311
La Escuela del Rastreador.....	315
Médanos y Recuerdos.....	323
¡Viva la Patria!.....	329
Cómo se formaban los Caudillos.....	335
Maipú.....	345
Libro Extraño.....	353

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

